R. 67547

NOTICIA

SOBRE

MADAMA D'AULNOY.

—

Los *cuentos de hada* se parecen bastante á los cuentos orientales, ó sean cuentos de *genio*, aunque de orígen menos antiguo, puesto que solo se remontan al romance de Lanzarote del Lago, que fué el que acreditó en Francia la hechicería á fin del siglo XII. La palabra *hada*, que se deriva de la latina *latum* (hado) llegó á ser sinónima de hechicera ó profetisa, y el pueblo creia verla en todas partes, principalmente en las selvas y en los castillos antiguos. Tal era la dama del Lago en Lanzarote, y Melusina en el castillo de Lusiñan, cuya historia escribió Juan de Ana en 1360. Francia es el país que ha producido mayor número de obras de este género, y Carlos Perrault el primero que las escribió, y el que ha obtenido mas nombradía. *La caperuza encarnada*, *Pulgarete*, *Barba-azul*, *La Bella durmiente del bosque*, *La Cenicienta*, *Piel de asno*, etc., estan haciendo, durante ciento cincuenta y tres años, la de-

Maria Catalina Jumelle de Besneville, condesa d'Aulnoy.

licia de los niños y los adultos; pues ya La Fontaine decia:

Si me contasen la *Piel de asno*
Tendria un placer estraordinario.

Aun en nuestros dias han estado en boga estos lindos cuentecitos presentados en forma dramática. ¿Quién no ha ido á ver al teatro de la Opera cómica, *Barba azul* y *Cenicienta?*

Después de Carlos Perrault, una porcion de autores, y principalmente de autoras, se han dedicado á este género de literatura con mas ó menos éxito. Con todo, los cuentos de hadas, dice un escritor, para instruccion de la infancia, no es de estrañar que hayan hecho por tanto tiempo fortuna en Francia, donde la moral solo agrada en forma de alegoría, y donde hasta en la instruccion se busca el recreo: sí debe admirarnos el que tantas mugeres hayan comprendido tan perfectamente este género de literatura, conquistándose una reputacion.

Entre estas debemos colocar en primera línea á Madama d'Aulnoy: de sus *cuentos* se han hecho varias ediciones, y si es cierto que Homero tomó para agradar el cinturon de Venus, preciso es convenir en

R. 21542

NOTICIA

SOBRE

MADAMA D'AULNOY.

—

Los *cuentos de hada* se parecen bastante á los cuentos orientales, ó sean cuentos de *genio*, aunque de orígen menos antiguo, puesto que solo se remontan al romance de Lanzarote del Lago, que fué el que acreditó en Francia la hechicería á fin del siglo XII. La palabra *hada*, que se deriva de la latina *latum* (hado) llegó á ser sinónima de hechicera ó profetisa, y el pueblo creia verla en todas partes, principalmente en las selvas y en los castillos antiguos. Tal era la dama del Lago en Lanzarote, y Melusina en el castillo de Lusiñan, cuya historia escribió Juan de Ana en 1360. Francia es el país que ha producido mayor número de obras de este género, y Carlos Perrault el primero que las escribió, y el que ha obtenido mas nombradía. *La caperuza encarnada*, *Pulgarete*, *Barba-azul*, *La Bella durmiente del bosque*, *La Cenicienta*, *Piel de asno*, etc., estan haciendo, durante ciento cincuenta y tres años, la de-

Maria Catalina Jumelle de Besneville, condesa d'Aulnoy.

licia de los niños y los adultos; pues ya La Fontaine decia:

Si me contasen la *Piel de asno*
Tendria un placer estraordinario.

Aun en nuestros dias han estado en boga estos lindos cuentecitos presentados en forma dramática. ¿Quién no ha ido á ver al teatro de la Opera cómica, *Barba azul* y *Cenicienta?*

Después de Carlos Perrault, una porcion de autores, y principalmente de autoras, se han dedicado á este género de literatura con mas ó menos éxito. Con todo, los cuentos de hadas, dice un escritor, para instruccion de la infancia, no es de estrañar que hayan hecho por tanto tiempo fortuna en Francia, donde la moral solo agrada en forma de alegoría, y donde hasta en la instruccion se busca el recreo: sí debe admirarnos el que tantas mugeres hayan comprendido tan perfectamente este género de literatura, conquistándose una reputacion.

Entre estas debemos colocar en primera línea á Madama d'Aulnoy: de sus *cuentos* se han hecho varias ediciones, y si es cierto que Homero tomó para agradar el cinturon de Venus, preciso es convenir en

que las hadas han prestado á Mad. d'Aulnoy su varita para encantar á sus lectores.

María Catalina Jumelle de Berneville, condesa d'Aulnoy, ó d'Aunoy, nació en Normandía el año 1650, fué contemporánea de las Lafallette y las Sevigné, y sobrina de aquella Mad. Desloges que se hizo tan célebre en tiempo de Luis XIII. Su escelente carácter y su talento hacian agradable su sociedad, que era buscada por todos los hombres distinguidos de aquella época. Estaba casada con el conde d'Aulnoy, que tuvo la desgracia de que le acusasen de crímen de lesa-majestad tres impostores normandos. Instruyose el proceso, y como los acusadores se ratificaban en sus primeras declaraciones, la pérdida el conde parecia inevitable. En efecto, iaiba á ser condenado á muerte, cuando Mad. d'Aulnoy, con su seductora elocuencia, decidió á uno de estos desgraciados á retractarse de su calumnia, teniendo de este modo la dicha y la gloria de salvar á su marido.

La condesa d'Aulnoy ha escrito varias obras, de las que algunas se leen aun hoy con placer; las mas conocidas son: los *Cuentos de hadas, Memorias históricas de lo mas notable ocurrido en Europa desde 1662 hasta 1679, Memorias sobre la corte de España,* en la cual pasó una parte de su vida en compañía de su madre, una *Historia de Juan de Borbon, príncipe de Careney,* la *Relacion de su viaje por España,* relacion escrita con sencillez y desenfado, de la cual han sacado los autores de la *Enciclopedia* una porcion de observaciones, con que han enriquecido su diccionario. Pero de todos sus escritos el mas notable bajo el aspecto literario es la novela de *Hipólito, conde de Duglas.* Aunque en este libro hay imaginacion é interés, aunque el estilo es muy natural y las aventuras son interesantes, sin embargo el autor no llega ni con mucho á Mad. de Lafallette, á quien quiso imitar, ni respecto á la parte de invencion ni al estilo. Sus demás producciones no son por lo regular mas que una amalgama monstruosa de hechos históricos y definiciones romancescas, en que todos los personajes hablan el lenguaje de una insulsa galantería.

La condesa d'Aulnoy murió en París el mes de enero de 1705. Al juzgarla la posteridad la ha colocado después de Perrault, así como dió á Florian el segundo lugar después de La Fontaine, con la diferencia sin embargo entre la copia y el modelo, de que la condesa es la primera que se burla de sus ficciones, lo cual destruye la ilusion del lector, al paso que Perrault cuenta con la formalidad del hombre que ha visto lo que refiere, dando tal carácter de ingenuidad á sus cuentos, que se coloca al nivel del niño que escucha, produciendo de este modo mas impresion en el lector. El tono sencillo y familiar, el aire de ingenuidad que revelan sus ficciones, recuerdan en cierto modo al *inmortal Bonhome.* Mad. d'Aulnoy tiene demasiado talento para atenerse á esta clase de mérito, muy difícil por lo demás, porque está en la naturaleza de cada uno, y este es quizá el único reproche que se le puede hacer respecto de una clase de obra tan fria como los *cuentos de hadas;* y decimos el único reproche, porque aunque podriamos censurar lo difuso de algunas de sus relaciones, ciertos detalles enteramente inútiles, y sus numerosas invenciones de estilo, nos abstenemos de hacerlo, teniendo en cuenta que solo ha querido distraerse y no hacer un libro. Estos defectos, sin embargo, no han sido un obstáculo para que su *Pájaro azul, Graciosa y Percinet,* y *El enano amarillo,* se hayan hecho tan populares como *Pulgarcete, Cenicienta* y *La caperuza encarnada;* de donde deducimos contra el parecer de algunos autores austeros, que se han pronunciado contra la hechicería, que las personas razonables y sensatas, preferirán siempre estos encantadores cuentecitos á las novelas, que por lo mismo que son mas verisímiles, son tambien mas capaces de estraviar el entendimiento y corromper las costumbres.

BESCHERELLE, mayor.

LA BELLA DE LOS CABELLOS DE ORO.

Habia en otro tiempo una hija de un rey, tan hermosa que no habia nada tan hermoso en el mundo, y por eso la llamaban *La Bella de los Cabellos de Oro,* porque sus cabellos eran mas finos que el oro, rubios que era una maravilla, rizados, y tan largos que le arrastraban: y como iba siempre cubierta con sus cabellos rizados, con una corona de flores en la cabeza, y con unos vestidos bordados de diamantes y perlas, no se podia verla sin amarla.

Habia tambien un rey jóven, vecino suyo, soltero, buen mozo y muy rico, el cual al oir todo lo que decian de la Bella de los Cabellos de Oro, á pesar de no haberla visto en su vida se enamoró de tal modo de ella, que se decidió á pedirla en matrimonio, y efectivamente mandó á su embajador con una magnífica carroza, mas de cien caballos, otros tantos lacayos, y le recomendó eficazmente que le llevase á la princesa.

Después de la marcha del embajador no se hablaba en la corte de otra cosa, y el rey, seguro de que la Bella de los Cabellos de Oro accederia á sus deseos, la mandó hacer vestidos magníficos y muebles admirables. Mientras los trabajadores se ocupaban en hacer los muebles y los vestidos, el embajador llegó al palacio de la Bella de los Cabellos de Oro y le dijo su mensaje; pero sea que ella estuviese aquel dia de mal humor, sea que no le gustase la comision, lo cierto es que respondió al embajador diciendo, que daba las gracias al rey, pero que no pensaba casarse.

Partió el embajador de la corte de la princesa muy triste por el mal éxito de su embajada, y llevándose todos los presentes que habia traido de parte del rey, porque ella era muy discreta y sabia bien que las muchachas no deben recibir nada de los mozos solteros: así es que no quiso recibir los hermosos diamantes que el rey le enviaba.

Cuando el embajador volvió á la corte del rey su señor, donde se le esperaba con impaciencia, todo el mundo se puso muy triste al ver que no llevaba á la Bella de los Cabellos de Oro, y el rey lo sintió tanto, que llegó á estar inconsolable.

Por entonces habia en la corte un jóven soltero, hermoso como el sol, y el mejor mozo de todo el reino, á quien por su amabilidad y su talento llamaban *Agradable*, al cual queria todo el mundo menos los envidiosos, que no podian sufrir que el rey le distinguiese.

Agradable se encontró con personas que hablaban de la vuelta del embajador, y que decian que no habia conseguido nada; á los cuales dijo sin cuidarse de las consecuencias:—Si el rey me hubiera enviado á buscar á la Bella de los Cabellos de Oro, estoy seguro de que hubiera venido conmigo; lo cual, oido por estos malvados, van en seguida á buscar al rey y le dicen:—Señor, ¿no sabeis lo que dice Agradable? Que si le hubieseis enviado al palacio de la Bella de los Cabellos de Oro, la hubiera traido, porque considerándose mas hermoso que vos, le habria querido tanto, que le hubiera seguido á todas partes. Lo cual, oido por el rey, se puso fuera de sí de cólera.—Ah, ah, dijo, ¿con que ese lindo mozalbete se burla de mi desgracia y se tiene en mas que yo? pues bien; que le encierren en la torre grande, para que muera allí de hambre.

Los guadias del rey fuéron en casa de Agradable, que ya no se acordaba de lo que habia dicho, y le encerraron en la prision. El pobre muchacho no tenia mas que un poco de paja para acostarse, y se hubiera muerto á no ser por una fuentecilla que corria al pié de la torre, de la que bebia para refrescarse, porque el hambre le habia secado la boca.

Un dia que ya no podia mas, decia suspirando:—¿De que se queja el rey? no tiene un vasallo mas fiel que yo, y en mi vida le he ofendido. El rey, que por casualidad pasaba junto á la torre, al oir la voz del que tanto habia amado, se detuvo para escucharle, y habiendo oido sus quejas, no pudo menos de llorar. Hizo inmediatamente abrir la puerta de la torre y lo llamó. Agradable se presentó muy triste, se puso de rodillas y le besó los piés.—¿Qué os he hecho, señor, dijo, para tratarme tan mal?—Te has burlado de mí y de mi embajador, contestó el rey, diciendo que si te hubiera enviado á buscar á la Bella de los Cabellos de Oro, que la hubieras traido.—Es cierto, señor, replicó Agradable, que le hubiese hecho conocer vuestras grandes cualidades, y no hubiera podido menos de acceder á vuestra peticion, y en esto nada he dicho que deba desagradaros. El rey conoció que no habia tenido razon, miró de lado á los que le habian hablado mal de su favorito, y le llevó consigo, arrepintiéndose del mal que le habia hecho.

Después de darle de comer opíparamente le llamó á su gabinete, y le dijo:—Agradable, sigo enamorado de la Bella de los Cabellos de Oro; pero no sé cómo componerme para que quiera casarse conmigo, y estoy por enviarte á ver si puedes conseguirlo. Agradable contestó, que dispuesto á obedecerle en todo, partiria al dia siguiente.—Sí? le dijo el rey; pues voy á darte un gran equipaje.—No es necesario, respondió él, me basta con un caballo y una carta vuestra. El rey le abrazó, encantado de verlo tan pronto y tan bien dispuesto.

Un lunes por la mañana se despidió del rey y de sus amigos, y se fué á su embajada, solo, sin pompa y sin ruido. Por el camino no pensaba en otra cosa que en los medios de decidir á la Bella de los Cabellos de Oro á que se casase con el rey. Llevaba en el bolsillo un tintero, y cuando le ocurria un buen pensamiento que intercalar en su arenga, se apeaba del caballo, se sentaba bajo los árboles, y lo apuntaba, para que no se le olvidase. Una mañana que habia salido al amanecer, al pasar por un prado, como le ocurriese un magnífico pensamiento, echó pié á tierra y se sentó bajo unos sauces y unos álamos plantados á la orilla de un arroyo que corria por el prado. Después que hubo escrito lo que le habia ocurrido, se puso á mirar á todos lados, encantado de la belleza del sitio, y distinguió sobre la yerba una gran carpa dorada que saltaba aturdida, y que estaba medio muerta, porque habiendo querido cazar mosquitos habia saltado tanto fuera del agua, que habia caido en la yerba. Agradable se compadeció de ella, la cogió y la colocó en el arroyo. Así que mi comadre la carpa sintió la frescura del agua, se puso tan contenta y se dejó ir á fondo; después, volviendo muy alegre á la superficie:—Agradable, os doy gracias por el favor que me habeis hecho; á no ser por vos hubiera muerto; me habeis salvado, yo os lo pagaré; y después de este pequeño cumplimiento se sumergió en el agua, quedando Agradable muy sorprendido del talento y la buena educacion de la carpa.

Continuando su viaje, otro dia vió un cuervo muy apurado porque al pobre le perseguia un águila. Ya estuvo para cogerle, y probablemente le hubiera tragado como una lenteja, si Agradable no hubiera tenido compasion de él. Entonces, apuntando bien al águila, croc, le dispara una flecha que le atraviesa el cuerpo de parte á parte, cae muerta, y el cuervo muy contento se puso sobre un árbol, y dijo: —Agradable, habeis sido bien generoso al socorrerme, á mí que no soy mas que un pobre cuervo; pero no seré ingrato y ya os lo pagaré.

Agradable admiró las buenas razones del cuervo, y continuó su camino. Un dia, entrando en un bosque muy espeso, tan temprano que apenas veia el terreno que pisaba, oyó á un buho que chillaba como un desesperado: busca por aquí, busca por allí, al fin encontró unas redes que los cazadores habian tendido por la noche. Agradable sacó su cuchillo y cortó las mallas. El buho echó á volar en seguida; pero volvió inmediatamente y dijo:—Agradable, me habian cazado, y sin vuestro socorro era buho muerto: tengo un corazon reconocido y os lo pagaré.

Estas fuéron las tres únicas aventuras que sucedieron á Agradable durante su viaje. Como tenia prisa por llegar, no tardó en hallarse en el palacio de la Bella de los Cabellos de Oro. Todo era allí admirable. No se veian mas que diamantes amontonados como piedras de la calle, vestidos magníficos, dinero, en fin las cosas mas maravillosas; al ver lo cual decia para sí, que no seria poca fortuna si la princesa dejaba aquello para ir con él al palacio del rey su señor. No desconfió sin embargo, se puso un vestido de brocado con plumas encarnadas y blancas, se peinó, se lavó la cara, y se ciñó una banda bordada, de la cual colgó un canastillo, en que cabia un perrito muy lindo que habia comprado en el camino. Agradable era tan guapo, tan amable, y hacia las cosas con tanta gracia, que cuando se presentó á la puerta de palacio todos los guardias le hicieron una profunda reverencia, y fuéron á decir inmediatamente á la Bella de los Cabellos de Oro, que Agradable, embajador del rey, su vecino, deseaba verla.

Al oir el nombre de Agradable dijo la princesa á sus damas: —Dadme mi gran vestido de raso azul bordado, esparcid bien mis rubios cabellos, ponedme nuevas guirnaldas de flores, porque quiero que diga por todas partes, que yo soy verdaderamente la Bella de los Cabellos de Oro.

Conducido Agradable á la sala de audiencia, quedó estupefacto de admiracion; sin embargo, se animó y dijo su arenga á las mil maravillas, rogando á la princesa no le diese el disgusto de volverse sin ella.—Gentil Agradable, le dijo ella, todas las razones que acabais de darme me parecen muy buenas, y os aseguro que me alegraria de poder daros la preferencia sobre los demás; pero habeis de saber que paseándome há un mes por el rio con todas mis damas, como me sirviesen la colacion, al quitarme un guante se me cayó en el rio una sortija que queria yo mas que todo mi reino; dejo á vuestro juicio la afliccion que esta pérdida me causaria; solo os puedo decir que es tal, que he hecho juramento de no escuchar proposicion alguna de matrimonio mientras el embajador no me proponga un esposo que antes me devuelva la sortija; con que ved lo que podeis hacer sobre el particular, pues aunque me estuvieseis hablando quince dias con sus noches no me hariais variar de opinion.

Admirado Agradable de esta respuesta, le hizo una profunda reverencia y le suplicó aceptase el perrito, el canastillo y la banda; pero ella le contestó que no recibia presentes de nadie, y que pensase en lo que acababa de decirle.

De vuelta en su casa se acostó sin cenar, y su perrito, que se llamaba Cabriola, tampoco quiso cenar, colocándose junto á su dueño. En toda la noche hizo otra cosa Agradable que suspirar. ¿Cómo, decia, podré encontrar una sortija sepultada hace un mes en un rio caudaloso? ¡Bah! es una locura intentarlo; la princesa no me ha dicho esto sino para ponerme en la imposibilidad de obedecerla; y seguia suspirando y afligiéndose. Cabriola que le escuchaba le dijo:—Mi querido amo, no desespereis de vuestra buena fortuna, sois demasiado amable para no tener suerte; vamos así que amanezca á la orilla del rio y veremos. Agradable le dió dos golpecitos con la mano, y sin responder nada se durmió abrumado de fatiga.

Así que Cabriola vió la luz, hizo tantas cabriolas que despertó á su dueño.—Amo mio, vestios y salgamos. Agradable se levanta, se viste y baja al jardin, y del jardin se va insensiblemente á la orilla del rio, donde se pasea con el sombrero calado hasta los ojos y los brazos cruzados pensando en su partida, cuando de pronto oyó que le llamaban—Agradable, Agradable: mira de todos lados y no ve á nadie; creyó soñar y continúa su paseo; vuelven á llamarle sin embargo: —Agradable, Agradable.—¿Quién me llama? dijo él; á lo cual Cabriola, que era muy pequeño y se hallaba muy cerca del agua, le contestó: —Consiento en que no me creais en mi vida una palabra, si no es una carpa dorada lo que estoy viendo, y la que llama; é inmediatamente se presenta la carpa y le dice:—Vos me salvasteis la vida en el prado de Aliziers, donde á no ser por vos hubiera muerto; prometí ser agradecida: tomad, querido Agradable, hé aquí la sortija de la Bella de los Cabellos de Oro.

En seguida se fué á palacio diciendo que queria ver á la princesa; le hicieron entrar, y al presentarle la sortija le dijo:—Princesa, vuestra órden está cumplida; ¿quereis recibir al rey, mi amo, por esposo? Cuando ella vió la sortija quedó tan admirada, que creia soñar.—En verdad, dijo, buen Agradable, es preciso que os halleis favorecido por alguna hada, pues de otro modo era imposible.—Señora, contestó él, no he tenido otra hada que el deseo de obedeceros.—Puesto que teneis tan buena voluntad, replicó ella, es preciso que me hagais otro servicio, sin el cual jamás me casaré. Hay no lejos de aquí un príncipe llamado Galifron, al cual se le ha antojado casarse conmigo, y esto me lo ha hecho saber con amenazas espantosas, pues dice que asolará mi reino si me niego; pero juzgad si podia aceptarle por esposo, cuando sepais que es un gigante mas alto que una torre; que se come un hombre como un mono comeria una castaña; que cuando sale á campaña lleva en los bolsillos cañones de artillería, de que se sirve como si fueran pistolas, y que cuando habla alto los que estan cerca se quedan sordos. Yo le envié á decir que me dispensase, pues no pensaba casarme; pero no ha dejado de perseguirme, matando todos mis vasallos; así que, ante todas cosas, necesitais batiros con él y traerme su cabeza.

Agradable quedó un poco desconcertado con esta proposicion, y después de meditar un momento dijo:—Pues bien, señora, me batiré con Galifron: creo que seré vencido, pero al menos moriré como un valiente. La princesa, admirada, trató de hacerle desistir de su proyecto, mas él se mantuvo inflexible, se retiró para ir á buscar armas y todo lo demás necesario de la empresa; colocó al pequeño Cabriola en el canastillo, montó sobre su hermoso caballo, y se fué al pais de Galifron. A todos los que encontraba en el camino les preguntaba por él, y todos le decian que era un verdadero demonio, á quien ninguno se atrevia á acercar, y cuanto mas oia decir mas miedo tenia. Cabriola le tranquilizaba diciéndole:—Mi querido amo, mientras vos os batís, yo le morderé las pantorrillas, él bajará la cabeza para ahuyentarme, y entonces le matareis. Agradable admiraba el talento de su perrillo; pero bien sabia que su auxilio no le serviria de nada.

Al fin llegó á las inmediaciones del castillo de Galifron; todos los caminos estaban cubiertos de huesos y esqueletos de hombres que habia comido ó despedazado. Muy poco hacia que le estaba esperando, cuando le vió venir á través de un bosque; su cabeza repasaba los árboles mas altos, y cantaba con una voz espantosa:

Vengan niños, vengan niños,
que yo mis dientes aguzo,
y he de comer por lo menos
todos los niños del mundo.

Inmediatamente, Agradable se puso á cantar en el mismo aire:

Ya te espero, ya te espero,
y te juro, por si vienes,
que por mas que los aguces
he de arrancarte los dientes.

Al oir Galifron estas palabras miró á todos lados, y vió á Agradable con espada en mano, quien para irritarle le dijo dos ó tres injurias; no era necesario tanto; así es que poseido de una cólera espantosa, tomó una maza de hierro, con la cual de seguro hubiera matado del primer golpe al gentil Agradable, á no ser por un cuervo que colocándose sobre su cabeza, le dió tan bien con el pico en los ojos, que se los reventó: su sangre corria sobre su rostro y daba golpes á todos lados como un desesperado; pero Agradable los esquivaba dándole al mismo tiempo estocadas, en las cuales metia la espada hasta la guarnicion, causándole mil heridas; en fin tanta sangre perdió que cayó, y entonces Agradable le cortó la cabeza, muy contento de su hazaña. El cuervo se posó sobre un árbol y le dijo:—No he olvidado el servicio que me hicisteis matando al águila que me perseguia; os prometí pagároslo, y creo haberlo cumplido hoy.—Yo soy, al contrario, el que os lo debe todo, señor cuervo, replicó Agradable; y dicho esto montó á caballo, cargado con la espantosa cabeza de Galifron.

Cuando llegó á la ciudad todo el mundo le seguia gritando:—Este es el valiente Agradable, que acaba de matar al monstruo: de suerte que la princesa, al oir tanto ruido, temiendo que le diesen la noticia de la muerte de Agradable, no se atrevia á preguntar lo que le habia sucedido; pero al fin vió entrar á Agradable con la cabeza del gigante, que todavía le causó miedo, aunque ya nada habia que temer de ella.—Señora, le dijo, vuestro enemigo ha muerto, y espero que no rehusareis la mano del rey mi señor.—¡Ah! sí tal, dijo la Bella de lo

Cabellos de Oro, sí rehusaré mientras no me traigais antes de mi partida agua de la gruta tenebrosa.

Cerca de aquí hay una gruta profunda que tiene seis leguas de circunferencia, á la puerta hay dos dragones que defienden la entrada, los cuales echan fuego por la boca y los ojos; después de estar ya en la gruta se encuentra un gran agujero, al cual es preciso bajar, y este agujero está lleno de sapos, culebras y serpientes. En el fondo de este agujero hay una pequeña cueva, donde corre la fuente de la Belleza y de la Salud: pues bien, quiero absolutamente de esta agua. Todo lo que se lava con ella se vuelte maravilloso; si una es bella, es siempre bella; si es fea, se vuelve hermosa; si es jóven, sigue siendo siempre jóven; si es vieja, se vuelve jóven. Ya comprendereis, Agradable, que no dejaré mi reino sin llevar de este agua.

—Señora, la dijo él, sois tan hermosa, que este agua os es completamente inútil; pero puesto que yo soy un pobre embajador, cuya muerte deseais, voy á buscaros lo que quereis, seguro de no volver. La Bella de los Cabellos de Oro no cambió de parecer, y Agradable partió con el perrito Cabriola para la gruta tenebrosa, á buscar el agua de la Belleza.

Después de mucho andar llegó á lo alto de una montaña, donde se sentó á descansar un poco, dejó pacer á su caballo, y á Cabriola correr tras de las moscas, y sabiendo que la gruta tenebrosa no estaba lejos, miraba á ver si la veia, hasta que por fin distinguió una miserable roca, negra como tinta, de la cual salia mucho humo, y poco después uno de los dragones, que echaba fuego por la boca y los ojos; tenia el cuerpo verde y amarillo, garras, y una cola que daba mas de cien vueltas: así que Cabriola vió todo esto, no sabia dónde meterse de miedo que tenia.

Cuando llegó á la ciudad todo el mundo le seguia.

Agradable, resuelto á morir, desenvainó su espada y bajó con un pomito que le habia dado la Bella de los Cabellos de Oro para llenarle del agua de la Belleza; pero antes dijo á su perrillo Cabriola:—Sé que aquí perezco, y que jamás podré coger del agua guardada por los dragones: así, cuando yo haya muerto, llena el pomito de mi sangre y llévasele á la princesa, para que vea lo que me cuesta; vete en seguida á buscar al rey mi amo, y cuéntale mi desgracia. Hablando así oyó que le llamaban, Agradable, Agradable. —¿Quién me llama? y vió un buho en el hueco de un árbol muy viejo, que le dijo:—Vos me sacasteis de la red de los cazadores en que habia caido, salvándome la vida; os prometí pagároslo, y ha llegado la hora. Dadme ese pomito, pues sé todos los caminos de la gruta tenebrosa, y voy á buscaros el agua de la Belleza. Agradable le dió el pomito, el buho entró sin dificultad en la gruta, y antes de un cuarto de hora volvió trayendo la botella bien tapada. Agradable se puso muy contento, le dió las gracias de todo corazon, y volviendo á subir la montaña tomó el camino de la ciudad muy alegre.

Así que llegó se fué en derechura al palacio y presentó el pomito á la Bella de los Cabellos de Oro, que no teniendo nada que decir dió las gracias á Agradable, y mandó que dispusiesen lo necesario para su partida, porque se iba á poner en camino en seguida con Agradable. Así lo hizo efectivamente, y durante el camino le decia ella muchas veces:—Si hubieseis querido os hubiese hecho rey, y no hubiéramos salido de nuestro reino; á lo cual respondió él:—Jamás causaria un disgusto semejante al rey mi amo, y eso que me pareceis mas hermosa que el sol.

En fin, llegaron á la corte del rey, que al saber la venida de la Bella de los Cabellos de Oro salió á recibirla llevándola los mas ricos presentes del mundo. Se casó con ella, y hubo tantas fiestas que no se hablaba de otra cosa en todo el reino; pero la Bella de los Cabellos de Oro, que en el fondo de su corazon amaba á Agradable, no estaba contenta mas que cuando le veia, y alabándole siempre que tenia ocasion. —A no ser por Agradable, decia ella al rey, no hubiese venido; ha sido preciso que haya hecho cosas imposibles, por las cuales debeis estarle agradecido; entre otras casas me ha dado el agua de la Belleza, y seré siempre jóven y hermosa.

Los envidiosos que oyeron esto dijeron al rey:—Señor, no teneis celos, y sin embargo debiais tenerlos; la reina ama tanto á Agradable, que ha perdido la gana de comer, y no hace mas que hablar de él.—¿De veras? dijo el rey; que le encierren en la torre y le pongan grillos en los piés y esposas en las manos. No bien lo hubo mandado cuando cogieron á Agradable, y en recompensa de haber servido tan bien al rey, le encerraron en la torre, después de haberle cargado de cadenas. Allí no veia á nadie mas que á su carcelero, que le daba por un agujero un pedazo de pan negro y agua en una escudilla; sin embargo, su perrito Cabriola no le abandonaba nunca, le consolaba, y le contaba todas las noticias.

Cuando la Bella de los Cabellos de Oro supo su desgracia, se echó á los piés del rey, y bañada en lágrimas le rogó que diese libertad á Agradable; pero cuanto mas le rogaba, mas se enfadaba el rey, creyendo que le rogaba que le sacase de la prision, porque le amaba; así es que no se lo concedió, y la reina no volvió á hablar mas de ello; pero se puso muy triste.

Imaginando el rey que la reina no le encontraba bastante hermoso, quiso frotarse el rostro con el agua de la Belleza, para que la reina le amase mas de lo que le amaba. Esta agua se hallaba en el pomito sobre el mármol de la chimenea de la cámara de la reina, pues lo habia colocado allí para tenerlo mas á la vista; pero es el caso que una de sus doncellas, queriendo matar una araña con la escoba, dejó caer el pomito, que se rompió, perdiéndose toda el agua. Concluyó de barrer pronto, y no sabiendo qué hacer, se acordó de que en el gabinete del rey habia visto otro pomito igual lleno de agua clara como la de la fuente de la Belleza, con que le cogió sin decir una palabra, y con mucha maña le colocó sobre la chimenea de la reina.

El agua que estaba en el gabinete del rey servia para matar á los príncipes y á los grandes señores cuando eran criminales: en vez de cortarles la cabeza ó ahorcarlos, les frotaban la cara con esta agua, y se dormian para no despertarse jamás. Una noche tomó el rey el pomito y se frotó bien la cara, después se durmió y murió. El perrillo Cabriola fué uno de los primeros que lo supieron, y no dejó de ir á decírselo á Agradable, quien le encargó fuese á buscar á la Bella de los Cabellos de Oro y le recordase al pobre preso.

Cabriola se escurrió suavemente por entre la multitud, porque habia gran agitacion en la corte, á causa de la muerte del rey, y dijo á la reina: —Señora, no os olvideis del pobre Agradable. Ella se acordó en seguida de las penas que habia sufrido por su causa, y de su fidelidad á toda prueba, y sin decir nada á nadie salió de palacio, se fué en derechura á la torre, quitó ella misma las cadenas á Agradable, y colocándole una corona de oro en la cabeza y el manto real sobre los hombros, le dijo:—Venid, buen Agradable, os hago rey y os tomo por esposo mio. El se arrojó á sus piés y le dió las gracias. Los dos quedaron muy contentos uno de otro: se celebraron las bodas, que fuéron magníficas, y la Bella de los Cabellos de Oro vivió largos años con su esposo, ambos felices y satisfechos.

Cuando te pida el infeliz la mano,
pues una mano generosa tienes,
no te la pida el infeliz en vano,
que aquel que siembra bien recoge bienes.
Cuando al buho y al cuervo
y á la carpa infeliz de nuestra historia
libró Agradable de su mal acerbo,
sembrando humanidad ¿no cogió gloria?

EL RAMO DE ORO.

Una vez habia un rey cuyo carácter austero y displicente inspiraba miedo mas bien que cariño. Se dejaba ver muy raramente, y á la mas ligera sospecha hacia morir á sus vasallos. Le llamaban el rey Moreno, por su color, que era bastante oscuro. Este rey Moreno tenia un hijo que en nada se le parecia, pues nadie igualaba su talento, su dulzura, su magnificencia y su capacidad; pero tenia las piernas torcidas, una joroba mas alta que la cabeza, los ojos bizcos y la boca torcida; en fin, era un monstruo, y jamás alma mas hermosa se habia alojado en cuerpo mas deforme. Sin embargo, por una gracia especial, se hacia querer hasta la locura de aquellos á quienes deseaba agradar, pues su talento era tan superior al de los demás, que no se le podia oir con indiferencia.

La reina su madre quiso que se llamase Tortícoli: el rey Moreno, que pensaba mas en su grandeza que en la felicidad de su hijo, puso los ojos en la hija de un poderoso rey vecino suyo, cuyos estados, unidos á los suyos, podian hacerle temer de todo el mundo. Creyó que esta princesa era muy á propósito para el príncipe Tortícoli, porque siendo ella por lo menos tan fea y deforme como él, nada tendrian que echarse en cara. En efecto, tenia las piernas rotas, iba siempre metida en una gamella, y la llamaban Mascaron. Por lo demás era la criatura mas amable del mundo y de mas talento; parecia que el cielo habia querido indemnizarla de lo mal que la habia tratado la naturaleza.

Habiendo pedido el rey Moreno el retrato de la princesa Mascaron, le mandó colocar en una sala, bajo un dosel, y envió á llamar al príncipe Tortícoli, al cual mandó mirar aquel retrato con ternura, porque era el de Mascaron su prometida. Tortícoli echó la vista sobre él; pero le separó en seguida con un aire de desden, que ofendió á su padre.—¿Acaso no estais contento? le dijo irritado.—No señor, respondió; jamás lo estaré con una tullida por esposa.—Bien os está, dijo el rey Moreno, hallar defectos á esta princesa, siendo vos mismo un monstruo que da miedo.—Por esa razon, añadió el príncipe, no quiero unirme á otro monstruo; ¿apenas puedo sufrirme á mí, y quereis que tome semejante compañera?—Por lo visto, respondió el rey en un tono insultante, no quereis perpetuar la raza de los orangutanes; pero os casareis, porque yo lo mando, y quiero ser obedecido. Tortícoli no replicó una palabra, y haciendo una profunda reverencia se retiró.

Poco acostumbrado el rey Moreno á encontrar resistencia en nadie, la de su hijo le encolerizó de modo, que le mandó encerrar en una torre, construida espresamente para los príncipes rebeldes.

Persuadido el rey Moreno de que Tortícoli se cansaria de estar preso, obró como si hubiese consentido en casarse con Mascaron; así es que envió embajadores al rey su vecino pidiéndole su hija, á la cual prometia una felicidad completa. El padre de Mascaron se alegró mucho de poderla casar tan ventajosamente, porque la verdad es que pocos están de humor de cargar con una tullida. Aceptó pues la proposicion del rey Moreno, aunque en honor de la verdad, el retrato del príncipe Tortícoli que le habian llevado no le pareció de lo mas seductor, le hizo colocar á su vez en una galería magnífica, y mandó llamar á Mascaron. Al verle ella bajó los ojos y se echó á llorar. Indignado el padre de su repugnancia, tomó un espejo, y poniéndosele delante:—Llorais, hija mia, le dijo; miraos bien, y convendreis en que no hay razon para ese llanto.—Si yo tuviese prisa por casarme, señor, le dijo ella, quizá haria mal en ser tan delicada en la eleccion; pero yo estoy conforme en sufrir sola mis desgracias, y no quiero hacer soportar á nadie el fastidio de verme. Consiento en no ser en mi vida mas que la desgraciada princesa Mascaron. Por muy buenas que fuesen estas razones, el rey no las escuchó y tuvo que partir con los embajadores, que habian venido á pedirla.

Dejemos á la princesa viajando en litera, y volvamos á la torre á ver qué hace el príncipe. Ninguno de sus guardias le dirigia la palabra; tenian órden de dejarle que se fastidiara, de darle de comer muy poco, y de molestarle con toda clase de malos tratamientos. El rey Moreno sabia hacerse obedecer, si no por amor, por miedo; pero el afecto que tenian al príncipe les hacia endulzar sus penas en todo lo que podian.

Un dia que se paseaba por una vasta galería, pensaba en lo triste de su destino, que le habia hecho nacer tan feo y tan horroroso, y que le hacia encontrar una princesa todavía mas desgraciada; dirigió la vista á los vidrios pintados, cuyos colores halló tan vivos y tan bien dibujadas las figuras, que teniendo un gusto particular por las artes, se puso á mirarlos con atencion; pero no comprendia nada, porque representaban historias que habian pasado hacia muchos siglos. Verdad es que lo que mas le llamó la atencion fué un hombre tan semejante á él, que parecia su retrato. Este hombre se hallaba en el torreon del castillo, buscaba en la pared un sacatrapos de oro, con el cual abria un gabinete. Otras muchas cosas habia que le chocaron, y principalmente el ver su retrato en la mayor parte de los vidrios.—¿Por qué casualidad se me hace representar aquí un personaje, cuando yo no habia nacido? ¿Y cómo tuvo el pintor la fatal idea de divertirse, haciendo un hombre como yo? Habia además en los vidrios una persona tan hermosa, de facciones tan regulares y fisonomía tan espresiva, que no podia separar la vista de ella. En fin, habia otros mil distintos objetos, tan bien pintados, que creia ver lo que solo estaba representado por la combinacion de los colores.

No salió de la galería hasta que por la falta de luz no podia distinguir las pinturas. Volvió á su cuarto, y tomó un antiguo manuscrito, que fué el que tuvo mas á mano, cuyas hojas eran de vitela pintadas alrededor, el forro de oro esmaltado de azul, formando cifras: ¡Pero cuál seria su sorpresa al ver las mismas cosas que sobre los vidrios de la galería! Trató de leer lo escrito, sin poder conseguirlo; mas de pronto vió que unos músicos pintados en una de las hojas se pusieron á cantar, y en otra hoja en que habia jugadores de baceta y de richac, las cartas y los dados iban y venian. Volvió una hoja, y se encontró con un sarao, en que se bailaba; todas las señoras estaban lujosamente vestidas, y eran de una hermosura maravillosa; volvió otra hoja, y sintió el olor de una escelente comida; habia unas figuritas que comian, tan pequeñas, que la mayor no tenia una pulgada de altura; una de ellas volviéndose al príncipe le dijo: —A tu salud, Tortícoli; procura devolvernos nuestra reina; si lo consigues, no lo sentirás; si no lo consigues, lo pasarás mal.

Al oir estas palabras, el príncipe, que hacia rato que habia empezado á temblar, poseido de espanto se dejó caer como muerto, rodando el libro por otro lado. Al ruido de su caida, acudieron los guardias, que le querian entrañablemente, é hicieron todo lo posible para hacerle volver de su desmayo. Cuando se halló en estado de hablar, le preguntaron lo que tenia: él les dijo que le daban tan mal de comer, que no podia resistir mas; que teniendo débil la cabeza, habia creido ver en aquel libro cosas tan sorprendentes, que le habian dado miedo. Afligidos sus guardias le dieron de comer, á pesar de todas las prohibiciones del rey Moreno, y habiendo después de comer vuelto á abrir el libro delante de sus guardias, como no hallase nada de lo que habia visto, le confirmó en la idea de que se habia engañado.

Al dia siguiente volvió á la galería, y tornó á ver las pinturas de los vidrios que se movian, se paseaban por las calles de árboles, cazaban ciervos ó liebres, pescaban, ó edificaban casitas; y digo casitas, porque eran unas miniaturas muy pequeñas. Su retrato sin embargo estaba en todas partes; tenia un vestido semejante al suyo, subia á la torre y encontraba el sacatrapos de oro. Como aquel dia habia comido perfectamente, no podia creer que fuesen visiones de su fantasía.—Esto encierra algun misterio, se dijo á sí mismo, y no debo perdonar medio alguno de descubrirlo: quizá en la torre le descubriré. Subió pues, y golpeando la pared le pareció que en un sitio estaba hueca; cogió un martillo, derribó un trozo de pared, y encontró un sacatrapos de oro perfectamente hecho. Todavía ignoraba el uso que haria de él, cuando en un rincon de la torre echó de ver un pequeño armario de madera vieja; quiso abrirle, pero no encontró cerradura por ningun lado; al fin vió un agujerito, y sospechando que el sacatrapos le serviria, le introdujo por el agujero, y tirando con toda su fuerza consiguió abrirle. Pero todo lo que tenia de viejo y feo por fuera, tenia de bonito y maravilloso por dentro: todos los cajones eran de cristal de roca, grabado de ámbar ó de piedras preciosas, y cuando se sacaba uno, se encontraban otros mas pequeños á los lados, arriba, abajo y en el fondo, que estaban separados por nácar y perlas. Se sacaba el nácar y después los cajones: todos estaban llenos de las mas bellas armas del mundo, de ricas coronas, de retratos admirables. El príncipe Tortícoli se hallaba estupefacto, y seguia sacando sin cansarse; al fin encontró una llavecita de esmeralda, con la cual abrió una cerradurita de oro que habia en el fondo, y quedó deslumbrado á la vista de una caja hecha de un solo carbunclo. La sacó inmediatamente de su nicho; pero ¡cómo se quedaria al encontrarla llena de sangre, y una mano de hombre cortada, que tenia todavía cogida una caja de retrato!

Al ver esto Tortícoli tembló, se le erizaron los cabellos, y sus piernas, mal seguras, apenas podian sostenerle: se sentó en el suelo con la caja en la mano, aunque separando la vista de tan funesto objeto: deseo tenia de volverla á dejar donde la habia tomado; pero reflexionando que todo lo que le habia sucedido hasta entonces no habia sido sin objeto, y acordándose de lo que le habia dicho la figurita del libro, que segun lo consiguiese ó no lo pasaria bien ó mal, temió tanto por el porvenir como por el presente, y después de echarse en cara, una timidez indigna de una alma grande, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, se y decidió á fijar la vista sobre aquella mano. —Oh mano infortunada! dijo, ¿no puedes instruirme, aunque sea por señas, de esta triste aventura? Si yo puedo servirte, cuenta con la generosidad de mi corazon.

A estas palabras la mano se agitó, y moviendo los dedos empezó á hacer señas, cuya significacion entendió tan bien, como si le hu-

biera hablado una boca inteligente.—Has de saber, dijo la mano, que tú lo puedes todo, por aquel de quien me ha separado la barbarie de un celoso. En este retrato estás viendo la adorable belleza, causa de mi desgracia: vete inmediatamente á la galería, y teniendo cuidado con el sitio en que el sol lanza sus mas ardientes rayos, busca, y encontrarás mi tesoro. Dicho esto, la mano cesó de agitarse: el príncipe le hizo várias preguntas, pero no obtuvo respuesta.—¿Dónde os pongo, le dijo él? La mano volvió á hacer señas, y comprendió que debia volverle á poner en el armario; así lo hizo, cerrándole después, escondió el sacatrapos en el mismo sitio donde le habia tomado, y un poco mas aguerrido en los prodigios bajó á la galería.

A su llegada los vidrios empezaron á meter un ruido estraordinario; miró donde daban los rayos del sol, y vió que era sobre el retrato de un adolescente, tan hermosa, y de un aire tan noble, que quedó admirado. Levantando este cuadro encontró un tablero de ébano con filetes de oro: le levantó tambien y se encontró en un vestíbulo de pórfido adornado de estatuas: sube una ancha escalera de ágata con pasamanos de oro, entra en un salon de lapislázuli, y después de atravesar una porcion de habitaciones, en que la escelencia de las pinturas competia con la riqueza de los muebles, llegó al fin á un gabinetito, en que todos los adornos eran de turquesas, donde vió sobre un lecho de gasa azul y oro una dama que parecia dormida. Esta dama era hermosísima; sus cabellos, mas negros que el ébano, hacian resaltar la blancura de su cutis; su sueño parecia agitado, y en su rostro se echaba de ver el abatimiento de la enfermedad.

Temiendo el príncipe despertarla se acercó poco á poco, y al oir que hablaba, prestó atencion y entendió estas pocas palabras.—¿Crees, pérfido, que podré amarte después de haberme separado de Trasimeno? ¿Te has atrevido á cortar en mi presencia una mano tan querida? ¡Ah! Trasimeno ¿no debo ya volverte á ver?

El príncipe estaba inmóbil al pié del lecho, no sabiendo si despertarla ó dejarla en un sueño tan triste: habia comprendido que Trasimeno era su amante, y que á él pertenecia la mano que habia encontrado en la torre: mil pensamientos confusos se agitaban en su mente sobre todas aquellas cosas, cuando sintió una música deliciosa, compuesta de ruiseñores y canarios, tan acordes en sus gorgeos, que escedian á las voces humanas mas agradables. En esto un águila, de un tamaño estraordinario, entró volando lentamente con un ramo de oro en las garras, cargado de rubíes formando cerezas. Fijó sus ojos sobre la bella dormida, y desplegando sus grandes alas se cernia delante de ella, ya elevándose, ya bajándose hasta sus piés.

Pasados unos momentos se volvió hácia el príncipe y se le acercó, poniendo en sus manos el ramo de oro con cerezas de rubíes: las aves que cantaban lanzaron entonces unos chillidos, que penetraron las bóvedas del palacio. El príncipe, creyendo que aquella dama estaba encantada, se acerca á ella, y poniendo una rodilla en tierra, le da con el ramo diciéndole:—Bella y encantadora princesa, en nombre de Trasimeno os conjuro para que volvais á entrar en posesion de todas las funciones vitales. La dama abre los ojos, distingue el águila, y esclama:—Deteneos, querido amante, deteneos; pero el ave real lanza un grito agudo y doloroso, y se echa á volar, en compañía de sus alados musiquitos.

Dirigiéndose en seguida la dama á Tortícoli, le dijo:—Perdonad si he escuchado antes mi corazon que mi reconocimiento: sé que os lo debo todo, y que me habeis vuelto á la luz que habia perdido hace doscientos años. El encantador que me amaba, y que tantas penas me ha hecho sufrir, os tenia reservada esta gran aventura: yo tengo el poder de serviros, con que así decidme lo que deseais, pues emplearé toda mi ciencia en hechicería para haceros dichoso.—Señora, respondió el príncipe, puesto que vuestra ciencia os hace penetrar hasta los sentimientos mas recónditos del corazon, fácil os será conocer, que á pesar de las desgracias que me abruman, soy menos digno de lástima que cualquiera otro.—Eso consiste en vuestro talento, añadió la hada; pero en fin no me hagais pasar por la vergüenza de haber sido ingrata con vos: ¿qué decis? pedid, pues ya he dicho que lo puedo todo.—Desearia, respondió Tortícoli, volveros el hermoso Trasimeno.—Sois muy generoso, le dijo ella, al preferir mis intereses á los vuestros; pero este negocio le dará cima otra persona. Sabed solo que no puedo ser indiferente para vos; con que así no dilateis por mas tiempo el placer de serviros. ¿Qué deseais?—Señora, dijo el príncipe echándose á sus piés, ya veis mi horrorosa figura; me llaman Tortícoli por mofa; hacedme menos ridículo.—Príncipe, dijo la hada tocándole tres veces con el ramo de oro, serás tan guapo y perfecto que ningun hombre te igualará: llámate Sin-Par, y llevarás el nombre con razon.

Reconocido el príncipe abrazó sus rodillas: ella le hizo levantar, luego se miró en uno de los espejos que adornaban la habitacion, y Sin Par no reconoció ya á Tortícoli, pues habia crecido tres piés, sus cabellos caian en bucles abundantes sobre sus hombros, tenia un aire lleno de gracia y de nobleza, facciones regulares y ojos espresivos: en fin, era la digna obra de una hada bienhechora y sensible.—Cuánto siento no poder deciros vuestro destino, advertiros los escollos que la fortuna arrojará en vuestro camino, y enseñaros los medios de evitarlos; pero si lo hiciese ofenderia al genio superior que os guia: idos, príncipe, huid de la torre, y acordaos de que la hada Benigna será siempre vuestra amiga. Dichas estas palabras, el palacio y las maravillas que el príncipe habia visto desaparecieron, y se encontró en una espesa selva, á mas de cien leguas de la torre en que el rey Moreno le habia hecho encerrar.

Dejémosle reponerse de su justa admiracion, y veamos dos cosas, una lo que pasa entre los guardias que su padre le habia dado, y la otra lo que sucedió á la princesa Mascaron. Estos pobres guardias, sorprendidos de que el príncipe no pidiese de comer, entraron en su cuarto, y al ver que no estaba le buscaron por todas partes, temiendo que se hubiese escapado. No encontrándole se pusieron desesperados porque sabian que el rey Moreno los mandaría matar así que llegase á su noticia la fuga de su hijo. Después de discutir todos los medios mas conducentes de aplacarle, acordaron que uno de ellos se metiese en la cama y no se dejase ver de nadie; ellos dirian que el príncipe estaba muy malo, y un tronco enterrado en su lugar les sacaría del mal paso: parecioles infalible el plan, inmediatamente le pusieron en práctica. Acostose el mas pequeño de los guardias, al cual hicieron una gran joroba postiza, y enviaron á decir al rey que su hijo estaba muy malo: creyendo que le decian esto para ablandarle no hizo caso, que era justamente lo que deseaban los guardias, y cuanto mas apurados fingian hallarse estos, mas indiferencia manifestaba el rey Moreno.

En cuanto á la princesa Mascaron, llegó metida en una maquinita de un codo de alto, colocada dentro de una litera. Salió el rey Moreno á recibirla; pero al verla tan deforme, arrastrándose dentro de una artesa, escamada la piel como la de una merluza, unidas las cejas, la nariz ancha y aplastada, y la boca casi tocando con las orejas, no pudo menos de decirle.—En verdad, princesa Mascaron, que no sé por qué despreciais á mi Tortícoli; habeis de saber que es muy feo; pero sin mentir, sois vos bastante mas.—Señor, le dijo ella, no tengo bastante amor propio para ofenderme de las palabras impolíticas que acabais de decirme; sin embargo, como quizá creiais que es el medio mas seguro de decidirme á querer á vuestro encantador Tortícoli, desde luego os advierto que á pesar de mi artesa y de los defectos que me afean, no me casaré jamás con él, pues prefiero el título de princesa Mascaron al de reina Tortícoli.

El rey Moreno, incomodado mucho con la respuesta la dijo:—Pues yo os aseguro que os casareis mal que os pese; el rey vuestro padre es dueño de vos, y yo lo soy desde el momento en que él os ha puesto en mi poder.—Hay cosas, dijo ella, en las cuales nos es lícito elegir, y esta es una de ellas: contra mi voluntad me han traido aquí, y os advierto que os consideraré como mi mas mortal enemigo si me violentais. Dejola el rey muy irritado, y la dió una habitacion en su palacio, con damas para servirla, y que tenian órden de persuadirla que el mejor partido que podia tomar era casarse con el príncipe.

A todo esto, temiendo los guardias que se descubriese su superchería y que supiese el rey la fuga de su hijo, no tardaron en mandarle á decir que habia muerto. Al recibir la noticia manifestó un sentimiento, de que se creia incapaz; lloró y gritó, y echando la culpa á Mascaron de la pérdida de su hijo, la mandó encerrar en la misma torre del difunto.

La pobre princesa, admirada y afligida al mismo tiempo de verse presa, se quejó de semejante proceder, creyendo que se le contarian al rey; pero nadie se atrevió á decirle una palabra: tambien creyó poder escribir á su padre los malos tratamientos de que era víctima, esperando que vendria á librarla; pero tambien se equivocó, pues interceptaban sus cartas y se las entregaban al rey Moreno.

Con esta esperanza, porque ella no creia que le cogian las cartas, estaba mas consolada, y todos los dias iba á la galería á ver las pinturas de los vidrios, pues le parecia estraordinario verse á sí misma con su artesa, en medio de aquella confusion de cosas distintas.—Desde que estoy en este país, decia ella, los pintores han dado en la estraña mania de retratarme como si no hubiese bastantes figuras ridículas sin la mia, ¿si querrán quizá por medio del contraste hacer resaltar la belleza de esta jóven pastora que me parece encantadora? Y en seguida se ponia á mirar un pastor, cuya hermosura no se cansaba de admirar—¡Qué digna de lástima soy! decia ella, al verse tan fea, y qué feliz se debe ser cuando es una hermosa: y al decir esto se le saltaban las lágrimas; después, como se viese en un espejo, se volvió de repente y se encontró una viejecilla, con un gorro en la cabeza, doble mas fea que ella, y cuya artesa, pues tambien le faltaban las piernas, tenia mas de veinte agujeros de usada que estaba.

—Princesa, le dijo la vieja, vuestras quejas son tan lastimeras que me han conmovido, así que podeis elegir entre la virtud y la belleza: si quereis ser hermosa, sereis coqueta, celebrada y galante; si preferis quedar como estais, sereis honesta, apreciada y humilde. Mascaron miró á su interlocutora, y le preguntó si la honestidad era incompatible con la belleza.—No, dijo la buena muger; pero por lo que toca á vos, está escrito que no podreis poseer mas que una de las dos. —En ese caso, dijo Mascaron en tono resuelto, prefiero mi fealdad á la belleza. Cómo! ¿preferís asustar á los que os ven? replicó la vieja.—Si

señora, dijo la princesa, prefiero todas las desgracias juntas á la falta de virtud.—Habia traido espresamente mi manguito amarillo y blanco, dijo la hada; soplando por el lado amarillo os hubierais vuelto igual á esta admirable pastora, que tan bella os ha parecido, y hubierais sido ama la de un pastor cuyo retrato ha llamado vuestra atencion mas de una vez: soplando por el lado blanco podeis perseverar en el camino de la virtud, en que tan valerosamente habeis entrado.— Ah señora, repuso la princesa, no me negueis esta gracia, pues ella me consolará de los desprecios del mundo. La viejecilla le dió el manguito de virtud y de belleza: Mascaron no se equivocó y sopló por el lado blanco, dando las gracias á la hada, que desapareció inmediatamente.

Estaba muy contenta de la eleccion que habia hecho, y por mas que envidiase la incomparable hermosura de la pastora pintada en los vidrios, se decia para consolarse que la belleza pasa como un sueño; que la virtud es un tesoro eterno y una belleza inalterable, que dura mas que la vida, y seguia esperando que el rey su padre, á la cabeza de un poderoso ejército, la sacaria de la torre. Tan segura estaba de que así sucederia, que se hallaba impaciente y deseaba ardientemente subir al torreon, para ver llegar el socorro que esperaba; pero ¿cómo trepar tan alto? Para ir á su cámara iba mas despacio que una tortuga, y para subir tenian que llevarla sus damas.

Sin embargo, encontró un medio bastante ingenioso. Sabiendo que el reloj estaba en el torreon, quitó las pesas y se puso en su lugar, y al dar cuerda la subieron: cuando estuvo arriba miró por la ventana que daba al campo; pero no vió venir á nadie. Apoyándose en la pared que Tortícoli habia deshecho y compuesto bastante mal, se desprendió el yeso que cubria el agujero, y halló el sacatrapos de oro junto á Mascaron; le cogió, y examinando para qué podria servir, desde luego creyó que seria para abrir el armario sin cerradura, lo cual puso en práctica en seguida, y si admirado quedó el príncipe de todo lo que en él encontró de raro y magnífico, no lo quedó menos la princesa después de sacar cuatro mil cajones llenos de alhajas antiguas y modernas, hasta que al fin la cerradurita de oro, la caja de carbunclo y la mano nadando en sangre.—¡Ay! ¿qué haré? dijo ella tristemente; prefiero morir á permanecer mas tiempo con esta mano cortada. Entonces oyó una voz dulce y agradable que le dijo:—Ten valor, princesa, tu felicidad depende de esta aventura.—¿Y qué debo hacer? respondió ella temblando.—Es preciso, le dijo la voz, que lleves esta mano á tu cuarto, la ocultes bajo la almohada, y cuando veas un águila se la entregues al momento.

Por muy asustada que estuviese la princesa, tenia aquella voz un acento tan persuasivo, que no dudó en obedecer, y así volvió á colocar los cajones en la forma que los habia encontrado y se guardó la caja. A todo esto los guardias, temiendo que se les escapase tambien, como no la viesen en su cuarto, la buscaron y quedaron sorprendidos de hallarla en un sitio, al cual, segun decian ellos, no podia haber subido sino por encanto.

Tres dias estuvo sin ver nada, no atreviéndose á abrir la hermosa caja de carbunclo, porque la mano cortada la daba mucho miedo; hasta que al fin una noche oyó ruido en la ventana, descorrió las cortinas, y á la luz de la luna distinguió un águila que revoloteaba: se levantó como pudo, y arrastrándose por el suelo abrió la ventana, por la cual entró, metiendo mucho ruido con las alas en señal de alegría; cuando la vió dentro fué á buscar la mano, se la presentó, la cogió el águila con las garras y desapareció; en su lugar habia un jóven el mas guapo y mejor mozo que en su vida habia visto; una diadema ceñia su frente, y su vestido estaba cubierto de piedras preciosas; en su mano tenia un retrato, y tomando el primero la palabra, dijo á Mascaron:—Princesa, hace doscientos años que un pérfido encantador me tiene en estos sitios; enamorados uno y otro de la hada Benigna, yo era el preferido y él estaba celoso. Su saber era superior al mio, y queriendo prevalerse de él para perderme, me dijo terminantemente que me prohibia volverla á ver. Como semejante prohibicion ni convenia á mi amor ni á mi categoría, le amenacé, y la bella que adoro, ofendida de su atrevimiento, le prohibió á su vez que se presentase jamás á su vista. El cruel resolvió castigarnos á los dos.

Un dia que yo me hallaba á su lado embebido en contemplar su retrato, que me habia dado, encontrándole mil veces menos hermoso que el original, se presentó él, y de un sablazo separó mi mano de mi brazo. La hada Benigna (este es el nombre de mi reina) sintió mucho mas que yo este accidente, y cayó desmayada sobre su lecho. Inmediatamente me sentí cubierto de plumas, convirtiéndome en águila, y se me permitia venir todos los dias á ver á la reina, sin poder acercarme ni despertarla; pero tenia el consuelo de oirla pronunciar, entre tiernos suspiros, el nombre de su querido Trasimeno. Tambien sabia yo que al cabo de doscientos años un príncipe desencantaria á Benigna, y que una princesa, entregándome mi mano cortada, me volveria á mi primitiva forma. Una hada interesada en vuestra gloria y en que esto sucediera así, es la que encerró cuidadosamente mi mano en el armario del torreon, y la que me ha dado el poder de manifestaros mi reconocimiento; decid, princesa, lo que mas deseais, é inmediatamente lo obtendreis.

—Gran rey, contestó Mascaron al cabo de algunos momentos de silencio; si no os he respondido en seguida, es porque poco acostumbrada á aventuras tan sorprendentes como esta, se me figura sueño mas bien que realidad.—No señora, respondió Trasimeno, no es ilusion, y os convencereis de ello así que me digais el don que deseais. —Si pidiese, dijo ella, todos los que necesito para ser perfecta, por mucho poder que tengais os seria difícil satisfacerme; pero ya que esto no es posible, haced mi alma tan hermosa como mi cuerpo es feo y deforme.—¡Ah princesa! esclamó Trasimeno, estoy admirado de una eleccion tan acertada y tan digna; así pues, vuestro cuerpo va á ser tan hermoso como vuestra alma y vuestro talento; diciendo esto tocó á la princesa con el retrato de la hada, y en seguida oye crec, croc en todos sus huesos, que se prolongan y se componen; se pone derecha, su piel es mas blanca que la leche, sus facciones se regulares, un aire modesto y majestuoso y una fisonomía fina y agradable.—Qué prodigio! esclama ella; ¿soy yo?—Sí señora, dice Trasimeno; y este feliz cambio lo debeis á la sábia eleccion que habeis hecho de la virtud. ¡Qué placer para mí, después de lo que os debo, el haber contribuido á él! pero dejad para siempre el nombre de Mascaron, y tomad el de Brillante, que mereceis por vuestro talento y vuestros encantos. Y en esto desapareció; la princesa, sin saber en qué clase de carruaje habia ido, se encontró á orilla de un arroyuelo, en un sitio cubierto de árboles, el mas delicioso de la tierra.

Aun no se habia visto después de su metamorfosis; pero el agua de este arroyo era tan cristalina, que conoció con estraordinaria sorpresa que era la misma pastora cuyo retrato tanto la habia admirado en los vidrios de la galería: en efecto, tenia como ella un vestido blanco guarnecido de encajes finos, el cinturon era de rosas y jazmines, y como ella, tenia los cabellos adornados con flores. Llevó un cayado pintado y dorado, un rebaño de carneros que pastaban á lo largo de la ribera, y que obedecian á su voz; hasta el perro del rebaño parece que la conocia y la acariciaba.

¡Cuántas reflexiones no hacia ella sobre tan raros prodigios! Habia nacido y vivido hasta entonces la mas fea de todas las criaturas, pero era princesa; de pronto se volvió mas hermosa que el astro del dia; pero no era mas que una pastora, y la pérdida de su clase no dejaba de serla sensible.

Agitada por estos pensamientos se durmió. Como habia velado toda la noche, segun he dicho, y el viaje que habia hecho sin sentir era de cien leguas, se encontraba un poco cansada. Los carneros y el perro, agrupados á su alrededor, parecia como que la guardaban en vez de guardarlos ella. El sol no podia molestarla, aunque se hallaba en toda su fuerza, porque la espesura de los árboles la daba sombra, y la yerba fina y fresca sobre la cual se habia echado, parecia orgullosa de tan hermosa carga; las aves formaban dulces conciertos, y los céfiros contenian su aliento, temerosos de despertarla. Un pastor abrumado por el ardor del sol, habiendo visto de lejos este sitio, se dirigió á él á toda prisa; pero cuando vió á la jóven Brillante quedó tan sorprendido, que á no ser por un árbol que le sirvió de apoyo, hubiera caido al suelo. En efecto, habia reconocido en esta jóven á la pastora de los vidrios de la galería y del libro de vitela, porque ya habrá conocido el lector que este pastorcito era ni mas ni menos que el príncipe Sin Par. Un poder desconocido le habia detenido en esta comarca, donde le admiraban por su destreza en todas las cosas, y su talento, que le hacian distinguir de los demás pastores, como se distinguia por su nacimiento.

Fijó sus ojos en Brillante con una atencion y un placer desconocidos para él hasta entonces. Arrodillose junto á ella, examinó aquel conjunto de bellezas que la hacian enteramente perfecta, y su corazon fué el primero que pagó un tributo, que ningun otro se atrevió á negarla después. Profundamente distraido en contemplar á Brillante, se despertó esta, y al ver á Sin Par recordó al momento el retrato de los vidrios de la galería.—Amable pastora, la dijo él, ¿qué feliz destino os conduce aquí? Sin duda venís á recibir nuestras adoraciones y nuestros votos. ¡Ah! bien conozco que seré el primero que os rinda mis homenajes.—No, pastor, le dijo ella, no pretendo exigir honores, á que no soy acreedora; quiero permanecer simple pastora; amo mi rebaño y mi perro, la soledad me encanta, y no deseo otra cosa.—¿Cómo, jóven pastora, al venir á estos sitios, traes el designio de ocultaros á los mortales que los habitan? ¿Es posible que nos querais tan mal? Por lo menos, haced una escepcion á mi favor, puesto que soy el primero que os ha ofrecido sus servicios.—No, replicó Brillante, no quiero veros con mas frecuencia que á los otros, por mas que os profese, como os profeso yo, una particular afeccion; pero indicadme una honrada pastora á cuya casa pueda retirarme, porque siendo desconocida en el país, y de una edad impropia para estar sola, me alegraré mucho de ponerme bajo su salvaguardia. Sin Par la llevó á una cabaña muy aseada, y que en medio de su sencillez tenia una porcion de comodidades. En ella habia una viejecita que salia pocas veces, porque apenas podia andar.—Mi buena madre, dijo Sin Par presentando á Brillante; aquí os traigo una muchacha incomparable, cuya sola presencia os rejuvenecerá. La vieja la abrazó, y la dio afablemente la bienvenida, diciéndole que sentia hospedarla tan mal, pero que al menos estaria bien alojada en su corazon.—No creil

dijo Brillante, encontrar aquí una acogida tan cordial, y al mismo tiempo tanta cortesía: os aseguro, mi buena madre, que estoy muy contenta de hallarme á vuestro lado; y dirigiéndose al pastor continuó: No os negareis á decirme vuestro nombre, para saber á quién debo tal servicio.—Me llaman Sin Par. La princesa dijo que se llamaba Brillante, y la vieja pareció encantada de tan bonito nombre.

La vieja pastora, temiendo que Brillante tuviese hambre, le presentó en un cuenco muy limpio leche dulce, pan moreno, huevos frescos, manteca recien batida, y un queso de crema. Sin Par se fué á su cabaña, y llevó fresas, avellanas, cerezas y otras frutas, todas rodeadas de flores; y para tener un pretesto de estar mas tiempo con Brillante, le pidió permiso para comer con ella. Ella, que le creia con mucho gusto, aunque aparentase indiferencia, conocia que su presencia no le seria indiferente.

Después que se marchó él, siguieron por mucho tiempo pensando mutuamente uno en otro. El la veia todos los dias, llevaba su rebaño adonde ella apacentaba el suyo, y tocaba la flauta para que bailase; pero como Brillante ponia empeño en huir de Sin Par, un dia que se hallaba resuelto á hablarla, cogió un corderillo, que engalanó con cintas y flores, poniéndole un collar de paja de colores, tan bien trabajada, que era una especie de obra maestra. Se puso un vestido de tafetan de color de rosa, guarnecido de encajes de Inglaterra, tomó un cayado cubierto de cintas y un zurron, en cuyo estado todos los Celadones del mundo no se hubieran atrevido á presentarse á él, y se fué á buscar á Brillante. La encontró sentada á la orilla de un arroyo, que corria lentamente por lo mas intrincado del bosque, sus carneros pastaban diseminados por aquí y por allí, pues la profunda tristeza de la pastora no le permitia cuidarlos. Sin Par se cercó con timidez y la presentó el corderillo; pero Brillante se alejó: desesperado el príncipe quiso seguirla, pero el dolor que sintió fué tan vivo, que cayó sin conocimiento al pié de un árbol.

Anda, príncipe, le dijo la hada tocándole tres veces con el ramito de oro.

Brillante no pudo menos de volver la cabeza muchas veces para ver si la seguia; le vió caer medio muerto; pero aunque le amaba, se negó á sí misma el consuelo de socorrerle.

Desde que se hallaba en aquel país habia oido hablar de un célebre encantador que vivia con su hermana en un castillo que habia edificado en los confines de la isla; como no se hablaba de otra cosa que de su ciencia, Brillante, sin decir una palabra á su caritativa huéspeda, se puso en camino sin descansar de dia ni de noche, tanta era la gana que tenia de llegar al castillo para curarse de su amor.

Al fin llegó y entró en él sin dificultad, atravesó unos grandes patios, en que la yerba y las zarzas eran tan altas, que parecia que no habian puesto el pié en él en mas de cien años: las separó con las manos haciéndose mas de un arañazo, y entró en una sala que no recibia la luz mas que por un agujerito, y que estaba cubierta de alas de murciélagos. Doce gatos colgados del techo sirviendo de arañas lanzaban unos maullidos insoportables, y sobre una larga mesa habia doce grandes ratones atados por la cola, que tenian cada uno delante de sí un pedazo de tocino, el cual no podian alcanzar, de modo que los gatos veian los ratones sin podérselos comer, y los ratones temian á los gatos y se morian de hambre al mismo tiempo delante de un buen trozo de tocino.

Considerando se hallaba la princesa el suplicio de estos animales cuando vió entrar al encantador: vestia una larga túnica negra, un cocodrilo que llevaba sobre la cabeza le servia de gorro, formando el tocado mas horroroso que se ha visto. Este viejo llevaba anteojos y un látigo en la mano como de veinte largas serpientes, todas vivas. ¡Oh y qué miedo tuvo al ver esto la princesa, y cómo echó de menos en aquel momento su pastor, sus carneros y su perro! Lo primero que se le ocurrió fué huir, y sin decir una palabra á aquel hombre terrible echó á correr hácia la puerta; pero estaba cubierta de telas de araña; levantó una y encontró otra, que volvió á levantar, á la cual sucedia una tercera; levantóla tambien, y se presentó otra nueva que estaba delante de otra; en fin, estas pícaras porteras de telas de araña eran innumerables. La pobre princesa se hallaba rendida de cansancio, y sus brazos no eran bastante fuertes para poder sostener aquella tela: quiso sentarse en el suelo para descansar un poco; pero se levantó inmediatamente, porque sintió que le entraban en la carne unas largas espinas; intentó otra vez salir, pero siempre aparecia una tela bajo la otra. El pícaro viejo que la miraba se reia á carcajadas; al fin la llamó y la dijo:—No te canses, pues pasarias toda tu vida en semejante ocupacion sin conseguir nada; me pareces jóven y mas hermosa que todo lo que yo he visto; si quieres me casaré contigo y te daré esos doce gatos que ves colgados del techo, para que hagas de ellos lo que quieras, y estos doce ratones tambien; los gatos son príncipes y los ratones princesas. Los bribones habian tenido el honor de agradarme en distintas ocasiones (porque siempre he sido amable y enamorado): ninguna de ellas quiso amarme; estos príncipes eran mis rivales, y mas felices que yo por supuesto; los celos se apoderaron de mí, y habiendo hallado medio de traerlos aquí, conforme los he ido cogiendo los he trasformado en gatos y en ratones. Lo chistoso es que ahora se aborrecen tanto como se han amado, lo cual completa mi venganza.—Ah señor! esclamó Brillante, volvedme raton, pues no lo merezco menos que estas pobres princesas.—Cómo! dijo el mágico, pequeña pastorcilla, ¿con que no quieres amarme?—He resuelto no amar jamás, dijo la princesa.—Qué simple eres! repuso él: yo te daré de comer á las mil maravillas, te contaré cuentos, te daré los mas hermosos vestidos del mundo, no irás mas que en carroza y en litera, y te llamarás señora.—He resuelto no amar jamás, volvió á decir la princesa.—Mira bien lo que dices, esclamó el encantador colérico, pues te arrepentirás por mucho tiempo.—No importa, dijo Brillante, he resuelto no amar jamás.—Pues bien, criatura indiferente, dijo él tocándola, puesto que no quieres amar, debes ser de una especie particular; de consiguiente en lo sucesivo no serás ni carne ni pescado, no tendrás ni sangre ni huesos, serás verde, porque estás todavía en tus verdes años; serás ligera y vivaracha, vivirás como vivias en los prados, te llamarás langosta; y de pronto la princesa Brillante se convirtió en la mas linda langosta del mundo, marchándose en seguida al jardin.

Cuando Sin Par volvió en sí se fué á casa de la vieja pastora donde Brillante vivia; pero cuando supo que no habia parecido desde la víspera, creyó morirse de inquietud: se alejó agobiado bajo el peso de mil distintos pensamientos, y se sentó tristemente á orilla del rio, en el cual tuvo intencion mas de cien veces de arrojarse, para buscar en el fin de su vida el de sus desgracias.

En esto se le presentó una vieja con una gorguera al cuello, un guardainfante y un gorro de terciopelo de una antigüedad que tenia algo de venerable.—Hijo mio, le dijo, os quejais bien amargamente y desearia me dijeses el motivo.—Ay! mi buena madre, dijo Sin Par, lloro el desvio de una amable pastora que huye de mí, y he resuelto buscarla por toda la tierra hasta que la encuentre.—Id por ese lado, hijo mio, le dijo ella señalándole el camino del castillo en que la pobre Brillante se habia vuelto langosta; tengo el presentimiento de que no la buscareis mucho tiempo. Sin Par le dió las gracias y echó á andar.

No tuvo el príncipe durante el camino encuentro alguno que le detuviese; pero al llegar al bosque inmediato al castillo del mágico y de su hermana, creyó ver su pastora; echó á andar tras ella, y ella se alejó; apretó el paso, la fantasma huyó mas lejos, y en este ejercicio se pasó el resto del dia. Cuando hubo cerrado la noche vió muchas luces en el castillo. Halagado por la idea de que estaria allí su pastora, echó á correr hácia él, entró sin obstáculo, sube, y encuentra en un magnífico salon una hada alta, vieja y horriblemente flaca. Sus ojos

parecian dos lámparas apagadas; al través de sus mejillas se veia la luz, sus brazos eran tan delgados como latas, y sus dedos como husos, y una piel de zapa negra cubria su esqueleto; á pesar de esto tenia colorete, lunares, cintas verdes y color de rosa, un manto de brocado de plata, una corona de diamantes en la cabeza, y piedras preciosas por todas partes.

—Príncipe, le dijo, llegais á un sitio en el que deseaba veros hace mucho tiempo: no volvais á pensar en vuestra pastorcilla; una pasion tan desigual debe avergonzaros; yo soy la reina de los meteoros. Os quiero, y puedo haceros bienes infinitos si me amais.—Amaros! esclamó el príncipe mirándola indignado; yo amaros, señora! No, jamás seré infiel, y además conozco que si variase el objeto de mi pasion, no seriais vos á quien escojería; buscad entre vuestros meteoros el que os acomode; amad el aire ó los vientos, y dejad á los mortales en paz.

La hada, que era orgullosa y colérica, con dos golpes de varita llenó la galería de monstruos horrorosos, contra los cuales se vió precisado el príncipe á hacer uso de su destreza y su valor. Los unos se presentaban con muchas cabezas y muchos brazos; los otros tenian la figura de un centauro ó de una sirena; muchos eran leones con rostro humano, esfinges y dragones con alas. Sin Par no tenia mas que su cayado y un chuzo de que se habia armado al emprender su viaje. La hada hacia cesar el zipizape de cuando en cuando para preguntarle si queria amarla, á lo cual contestaba el príncipe siempre, que se habia propuesto ser fiel, y que no variaria nunca. Cansada el hada de su firmeza, hizo aparecer á Brillante. Pues bien, le dijo ella, ya ves á tu amada en el fondo de esta galería; mira bien lo que vas á hacer, porque si te niegas á casarte conmigo, será desgarrada y hecha trozos á tu vista por los tigres.—¡Ah señora! esclamó el príncipe arrojándose á sus pies; yo me ofrezco voluntariamente á la muerte por salvar á mi querida pastora; perdonad su vida y tomad la mia.—No se trata de tu muerte ahora, traidor, sino de tu corazon y tu mano; pero en esto, el príncipe oia la voz de su pastora, que parecia quejarse, y le decia:—¿Me dejareis devorar? Si me amais, decidios á hacer lo que la reina os manda.

El pobre príncipe vacilaba; al fin esclamó:—¿Y qué, Benigna, me habeis abandonado después de tantas promesas? Venid, venid á socorrerme. Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando oyó en los aires una voz que decia:

«Deja obrar al destino; pero sé fiel y busca el Ramo de Oro.»

La vieja hada, que se habia creido victoriosa, ayudada por tan distintas ilusiones, creyó desesperarse al encontrar en su camino tan poderoso obstáculo como la proteccion de Benigna.—Huye de mi presencia, dijo, príncipe desdichado y terco; puesto que tu corazon está ardiendo en las llamas del amor, serás un grillo amigo del calor y del fuego.

E inmediatamente el bello y maravilloso príncipe Sin Par se convirtió en un grillo negro, que se hubiera atrasado vivo en la primera chimenea ó el primer horno, si no se hubiera acordado de la voz de Benigna, que le habia tranquilizado.—Es preciso, dijo, buscar el Ramo de Oro: quizá con él me desgrillificaré: Ah! si después encontrase á mi pastora, nada faltaria ya á mi felicidad.

El grillo salió á toda prisa del fatal palacio, y sin saber dónde debia ir, se confió al hada Benigna, y partió sin equipaje y sin ruido, porque un grillo no teme los ladrones. En el primer alto, que fué en el agujero de un árbol, encontró una langosta muy triste, tan triste que no cantaba. El grillo, no ocurriéndosele que fuese una persona de talento y discrecion, le dijo:—Dónde va de este modo mi comadre la langosta? Pero ella le respondió inmediatamente.—¿Y vos, compadre grillo, dónde vais?—Cómo! ¿hablais? esclamó él.—Pues vos bien hablais, esclamó ella, ¿ó creeis que una langosta tiene menos privilegios que un grillo.—Yo puedo hablar, dijo el grillo, porque soy hombre.—Por esa regla, dijo la langosta, yo debo hablar seis veces mas que vos, porque soy muger.—Por lo visto os ha sucedido una desgracia parecida á la mia, dijo el grillo.—Así parece, dijo la langosta.—Me alegraria, replicó él, que estuviésemos juntos mucho tiempo.—¿Pero dónde vais así? preguntó la langosta.—Una voz que no conozco, replicó él, se ha dejado oir en el aire que decia: «Deja obrar al destino y busca el Ramo de Oro.» A mí me ha parecido que esto lo decian por mí, y sin vacilar me he puesto en camino, aunque sin saber dónde ir.

Su conversacion fué interrumpida por dos ratones que corrian todo lo que podian, y que viendo un agujero al pié del árbol se arrojaron dentro de cabeza, y por poco ahogan al compadre grillo y á la comadre langosta. Se acomodaron como pudieron en un riconcito, y el raton mas grande dijo:—Me duele un lado de tanto correr; ¿y vuestra alteza, cómo está?—Yo he arrancado mi cola, contestó el raton mas jóven; pues á no ser por eso, todavía me encontraria sobre la mesa de aquel viejo hechicero; ¿pero has visto cómo nos perseguia? ¡Qué felices hemos sido en escaparnos de su palacio infernal!—Yo no dejo de temer los gatos y las ratoneras, princesa mia, continuó el raton grande, y hago ardientes votos por llegar pronto al Ramo de Oro.—Segun eso, sabes el camino, dijo su alteza ratonil.—¿Si le sé, señora? como el de mi misma casa, replicó la otra: este Ramo es maravilloso, como que una sola de sus hojas basta para ser rico toda la vida: ella da la riqueza, desencanta, hace hermosa y conserva la juventud. Es preciso ponernos en camino antes de amanecer.—Tendremos el honor de acompañaros este honrado grillo y yo, si no teneis inconveniente, señoras, dijo la langosta; porque somos, lo mismo que vosotras, peregrinos al Ramo de Oro. Hiciéronse muchos cumplimientos por una y otra parte: los ratones eran las princesas que el malvado encantador tenia atadas á la mesa, y tuvieron para con el grillo y la langosta unas consideraciones que no se desmintieron jamás.

Todos se despertaron muy temprano y partieron juntos con mucho sigilo por miedo de que algun cazador en achecho, oyéndolos hablar, les cogiera y les enjaulase, y así llegaron al Ramo de Oro. Estaba plantado en medio de un jardin maravilloso; en vez de arena, los paseos estaban cubiertos de perlas orientales redondas como garbanzos; las rosas eran diamantes encarnados y las hojas esmeraldas; las flores granadas de granates; las caléndulas, topacios; los junquillos, brillantes amarillos; las violetas, zafiros; los acianos, turquesas; los tulipanes atratistas, ópalos y diamantes; en fin, la cantidad y la variedad de estas hermosas flores brillaba mas que el sol.

Fijó su mirada en Brillante.

Allí era pues (como he dicho) donde se hallaba el Ramo de Oro, el mismo que el príncipe Sin Par recibió del águila, y con el cual tocó á la hada Benigna cuando se hallaba encantada. Habia crecido tanto como los árboles mas altos, y estaba cubierto de rubíes formando cerezas. Así que el grillo, la langosta y los dos ratones se acercaron á él, recobraron su forma natural. ¡Figuraos á qué trasportes de alegría no se entregaria el enamorado príncipe al ver á su hermosa pastora! Arrojándose á sus piés iba á decirla todo lo que tan agradable é inesperada sorpresa le hacia sentir, cuando se presentaron la reina Benigna y el rey Trasimeno con una pompa sin igual, pues todo correspondia á la magnificencia del jardin. Cuatro animales armados de piés á cabeza con el arco al lado y el carcax á la espalda, sostenian con sus flechas un pabelloncito de brocado de oro y azul, bajo el cual se veian dos ricas coronas.—Venid, felices amantes, esclamó la reina tendiéndoles los brazos, venid á recibir de nuestras manos las coronas á que os habeis hecho acreedores por vuestra virtud, vuestro nacimiento y vuestra fidelidad; vuestras penas van á convertirse en satisfacciones; princesa Brillante, este pastor tan terrible para vuestro corazon, es el mismo príncipe que os destinaban vuestro padre y el suyo; no ha muerto en la torre como os dijeron; recibidle por esposo, y confiadme á mí vuestro reposo y vuestra felicidad. La prince-

sa muy contenta se arrojó al cuello de Benigna, y al ver las lágrimas que corrian de sus ojos, conoció que el esceso de la alegría le habia privado del uso de la palabra. Sin Par se habia arrojado á los piés de la generosa hada, besaba respetuosamente sus manos, y decia una porcion de cosas sin órden ni concierto. Trasimeno les hizo mil agasajos, y Benigna les contó en pocas palabras que apenas les habia abandonado un momento; que ella era la que habia propuesto á Brillante soplar en el manguito blanco y amarillo, la que tomando la forma de una vieja pastora la habia alojado en su casa, y tambien la que habia indicado al príncipe el camino que debia seguir.—En verdad, continuó, que habeis sufrido disgustos que de buena gana os hubiera evitado si hubiese podido; pero en fin, los placeres del amor cuestan siempre caros y es preciso comprarlos.

Inmediatamente se oyó una dulce sinfonía que resonó por todas partes; los amores coronaron á los jóvenes amantes; se verificó el himeneo, y durante la ceremonia las dos princesas que acababan de dejar la forma de ratones, suplicaron á la hada que usase de su poder para sacar del castillo encantado los ratones y los gatos que se desesperaban en él.—Este dia es demasiado célebre, dijo ella, para negaros nada; y sacudiendo el Ramo de Oro, inmediatamente se presentaron todos los que estaban presos en el castillo. Cada cual, ya en su primitiva forma, encontró la persona querida; y la hada liberal, queriendo que todo el mundo participase de la fiesta, les dió para que le partiesen entre sí el armario del torreon, que como valia mas de diez reinos, fácil es imaginar su satisfaccion y su reconocimiento. Benigna y Trasimeno terminaron su obra con una generosidad que escedia á todo lo que hasta entonces habian hecho, declarando que el palacio y el jardin del Ramo de Oro pertenecian en lo sucesivo al rey Sin Par y á la reina Brillante: de ellos eran tributarios otros cien reyes, y dependian de él otros cien reinos.

Un hada dijo á Brillante:

—A elegir, niña, te doy
la virtud ó la belleza:
piensa bien en la eleccion!—
Y Brillante, aprovechando
tan soberano favor,
diz que eligió la virtud
y el hada le dió las dos.

EL BUEN RATONCILLO.

Una vez habia un rey y una reina, los cuales se querian tanto que hacian mutuamente la felicidad el uno del otro. Sus almas y sus sentimientos estaban siempre de acuerdo, así que iban juntos todos los dias á cazar liebres y ciervos, á pescar lenguados y carpas, á bailar el minué y la pavana, á los festines, á comer asado y confites; en la comedia, en la ópera, reian y cantaban, y representaban piececitas para divertirse. Sus vasallos, siguiendo el ejemplo del rey y de la reina, se divertian á cual mas, y por eso llamaban á este reino el país de la Alegría.

Es el caso que un rey vecino del rey Alegre, vivia de un modo distinto enteramente: era enemigo de los placeres, le gustaban las heridas y las jorobas, tenia una cara fosca; la barba larga, los ojos hundidos; era alto y seco, é iba vestido siempre de negro, sin contar en que tenia los cabellos erizados como lesnas, gordos como cerdas, y sucios. Para agradarle era preciso herir y matar á los transeuntes: él ahorcaba por sí mismo á los criminales, complaciéndose en hacerles sufrir. Cuando una buena madre queria mucho á su hija ó su hijo mas pequeño, la enviaba á buscar, y en su presencia le rompia los brazos y le retorcia el pescuezo. A este reino le llamaban el país de las Lágrimas.

Habiendo oido hablar este perverso rey de la satisfaccion del rey Alegre, tuvo celos de la felicidad de este príncipe, y reunió un ejército con el fin de devastar sus estados.

Cuando ya le tuvo dispuesto avanzó hácia el país del rey Alegre: este, al saber tan malas nuevas, se puso inmediatamente en estado de defensa; pero la reina, muerta de miedo, le decia llorando:—Señor, es preciso huir, reunamos todo el dinero que podamos, y vámonos por el mundo. A lo cual respondió el rey:—Quitad allá, señora, tengo demasiado valor, y preferiria morir á huir como un cobarde. Reunió todos los soldados que pudo, dió un tierno adios á la reina, montó sobre un magnífico caballo, y partió.

Así que ella le perdió de vista se echó á llorar, y juntando sus manos, decia:—¡Ay! si el rey muere en la guerra, yo quedaré viuda y prisionera, y ese rey perverso me hará mucho mal. Esta idea le quitaba la gana de comer y de dormir. Todos los dias le escribia, hasta que un dia que miraba por cima de la muralla, vió venir un correo á escape; le llamó.—Correo: ¿qué noticias hay?—El rey ha muerto, contestó, se ha perdido la batalla, y el rey perverso llegará de un momento á otro.

La pobre reina cayó desmayada; la llevaron á su lecho; todas sus damas lloraban alrededor de ella, unas su padre, otras su hijo, y era una compasion ver cómo se arrancaban los cabellos.

En esto oyen de repente:—¡Al asesino, al ladron!

Era el pícaro rey que llegaba con todos sus malos vasallos, matando á los que encontraban. Entró armado en el palacio del rey, y subió á la cámara de la reina, la cual al verle entrar tuvo tanto miedo, que se metió en la cama, tapándose la cabeza con la colcha: llamola dos ó tres veces, y como no respondiese, se enfadó, y dijo: —Creo que te estás burlando de mí. ¿No sabes que puedo degollarte, si quiero, ahora mismo? La destapó, la quitó la peineta, y sus hermosos cabellos cayeron sobre sus espaldas; dió en ellos tres vueltas á la mano, se la echó al hombro como si fuese un saco de trigo, se la llevó así, y montó en su caballo, que era todo negro. Ella le pedia misericordia; pero él se burlaba, y la decia:—Grita y quéjate todo lo que quieras, precisamente me haces reir y me divierles.

La llevó á su país, en el cual habia hecho juramento de ahorcarla así que llegase; pero le dijeron que era lástima, porque iba á ser madre.

Cuando lo supo, le ocurrió si paria niña casarla con su hijo, y para saberlo á punto fijo envió á buscar una hada que vivia cerca de su reino. Cuando llegó, la obsequió mas de lo que solia, y la llevó en seguida á una torre, en la cual habitaba la pobre reina un cuarto muy pequeño, miserablemente amueblado. Estaba echada en el suelo sobre un colchon que no valia tres cuartos, sin dejar de llorar de dia ni de noche. Al verla el hada se conmovió tanto, que haciéndole una profunda reverencia, le dijo muy bajito, abrazándola:—Valor, señora, vuestras desgracias concluirán pronto, y espero contribuir á ello. Algo consolada la reina con estas palabras, la hacia mil caricias y la suplicaba tuviese piedad de una pobre princesa, á quien habia sonreido la fortuna, y que se veia bien abandonada de ella. Seguian hablando juntas, cuando el pícaro rey dijo:—Vamos, basta de cumplimiento; os he traido aquí para que me digais si esta esclava va á dar á luz un niño ó una niña. La hada respondió:—Será madre de la princesa mas hermosa y de mas talento que se ha visto jamás, y le deseo bienes y honores infinitos.—Si no es hermosa y discreta, dijo el pícaro rey, la ahorcaré del cuello de su madre, y á su madre de un árbol, sin que haya nadie que me lo pueda impedir. Y dicho esto salió con la hada, sin mirar á la pobre madre que lloraba amargamente, diciendo:—¡Ay! ¿qué haré? Si doy á luz una hermosa niña, la dará por esposa á su monote de hijo, y si es fea nos ahorcará á las dos. Si pudiese ocultarla en alguna parte para que no la viese nunca!

A medida que se acercaba el término fatal en que la princesita debia venir al mundo, crecia la inquietud de la reina, máxime no teniendo nadie con quien quejarse y consolarse. El carcelero encargado de guardarla no le daba mas que tres guisantes cocidos y un pedazo de pan negro para todo el dia, de modo que se puso mas flaca que un arenque, quedándole solo la piel y los huesos.

Estaba hilando una tarde (porque el pícaro rey era tan avaro que la hacia trabajar dia y noche) cuando vió entrar por un agujero un ratoncillo muy bonito, al cual dijo:—¡Ay! mono mio, ¿qué vienes á buscar aquí? no tengo mas que tres guisantes para todo el dia, con que si no quieres ayunar vete. El ratoncillo corria por aquí, corria por allí, bailaba, daba saltos como un monito, lo cual daba tanto gusto á la reina, que le dió el único guisante que le quedaba para cenar.—Toma, querido mio, come, no tengo mas y te le doy de buena voluntad; pero apenas habia acabado de decirlo cuando vió sobre la mesa una escelente perdiz perfectamente cocida, y dos tarros de dulce.—La verdad es, dijo ella, que una buena accion nunca queda sin recompensa, y arrojó unos bombones al raton, que los comia poniéndose á saltar en seguida, con mas ganas que antes de comer.

Al dia siguiente por la mañana, el carcelero llevó á la reina muy temprano los tres guisantes en un plato muy grande para burlarse de ella; el ratoncillo se acercó muy despacio y se comió los tres y el pan. Cuando la reina quiso comer no encontró nada, y se enfadó mucho con el raton.—Es un animalillo muy malo, y si continúa viniendo me moriré de hambre; y queriendo tapar el gran plato vacío, le encontró lleno de los mas esquisitos manjares: alegrose mucho y comió; pero al comer le ocurrió la idea de que el pícaro rey mataria dentro de dos ó tres dias á su hijo; dejó la mesa para llorar, y decia levantando los ojos al cielo:—Qué! ¿no hay medio alguno de salvacion? Cuando decia esto, vió al ratoncillo jugar con unas pajas largas, ella las cogió y empezó á trabajar con ellas.—Si tuviese bastante paja, dijo, haria un canastillo cubierto, pondria en él mi niña, y la daria por la ventana á la primera persona caritativa que quisiera cuidar de ella.

Y con esta idea se puso á trabajar con mucho ánimo: no le faltaba

paja porque el ratoncillo recogia toda la que habia por el cuarto, en el cual seguia saltando: á las horas de la comida la reina le daba los tres guisantes, y en cambio se encontraba toda clase de manjares, de lo cual se admiraba cada vez mas, sin poder atinar por mas que discurria quién podia enviarle cosas tan esquisitas.

Un dia que la reina miraba por la ventana para ver de qué longitud haria la cuerda con que debia atar el canastillo para bajarle, distinguió debajo una buena muger apoyada en un palo, que le dijo:—Sé vuestra afliccion, señora; si quereis os serviré.—Ay! mi querida amiga, le dijo la reina, me harais un gran favor; venid todas las tardes al pié de esta torre os entregaré mi pobre hijo; vos le criareis, y si algun dia soy rica, procuraré pagároslo bien.—No soy interesada, respondió la vieja, pero soy antojadiza, y no hay nada que me guste tanto como un raton gordito y bien cebado; si encontrais algunos en vuestra buhardilla, matadles y enviádmeles, pues como no soy ingrata, vuestro nene lo pasará bien.

Al oirle la reina se echó á llorar sin responder palabra; pero la vieja después de esperar un poco, viendo que no le contestaba, la preguntó por qué lloraba:—Lloro, dijo, porque no viene á mi cuarto mas que un solo raton, tan bonito, tan lindo, que no puedo decidirme á matarle.—¿Con que quereis mas, dijo la vieja colérica, á un bribon de ratoncillo que todo lo roe, que al hijo que vais á dar á luz? En ese caso, señora, no sois digna de lástima; quedad con tan buena compañía, que poco me importa que no me deis vuestro raton, pues tendré todos los que quisiere; y se fué gruñendo y hablando entre dientes.

Aunque la reina tenia aquel dia, como todos, una buena comida, y el raton se puso á bailar delante de ella, no levantó los ojos del suelo, en que los tenia fijos, cayéndole las lágrimas hilo á hilo.

Aquella misma noche dió á luz una princesa que era un milagro de hermosura: en vez de llorar como los demás niños, reia á su buena mamá tendiéndole sus manitos como si fuese una persona formal. La reina la acariciaba y la besaba diciendo tristemente:—Pobre monona; querida niña, si caes en manos del rey malo, te mata. Encerrola en el canastillo con un billete cosido á las mantillas, en el cual estaba escrito: *Esta desgraciada niña se llama Lindeta;* y cuando habia pasado un momento sin verla, abria el canastillo y la encontraba embellecida; después la besaba y volvia á llorar sin saber qué hacer.

Pero cátate al ratoncillo que viene y se mete dentro del canastillo con Lindeta.—¡Ay! animalillo, dijo la reina, y qué caro me cuesta el haberte salvado la vida! quizá perderé á mi querida Lindeta; cualquiera otra que no hubiera sido yo, te habria matado y dado á la vieja golosa: yo no he podido hacerlo. En esto el raton empieza á decir:—No os arrepintais de ello, señora, pues no soy tan indigno de vuestra amistad como creeis. La reina estaba muerta de miedo al oir hablar á un raton; pero su miedo subió de punto, cuando vió que su hociquito tomaba la figura de un rostro, que sus patas se convertian en manos y piés, y que crecia de repente; en fin, la reina, sin atreverse casi á mirarle, le reconoció por el hada que le habia venido á ver con el pícaro rey, y que tantas caricias le habia hecho.

Al fin rompió el silencio y le dijo:—He querido probar vuestro corazon, y he conocido que sois capaz de amar. Nosotras las hadas, que poseemos tesoros y riquezas inmensas, no buscamos para la dulzura de la vida mas que amistad, y raramente la encontramos.

—¿Es posible, hermosa señora, dijo la reina abrazándola, que os cueste trabajo encontrar amigas siendo tan rica y poderosa?—Sí, replicó ella; porque no se nos quiere mas que por interés, y eso no nos ayuda demasiado, pues al quererme como ratoncillo de seguro no lo hariais por interés: quise sujetaros á una nueva prueba tomando la figura de una vieja, pues yo soy la que os ha hablado desde el pié de la torre, prueba de la que habeis salido airosa siéndome fiel: diciendo esto abrazó á la reina, besó tres veces la sonrosada boca de la princesa, y le dijo:—Hija mia, serás el consuelo de tu madre, mas rica que tu padre, y vivirás cien años, siempre hermosa, sin enfermedad, sin arrugas y sin achaques. La reina muy contenta le dió las gracias, suplicándole se llevase á Lindeta y la cuidase, añadiendo que se la entregaba como hija suya.

Aceptó el hada, y le dió las gracias; puso á la pequeña en el canastillo, y le descolgó de la torre; pero habiéndose detenido un momento para tomar su forma de ratoncillo, cuando bajó tras ella por el cordel, ya no encontró á la niña; así que volviendo á subir muy asustada, dijo á la reina:—Todo se ha perdido: mi enemiga Cascalina acaba de robarme la princesa. Habeis de saber que es una hada cruel que me aborrece, y como desgraciadamente es mas antigua, tiene mas poder que yo, de modo que no sé cómo sacar á Lindeta de entre sus pícaras garras.

Al oir tan tristes nuevas, la reina creyó morirse de dolor: después de llorar mucho, rogó á su amiga procurase recobrar á todo trance la pequeña.

Mientras tanto, el carcelero entró en la cámara de la reina, vió que era madre, y fué á decírselo al rey, que corrió á la torre á pedirle su hijo, á lo cual contestó ella que habia venido una hada, cuyo nombre ignoraba, y se le habia llevado por fuerza; y cátate al pícaro rey pateando y mordiéndose las uñas de cólera.—Te prometí, dijo, ahorcarte, y voy á cumplir mi palabra ahora mismo; en efecto, llevó á la pobre reina á un bosque, trepó á un árbol, y ya iba á ahorcarla, cuando la hada, haciéndose invisible y empujándole con fuerza, le arrojó de lo alto del árbol, en cuya caida se rompió cuatro dientes. Mientras se ocupaba en componérselos, el hada arrebató á la reina en su carro volador, y la llevó á un magnífico castillo, donde la cuidó tanto, que si hubiera tenido á la princesa Lindeta hubiera estado contenta; pero por mas que hacia el ratoncillo, no podia descubrir el sitio en que la tenia Cascalina.

En fin, el tiempo iba pasando y la afliccion de la reina disminuyendo. Hacia ya quince años del robo de su hija, cuando oyeron decir que el hijo del rey Malo iba á casarse con su pavera, y que esta muchacha no queria. Sorprendente era en verdad que una pobre pavera se negase á ser reina; pero sin embargo, los vestidos de novia estaban hechos, y era una boda tan magnífica, que iban á verla de cien leguas en contorno. El ratoncillo fué tambien, pero queriendo ver á la pavera á su gusto, entró en el gallinero, y la encontró vestida de una tela basta, los piés descalzos y una rodilla sucia en la cabeza. Allí habia vestidos de oro y plata, diamantes, perlas, cintas y encajes arrastrando por el suelo. Los pavos se encaramaban encima, ensuciándolos y rompiéndolos; la pavera estaba sentada sobre una piedra; el hijo del rey Malo, que era torcido, tuerto y cojo, le decia con aspereza:—Si me negais vuestro amor, los mataré. A lo cual respondia ella con arrogancia:—Jamás me casaré con vos: sois demasiado feo, y os pareceis á vuestro cruel padre; dejadme en paz con mis pavitos, pues los prefiero á todas vuestras galas.

El ratoncillo la miraba con admiracion, porque era tan hermosa como el sol: así que se hubo ido el hijo del rey Malo, la hada tomó la forma de una vieja pastora, y le dijo:—Buenos dias, mona mia, parece que teneis los pavos en buen estado. La jóven pavera miró á la vieja con dulzura, y le dijo:—Quieren que los deje por una mala corona: ¿qué me aconsejais vos?—Hijita mia, dijo la hada, una corona es muy bella, y vos no sabeis aun lo que vale ni lo que pesa.—Sí tal que lo sé, contestó vivamente la pavera, puesto que me niego á aceptarla, sin embargo de que no sé quién soy, ni dónde está mi padre y mi madre, pues me encuentro sin parientes ni amigos.—Teneis belleza y virtud, hija mia, dijo la discreta hada, que valen mas que diez reinos: os suplico que me conteis quién os ha colocado aquí, puesto que segun decis no teneis padre ni madre, parientes ni amigos.—Una hada á quien llaman Cascalina, tiene la culpa de que yo haya venido aquí, porque me pegaba y apaleaba sin motivo ni razon. Un dia me escapé, y no sabiendo dónde ir, me detuve en un bosque: el hijo del rey Malo fué á pasear en él, me preguntó si queria servir en su corral, dije que sí, me pusieron al cuidado de los pavos, y como venia amenudo á verlos, me veia á mí tambien, sin que yo tuviera maldita la gana, lo cual fué causa de que me amase tanto, tanto que me importunara queriendo casarse conmigo.

Sospechando la hada en vista de esta relacion que la jóven debia ser la princesa Lindeta, le dijo:—Hija mia, decidme vuestro nombre. —Me llamo Lindeta, para serviros. Al oir estas palabras, no dudando ya el hada de la verdad, la echó los brazos al cuello, se la quiso comer á besos, y le dijo:—Lindeta, hace mucho tiempo que os conozco; me alegro que seais tan discreta y tan bien educada; pero quisiera que fueseis un poco mas limpia, pues pareceis una fregona. Tomad esos magníficos vestidos que teneis ahí, y vestios.

Lindeta, que era muy obediente, se quitó inmediatamente la rodilla sucia que llevaba en la cabeza, y sacudiéndola un poco, se halló cubierta con sus cabellos rubios como azófar, y sueltos como hilos de oro, que le caian formando rizos hasta los piés; luego, tomando en sus delicadas manos agua de una fuente que corria junto al gallinero, se lavó la cara, que tomó en seguida un color de perla oriental; parecia que se habian abierto rosas sobre sus mejillas y su boca; su dulce aliento olia á tomillo y romero; era mas derecha que un junco, y su piel parecia la nieve en invierno y el lirio en verano.

Cuando estuvo adornada con los diamantes y los magníficos vestidos, considerándola el hada como una maravilla, le dijo:—Ya estais muy hermosa: ¿quién creeis ser, mi querida Lindeta?—Si he de decir la verdad, contestó, me parece que soy la hija de un gran rey.—¿Os alegrariais de que fuese así? dijo la hada.—Sí, mi buena madre, respondió Lindeta haciendo una reverencia, me alegraria mucho.—Pues bien, por de pronto alegraos, y mañana os diré mas.

Fuese á toda prisa á su castillo, donde la reina se ocupaba en hilar seda, y el ratoncillo le dijo:—¿Quereis apostar, señora reina, vuestra rueca y vuestro huso, á que os traigo las mejores noticias que podiais esperar?—¡Ay! contestó la reina, desde la muerte de mi esposo Alegre y la pérdida de mi Lindeta, daria todas las noticias del mundo por un alfiler.—¡Ca, ca, no os afligais, dijo la hada, la princesa está perfectamente, acabo de verla: es tan hermosa, tan hermosa, que en su mano está el ser reina. En seguida se lo contó todo desde el principio hasta el fin. La reina lloraba de alegría al saber que su hija era tan hermosa, y de tristeza al considerar que era pavera.—Cuando reinábamos en nuestro reino el pobre difunto y yo, y dábamos tantos banquetes, ¡qué lejos estábamos de creer que nues-

tra hija seria pavera!—La cruel Cascalina, añadió la hada, es la que sabiendo como os amo, la ha puesto en semejante estado para desesperarme; pero consiento en quemar mis libros si no la saco de él. —No quiero, dijo la reina, que se case con el hijo del rey Malo; vamos á buscarla mañana, y traigámosla aquí.

Pero sucedió que enfadado el hijo del rey Malo con Lindeta, se sentó bajo un árbol y se puso á llorar tan fuerte, tan fuerte que parecia que aullaba. Oyóle su padre, y asomándose á la ventana, le gritó:—¿Por qué lloras lo mismo que un bestia? A lo cual respondió: —Lloro porque nuestra pavera no quiere amarme.—¿Con que no quiere amarte? pues yo quiero que te ame ó que muera; y llamando á sus soldados les dijo:—Id á buscarla, pues la trataré tan mal, que se arrepentirá de su ceguedad.

Fuéron al gallinero, y encontraron á Lindeta con un vestido magnífico de raso blanco, todo bordado de oro, con diamantes encarnados y mas de mil varas de cinta por todas partes. Nunca jamás habian visto una muchacha tan hermosa, así es que no se atrevieron á hablarla, tomándola por una princesa; pero ella les dijo muy políticamente:—Suplicoos me digais á quién buscais aquí.—Señora, dijeron ellos, buscamos una desgraciada que se llama Lindeta.—Yo soy, contestó ella, ¿qué me quereis? Sin contestarla la cogieron, la ataron de piés y manos con unas cuerdas muy gordas, temiendo que

Su padre le oyó, se puso á la ventana y le dijo: Porqué lloras?

se les escapase, y de este modo la llevaron á la presencia del rey Malo. Al verla tan bella, no dejó de conmoverse un poco, y sin duda le hubiera dado lástima si no hubiera sido el hombre mas perverso y mas cruel del mundo.—Hola, hola, le dijo, briboncilla cochinuela, ¿con que no quereis amar á mi hijo? ¿No es cien veces mas hermoso que vos? Una sola de sus miradas vale mas que toda vuestra personilla; ea, amadle en seguida, ú os desuello viva ahora mismo. La princesa, temblando como un pichoncito, se arrodilló á sus piés, diciéndole:—Señor, os suplico que no me desolleis, porque duele mucho; dadme dos ó tres dias para pensarlo, y después sereis dueño de hacer de mí lo que os parezca. Desesperado el príncipe, queria que la desollasen, pero al fin convinieron ambos en encerrarla en una torre, en la cual no viera ni el sol.

En esto llegó la buena hada en su carro volador con la reina; así que supieron estas noticias, la reina se echó á llorar, diciendo que seria siempre desgraciada, y que queria mas ver á su hija muerta que casada con el hijo del rey perverso.—Tened valor, le dijo la hada; voy á molestarle tanto, que quedareis contenta y vengada.

Al ir á acostarse el rey, la hada se convierte en ratoncillo, se oculta bajo la almohada de la cama, y le mordió en la oreja; muy enfadado se vuelve del otro lado; el ratoncillo le muerde la otra oreja. Grita «al asesino»: llama á sus gentes, vienen, le encuentran las dos orejas mordidas, echando tanta sangre, que no la podian cortar. Mientras se ocupaban en buscarle, el raton se fué á hacer otro tanto con el hijo del rey, que á su vez hace venir gente y les enseña sus orejas desolladas, á las cuales le ponen emplastos para atajar la sangre. El ratoncillo vuelve al cuarto del rey Malo, que se habia quedado un poco adormecido, se le agarra á las narices, y empieza á roérselas; se lleva á ellas las manos, y se las muerde y araña; grita: —Misericordia, soy perdido!—Se le mete en la boca, y roe la lengua, los labios y las mejillas. Entran, le ven tan espantoso y con la lengua tan maltratada, que apenas podia hablar; hizo señas de que era un raton, buscan en el jergon, en la almohada, en los rincones; pero ya no estaba allí, se habia ido á hacer lo mismo con el hijo, al cual comió su ojo bueno (porque ya era tuerto). Levantose como un loco con espada en mano, y ciego como estaba corrió á la cámara de su padre, que tambien habia cogido la espada, blasfemando y jurando que iba á matar á todo el mundo si no cogian el raton.

Cuando vió á su hijo tan desesperado le regañó; pero este, que tenia las orejas calientes con los mordiscos, no conocia la voz de su padre y se arrojó sobre él. El rey Malo, cada vez mas colérico, le tiró una estocada, y recibió otra, de cuyas resultas cayeron ambos en tierra sangrando como bueyes. Sus vasallos, que les aborrecian mortalmente y que no los servian si no por miedo, como que ya no los temian, les ataron unas cuerdas á los piés y los echaron al rio, dándose por muy contentos de haberse librado de ellos.

Cátate muerto al rey Malo y á su hijo. La buena hada, que lo sabia ya, fué á buscar á la reina; se fuéron juntas á la torre Negra en que estaba encerrada Lindeta bajo mas de cincuenta llaves: dió la hada un golpecito con una varita de avellano en la puerta principal, la cual se abrió, así como las otras: hallaron á la pobre princesa muy triste y sin hablar una palabra. La reina se arrojó á su cuello, diciéndole:—Querida mia, yo soy tu mamá, la reina Alegre: luego le contó su historia, y cuando Lindeta oyó tan buenas noticias, ¡Dios mio! estuvo para morirse de alegria; se arrojó á los piés de la reina, le abrazó las rodillas y le humedecia las manos con sus lágrimas, después de besarlas mil veces: además hizo tiernas caricias á la hada, que le habia llevado unos canastillos llenos de alhajas inapreciables de oro y diamantes, brazaletes, perias, y el retrato del rey Alegre guarnecido de piedras preciosas.—No perdamos el tiempo, dijo el hada, es preciso dar un golpe de Estado; vamos á la sala principal del castillo á arengar al pueblo.

La hada iba la primera con un rostro serio y circunspecto, y cubierta de un vestido con una cola de mas de diez varas; la reina llevaba otro, de terciopelo azul bordado de oro, y con una cola mayor todavía. Habian llevado consigo sus magníficos vestidos, y además unas coronas en la cabeza, que brillaban como soles; la princesa Lindeta las seguia con su maravillosa belleza y su no menor maravillosa modestia. Iban saludando á todos los que encontraban en el camino, á los grandes como á los pequeños; seguiales todo el mundo, curioso por saber quiénes eran aquellas hermosas señoras; y cuando la sala estuvo llena, la buena hada dijo á los vasallos del rey perverso que queria darles por reina á la hija del rey Alegre, á quien estaban viendo, que bien podian aceptarla, porque vivirian contentos bajo su imperio; que ella le buscaria un esposo tan perfecto como ella, que estaria riendo siempre y desterraria la melancolía de todos los corazones. Al oir estas palabras gritaron todos:—Sí, sí, la queremos; bastante tiempo hemos estado tristes; y al mismo tiempo mas de cien instrumentos empezaron á tocar por todos lados; diéronse la mano y bailaron en corro, cantando alrededor de la reina, de su hija y de la buena hada.—Sí, sí la aceptamos.

Así fuéron recibidas por los vasallos del rey Malo. Jamás se ha visto una alegría mayor. Pusiéronse las mesas, se comió, se bebió, y después se echó todo el mundo á dormir. Al despertarse la jóven princesa, le presentó la hada el príncipe mas hermoso de los nacidos; le habia ido á buscar en su carro volador al fin del mundo. Era tan amable como Lindeta; así es que le amó desde que le vió. Por su parte él quedó encantado de ella. En cuanto á la reina, estaba loca de alegría. Prepararon un espléndido banquete y unos vestidos maravillosos, y se celebraron las bodas, con infinitas fiestas y regocijos.

Moralidad.

¡Ay si por mal corazon
aquella infeliz princesa
hubiera muerto al raton
estando presa!
Teniendo en cuenta las mañas
de un rey tan malo y tan bruto,
hubiera perdido el fruto
de sus entrañas.

EL CARNERO.

En aquellos dichosos tiempos en que vivian las hadas, habia un rey que tenia tres hijas: las tres eran hermosas, jóvenes, y tenian muchas habilidades; pero la pequeña, que se llamaba Maravillosa, era la mas amable y la mas amada. El rey su padre le daba mas vestidos y mas cintas en un mes que á las otras en un año; aunque ella tenia un corazoncito tan bueno que lo partia todo con sus hermanas, reinando así una perfecta union entre ellas.

El rey tenia malos vecinos, que cansados de dejarle en paz, le declararon una guerra tan sangrienta, que temiendo ser batido si no se ponia en estado de defensa, reunió un numeroso ejército y esperó en campaña. Las tres princesas quedaron con su ayo en un castillo donde sabian todos los dias buenas noticias del rey: ya que habia tomado una ciudad, ya que habia ganado una batalla; en fin se compuso de modo que venció á sus enemigos y les arrojó de sus estados. Concluida la guerra, volvió á su castillo para ver á su Maravillosilla, á quien tanto amaba. Las tres princesas se habian mandado hacer tres vestidos de raso, la una verde, la otra azul y la otra blanco; la pedreria que les guarnecia, casaba con los respectivos colores; el verde tenia esmeraldas, el azul turquesas y el blanco diamantes. Adornadas con ellos, salieron á recibir al rey cantando estos versos, que habian compuesto ellas mismas sobre sus victorias:

Que viva, viva, viva
el gran conquistador,
y que el rey de sus hijas reciba
cual rey y cual padre respeto y amor.

Al verlas tan hermosas y tan alegres, las abrazó tiernamente, aunque como de costumbre, hizo mas caricias á Maravillosa que á las otras.

Sirvieron una magnífica comida: el rey y sus tres hijas se sentaron á la mesa, y como tenia siempre una razon á mano para todas las cosas, preguntó á la mayor:—Hola! decidme, ¿por qué habeis escogido un vestido verde?—Monseñor, dijo ella, habiendo sabido vuestras hazañas, he creido que el verde significaria mi alegría y la esperanza de vuestra vuelta.—Eso me parece muy bien dicho, esclamó el rey; y vos, hija mia, ¿por qué os habeis puesto un vestido azul?—Monseñor, dijo la princesa, para indicar que debiamos pedir á los dioses, en vuestro favor, y porque al veros creo ver el cielo y sus mas hermosos astros. —Calla! dijo el rey, hablais como un oráculo; y vos, Maravillosa, ¿qué razon habeis tenido para vestiros de blanco?—Monseñor, dijo ella, porque me está mejor que los otros colores.—Cómo, dijo el rey muy incomodado, coquetuela, ¿con que no habeis tenido otro objeto?—Temia el desagradaros, dijo la princesa; me parece que no debo tener otros. El rey, que la amaba, encontró tan bien esplicada la primera respuesta, que dijo que aquel rasgo de ingenio le habia gustado, y que habia cierto talento en no declarar de una vez su pensamiento.—Ea, dijo él, he comido bien, no tengo de acostarme tan pronto, con que contadme los sueños que habeis tenido la víspera de mi llegada.

La mayor dijo habia soñado que le traian un vestido bordado de oro, y piedras preciosas, que brillaban mas que el sol. La segunda dijo que habia soñado que le traia un vestido y una rueca de oro para hilarle camisas. La menor dijo habia soñado que se casaba su hermana segunda, y que el dia de la boda tenia un aguamanil de oro, y le decia, venid, Maravillosa, venid, os echaré agua para que os laveis las manos.

Indignado el rey de semejante sueño, frunció las cejas, é hizo el gesto mas feo del mundo, conociendo todos que estaba incomodado. Entró en su cámara, y se metió en la cama sin decir una palabra; pero el sueño de su hija le venia incesantemente á la imaginacion.—¿Si querrá esta insolentuela, decia, convertirme en criado suyo? ya no me admiro de que eligiese el vestido blanco, sin acordarse de mí: me cree indigno de sus recuerdos; pero yo prevendré sus malos designios antes de que les ponga en práctica.

Con esta idea se levantó furioso, aunque todavía no era de dia, envió á buscar á su capitan de guardias, y le dijo:—Ya habeis oido el sueño que ha tenido Maravillosa: significa cosas estrañas contra mí; quiero que la cojais ahora mismo, que la lleveis á la selva, y la degolleis; en seguida me traereis su corazon y su lengua, pues no tengo gana de que me engañen, y si lo hiciereis os haria morir. El capitan de las guardias quedó admirado al oir una órden tan bárbara; no quiso, sin embargo, contrariar al rey, temiendo que diera la comision á otro, y le dijo que se iba á llevar á la princesa, que la degollaria y le traeria su corazon y su lengua.

Desde allí se fué á la cámara de Maravillosa, que le costó mucho trabajo hacer abrir, por ser muy temprano, y dijo á la princesa que el rey la llamaba. Se levantó inmediatamente; una morita llamada Patypata cogió la cola de su vestido; su monita y su dogo, que jamás la abandonaban, se fuéron á ella. La mona se llamaba Enredadora y el dogo Tintin.

El capitan de guardia hizo bajar al jardin á Maravillosa, diciéndole que estaba el rey allí tomando el fresco: ella entró en él sin recelo; el capitan hizo como que buscaba y no encontraba.—Sin duda, dijo, el rey ha pasado á la selva; y abriendo una puertecita, la llevó allá. Empezaba á despuntar el dia: la princesa miró á su conductor, el cual estaba llorando, y tan triste, que no podia hablar.—¿Qué teneis? le dijo ella con una bondad encantadora; parece que estais muy afligido.—¡Ah señora! ¿quién no lo estaria con una órden tan funesta como la que me han dado? el rey me ha mandado que os degüelle aquí y que le lleve vuestro corazon y vuestra lengua; si no lo hago, me mandan matar. La pobre princesa, pálida y asustada, fijó sus hermosos ojos en el capitan de los guardias, y mirándole sin color le dijo:—¿Y tendríais valor para matarme, á mí que jamás os he hecho mal alguno, sino que por el contrario he hablado muy bien de vos al rey? Y aun si hubiera merecido el odio de mi padre, sufriria sus consecuencias sin murmurar; pero siempre le he manifestado un respeto y una adhesion, de que no puede quejarse sin ser injusto.—¿Me creeis capaz, bella princesa, dijo el capitan, de ser el instrumento de una accion tan bárbara? Antes sufriria la muerte con que me amenaza; mas aun cuando yo me diese de puñaladas, no por eso estariais vos segura; con que así, es preciso discurrir el modo de que yo vuelva donde está el rey y le persuada de vuestra muerte.

—¿Qué medio encontraremos, dijo Maravillosa, puesto que quiere que le lleveis mi lengua y mi corazon, sin lo cual no os creerá? Patypata, que lo habia oido todo, y en quien ni la princesa ni el capitan de guardia habian reparado de tristes que estaban, se adelantó valerosamente y se arrojó á los piés de Maravillosa.—Señora, le dijo, vengo á ofreceros mi vida: es preciso matarme; yo me alegraré mucho de morir por tan buena ama.—No pienso en semejante cosa, mi querida Patypata, dijo la princesa besándola: después de tan tierno testimonio de tu amistad, tu vida debe serme tan preciosa como la mia propia. Enredadora se presentó, y dijo:—Teneis razon, princesa mia, en amar á una esclava tan fiel como Patypata; ella puede seros mas útil que yo: así pues os ofrezco muy contenta mi lengua y mi corazon, pues de ese modo me inmortalizaré en el reino de los monos.—¡Ah mi querida Enredadora! contestó Maravillosa; me horroriza el pensamiento de quitarte la vida.—Jamás consentiré, esclamó Tintin, que siendo, como soy, un buen dogo, dé otro su vida por mi ama; ó moriré yo, ó no morirá nadie. Trabose una acalorada disputa entre Patypata, Enredadora y Tintin, llegando ya á palabras mayores, hasta que al fin Enredadora, mas ligera que los otros, subió á un árbol, se dejó caer cabeza abajo y se mató. Una vez muerta, aunque con sentimiento, consintió la princesa en que el capitan de los guardias tomase su lengua; pero la encontró tan pequeña (porque toda ella no era mayor que un puño), que desde luego supusieron con sentimiento que no podrian engañar al rey.

—¡Ay mi querida monita! esclamó la princesa; ya estás muerta, sin que tu muerte ponga en seguridad mi vida.—A quien está reservado este honor es á mí, dijo la morita; y cogiendo el cuchillo de que se habian servido para Enredadora, se le hundió en la garganta. El capitan de los guardias quiso llevarse la lengua, pero era tan negra, que no confió poder engañar al rey con ella.—¡Qué desgraciada soy! dijo la princesa, pierdo todo lo que amo sin conseguir que mi suerte cambie.—Si hubieseis querido aceptar mi proposicion, dijo Tintin, solo de mí hubierais tenido que privaros, y yo hubiera tenido la ventaja de ser el único que hubierais sentido.

Maravillosa besó á su doguito, llorando á mas no poder; alejose de allí, de modo que cuando se volvió no vió ya á su conductor, encontrándose en medio de su morita, su doguito y su mono. No pudo menos antes de irse de enterrarlos en una hoya, que por casualidad habia al pié de un árbol, escribiendo en seguida estas palabras sobre un árbol:

¡Aquí yacen tres leales
de alma tan noble y tan pura,
que por conservar mi vida
han puesto fin á la suya.

Al fin pensó en su seguridad, y como no la habia para ella en una selva tan inmediata al castillo de su padre, en la que el primer transeunte podia verla y reconocerla, ó los leones y los lobos comérsela como un pollo, echó á andar todo cuanto pudo; pero la selva era tan grande y el sol tan ardiente, que se moria de calor, de miedo y de cansancio. Miraba por todos lados por si veia el fin de la selva, asustada de todo, y creyendo siempre que el rey corria tras ella para matarla: seria imposible repetir sus tristes quejas.

Marchaba sin seguir ningun camino; las zarzas desgarraban su ropa y herian su delicada piel. Oyó balar un carnero y dijo:—Sin duda que por aquí hay pastores con sus rebaños que podrán indicarme alguna cabaña, en la cual me ocultaré bajo el traje de paisana. ¡Ay! no son los soberanos y los príncipes por lo regular los mas felices: ¿quién creeria que estoy fugitiva, que mi padre, sin motivo ni razon desea mi muerte, y que para evitarla tendré que disfrazarme?

Adelantábase, haciendo estas reflexiones, hácia el sitio en que habia sentido balar; pero cuál fué su sorpresa al ver en un sitio bastante espacioso, todo rodeado de árboles, un gran carnero blanco como la nieve, con los cuernos dorados, una guirnalda de flores al cuello, las patas rodeadas de hilos de perlas, adornado con cadenas de diamantes. Estaba tendido sobre flores de naranjo; un pabellon de tisú de oro suspendido en el aire, le preservaba de los rayos del sol, y como otros cien carneros, engalanados tambien, le rodeaban, los cuales no pastaban, sino que los unos tomaban café, licores, sorbetes ó limonada, mientras que los otros jugaban á la baceta y al sacanete.

Quedó Maravillosa inmóbil de sorpresa, buscando con la vista el pastor de tan estraordinario rebaño, cuando el carnero mas hermoso, fué hácia ella brincando y saltando.—Acercaos, divina princesa, la dijo; no temais á unos animales tan pacíficos como nosotros.—¡Qué prodigio, que unos carneros hablen!—¡Ah, señora! no sé por qué os admirais vos cuyo mono y dogo hablaban tambien.—Una hada, contestó la princesa, les habia hecho el don de la palabra.—Quizá nos ha sucedido á nosotros una cosa parecida, dijo el carnero sonriendo; pero ¿cuál es la causa, princesa mia, que guia aquí vuestros pasos?—Mil desgracias, señor carnero, contestó ella; porque soy la princesa mas desdichada del mundo; figuraos que busco un asilo contra las iras de mi padre.—Venid, señora, venid conmigo, dijo el carnero; yo os ofrezco uno, que no será conocido mas que de vos, y en el cual sereis la dueña absoluta.—Me es imposible seguiros, contestó Maravillosa, pues estoy muerta de cansancio.

El carnero de los cuernos dorados mandó que fuesen á buscar su carro, y poco después vieron venir seis cabras uncidas á una calabaza de tan prodigiosa magnitud, que podian sentarse en ella dos personas con la mayor comodidad. La calabaza estaba seca, y tenia dentro cojines de pluma y terciopelo. La princesa se metió en él, admirando un carruaje tan original, colocose el carnero á su lado, y las cabras echaron á correr hasta que llegaron á una caverna, cuya entrada se cerraba con una piedra. Tocola el carnero dorado, é inmediatamente se abrió, y dijo á la princesa que pasase adelante; pero asustada no queria entrar en semejante caverna, y á no hallarse tan perseguida por su padre, nadie la hubiese decidido á ello; pero en aquellas circunstancias se hubiera arrojado en un pozo.

Entró pues detrás del carnero, que iba delante, y tanto tanto la hizo bajar, que por lo menos creyó ir á parar á los antípodas, llegando á creer algunas veces que la conducian al reino de los muertos. Al cabo de tanto bajar descubrió de repente una vasta llanura, esmaltada de mil distintas flores, cuyo esquisito aroma escedia al de todas cuantas en su vida habia olido; alrededor corria un caudaloso rio de agua de azahar; fuentes de vino de España, de rosoli, de hipocrás y de otras mil clases de licores formaban cascadas y arroyuelos encantadores. Esta llanura estaba cubierta de una especie de árboles particular; habia avenidas enteras de perdices, mejor asadas y mejor estofadas que en casa de la Guerbois, que colgaban de los árboles; habia otras avenidas de codornices, de liebres, de pavos, de pollos, de faisanes y verdaneas; en ciertos sitios en que la atmósfera parecia mas cargada, llovian pepitorias de cangrejos, purés, guisados de hígado, ternera mechada, longaniza blanca, salchichon, tortas, pastelillos, dulces secos y en conserva, luises de oro, escudos, perlas y diamantes. Lo estraño y al mismo tiempo nutrido de esta lluvia, hubieran llevado á este sitio numerosos convidados, si el gran carnero hubiera estado de humor de familiarizarse; pero todas las crónicas que han hablado de él estan contestes en que conservaba su gravedad mejor que un senador romano.

Como estaban en la mas hermosa estacion del año, cuando llegó Maravillosa á estos sitios no vió mas palacios que una porcion de naranjos, jazmines, madreselvas y rosas de Alejandria, que enlazadas las unas con las otras, formaban gabinetes, salas y cuartos, amueblados con gasa de oro y plata, grandes espejos, arañas y cuadros admirables.

El gran carnero dijo á Maravillosa, que era la soberana de aquellos lugares; que hacia algunos años grandes desgracias le habian hecho derramar muchas lágrimas; pero que en su mano estaba hacerle olvidar sus desgracias.—Vuestro proceder, hermoso carnero, le dijo ella, es tan generoso, y todo lo que aquí veo me parece tan estraordinario, que no sé qué pensar.

Apenas habia dicho estas palabras cuando vió aparecer una tropa de ninfas admirablemente bellas, que le presentaron frutas en canastillos de ámbar; pero al querer acercarse á ellas, se alejaron insensiblemente; alargó el brazo para tocarlas, y como no tocó nada, conoció que eran fantasmas.—Ah! ¿qué es esto? esclamó, ¿con quién estoy? y se echó á llorar. El rey Carnero (pues así le llamaban), que la habia dejado un momento, al verla cuando volvió á su lado bañada en lágrimas, se puso tan desconsolado que por poco cae muerto á sus piés.

—¿Qué teneis, hermosa princesa? dijo; ¿se os ha faltado al respeto debido?—No, contestó ella, no tengo de qué quejarme; pero os confieso que no estoy acostumbrada á vivir con muertos y con carneros que hablan: todo me da miedo aquí, y por muy agradecida que os esté por haberme traido aquí, os lo estaria mucho mas si me volvieseis al mundo.

—No os asusteis, dijo el Carnero; dignaos escucharme con tranquilidad, y sabreis mi deplorable historia.

Nacido sobre el trono, una larga serie de reyes abuelos mios me habian asegurado la posesion del mas hermoso reino del universo; me amaban mis vasallos, me temian y envidiaban mis vecinos, y creo que era estimado con justicia, pues decian que ningun rey habia sido mas digno de llevar la corona. No era indiferente mi persona á los que me veian: yo era aficionado á la caza, y dejándome llevar del placer de seguir á un ciervo, que me separó en poco tiempo de todos los que me acompañaban, le ví de repente precipitarse en un estanque, en el cual me zampé imprudente y temerario con mi caballo; solo que en vez de la frescura del agua sentí un calor estraordinario: el estanque se agotó, y por una abertura, de la cual salian llamas abrasadoras, caí en el fondo de un precipicio, en el cual no se veia mas que fuego.

Ya me creia perdido, cuando oí una voz que me dijo:—Todo este fuego se necesita, ingrato, para abrasar tu corazon.—Hola! esclamé yo, ¿quién se queja aquí de mi frialdad?—Una persona infortunada, replicó la voz, que te adora sin esperanza. En esto se apagaron las llamas, y vi salir una hada que habia conocido desde mi tierna infancia, cuya vejez y fealdad me habian espantado siempre, apoyada en una jóven esclava de una belleza incomparable, la cual iba cubierta de cadenas, que indicaban bien claramente su condicion.

—¿Qué prodigio es este, Regordeta? le dije (era el nombre de la hada). ¿Esto que aquí sucede, se hace por órden vuestra?—¿Por órden de quién se habia de hacer si no? contestó ella. ¿No has conocido hasta ahora mis sentimientos? ¿Es preciso que pase por la vergüenza de esplicarme? Mis ojos, tan seguros en otro tiempo de sus miradas, ¿han perdido su poder? Considero hasta dónde me rebajo haciéndote yo misma la confesion de mi debilidad, pues aunque seas un gran rey, eres menos que una hormiga ante una hada como yo.

—Seré todo lo que querais, le dije; pero en fin, ¿qué me pedís? Mi corona, mis ciudades, mis tesoros?—Ah desgraciado! mis marmitones serán el dia que yo quiera mas poderosos que tú; lo que te pido es tu corazon, ámame, dijo contrayendo la boca para hacerla mas pequeña y poniendo los ojos en blanco; seré tu Regordetilla, añadiré veinte reinos al que posees, cien torres llenas de oro, quinientas de plata, en una palabra todo lo que quieras.

—Señora Regordeta, le dije, no quiero en un agujero donde he estado á pique de ser asado, hacer una declaracion personal de vuestro mérito: suplícoos por todos los encantos que tan hermosa os hacen, que me pongais en libertad, y después veremos qué puedo hacer en vuestro obsequio.—Ah traidor! esclamó ella; si me amases, no buscarias el camino de tu reino; en una gruta, en una cueva, en los bosques, en los desiertos estarias contento. No creas que soy tan inocente que vaya á dejarte escapar: aquí quedarás ocupado en guardar mis carneros, lo cual no te fastidiará, porque tienen talento y hablan tan bien como tú.

Diciendo esto adelantose hácia la llanura en que estamos, y me enseñó su rebaño, en el cual apenas reparé, porque la hermosa esclava que estaba á su lado me habia parecido maravillosamente hermosa: mis ojos me vendieron; la cruel Regordeta se apercibió de ello, y arrojándose sobre ella le metió en el ojo un punzon tan largo que aquella jóven adorable perdió instantáneamente la vida. Al ver esto me arrojé sobre Regordeta, y poniendo mano á la espada la hubiese inmolado á tan queridos manes á no haberme dejado inmóbil con su poder. Viendo que mis esfuerzos eran inútiles, caí al suelo y procuré matarme, para librarme de su poder; pero ella me dijo con una sonrisa irónica:—Quiero que conozcas mi poder; tú eres ahora un leon, y vas á convertirte en carnero.

Inmediatamente me tocó con su varita, y quedé metamorfoseado como veis, sin perder el uso de la palabra, ni el dolor que me causaba mi nuevo estado.—Serás cinco años carnero, dijo ella, y dueño absoluto de estos hermosos sitios, al paso que distante de tí, y no viendo tu agradable figura, no pensaré mas que en el odio que te tengo.

Dicho esto desapareció, y debo decir, que si algo podia mitigar mi desgracia era su ausencia. Los carneros parlantes que están aquí, me reconocieron por su rey; me contaron eran unos desgraciados, que habiendo disgustado á la vengativa hada, habia hecho de ellos un rebaño; que su penitencia no era igual para todos, pues de cuando en cuando, añadió, algunos vuelven á ser lo que eran, y dejan el rebaño, al paso que los otros son rivales ó enemigos de Regordeta, á quienes ha matado por un siglo ó por menos, y que volverán al mundo en seguida. La jóven esclava de que os he hablado pertenece á este número: muchas veces la he visto siempre con gusto, por mas que no hablase, y que al acercarse conociese que era una sombra. Habiendo notado, sin embargo, que uno de mis carneros andaba siempre tras dicha fantasma, he sabido que era su amante, y que Regordeta, muy accesible á las tiernas impresiones, habia querido quitársele.

Esta razon me alejó de la sombra de la esclava, y hace tres años que no he sentido pasion por nada mas que por mi libertad.

Este deseo de mi libertad me hace ir algunas veces á la selva, en la cual os he visto, bella princesa, ya en un carrito que guiabais vos misma con una destreza sorprendente; ya en la caza persiguiendo al ligero ciervo sobre un caballo, indomable para cualquiera otra que no fuerais vos; ya corriendo ligeramente por la llanura con las damas de vuestra corte, á las cuales aventajabais como otra Atalanta.—¡Ah princesa! si en esos tiempos en que mi corazon os amaba en secreto, me hubiese atrevido á hablaros, ¿qué no hubiese dicho? pero ¿cómo hubierais recibido la declaracion de un desgraciado carnero como yo?

Tan turbada estaba Maravillosa con todo lo que habia oido hasta entonces, que casi no acertaba á responder; hízole sin embargo muchos cumplimientos, que le dieron alguna esperanza, y dijo que ya tenia menos miedo de unas sombras que debian revivir un dia.—Ay! si mi pobre Patypata, mi querida Enredadora y el lindo Tintin, que han muerto por salvarme, tuvieran esa suerte, no me fastidiaria aquí.

No dejaba, á pesar de su desgracia, de disfrutar el rey carnero de ciertos privilegios.—Andad, dijo á su caballerizo mayor (era un carnero bastante guapo), id á buscar la morita, la mona y el doguito, pues sus sombras divertirán á la princesa. Un momento despues ya las vió Maravillosa, y aunque no se le acercasen lo suficiente para ser tocadas, su presencia la consoló mucho.

El rey carnero tenia todo el talento y toda la delicadeza suficiente para que su conversacion fuera agradable. Amaba tan apasionadamente á Maravillosa, que al fin empezó á apreciarle, concluyendo por amarle. Un lindo carnero muy manso y muy cariñoso no deja de gustar, sobre todo cuando se sabe que es rey, y que la metamorfosis tiene que terminar. Así que la princesa pasaba agradablemente sus hermosos dias, esperando otros mas felices; el obsequioso carnero no se ocupaba mas que de ella, dándola fiestas, conciertos, banquetes y cacerías.

Una tarde llegaron los correos (con que enviaba todos los dias á saber noticias, y siempre se las traian de las mejores) diciendo, que la hermana mayor de la princesa Maravillosa, iba á casarse con un gran príncipe, y que las bodas que se preparaban eran magníficas.—Ah! esclamó la jóven princesa; qué desgraciada soy en no ver tan buenas cosas; aquí estoy bajo de tierra, en compañía de sombras y carneros, mientras que mi hermana se va á presentar adornada como una reina; todo el mundo la hará la corte, siendo yo la única que no tomaré parte en su alegría.—¿De qué os quejais, señora? dijo el rey de los carneros; ¿os he prohibido yo ir á la boda acaso? partid cuando os acomode; pero dadme palabra de volver: si no volveis, vais á verme morir á vuestros piés, porque es tan violento el amor que os tengo, que no puedo perderos, sin perder tambien la vida.

Conmovida Maravillosa prometió al carnero que nada en el mundo la impediria volver. El le dió un equipaje digno de su nacimiento; se vistió magníficamente, sin olvidar nada de todo aquello que puede realzar la belleza; subió á un carro de nácar y perlas, tirado por seis hipógrifos, color de isabela, recien llegados de los antípodas, y le acompañaban gran número de oficiales, ricamente vestidos y muy guapos, enviados á buscar muy lejos para formar el séquito de la princesa.

Llegó al palacio del rey su padre, precisamente cuando se estaba celebrando el matrimonio: así que entró, llamó la atencion de todos de tal modo, por el brillo de su belleza y el de sus piedras preciosas, que no oia á su rededor mas que alabanzas y aclamaciones: el rey la miraba con una atencion y un placer, que temió ser reconocida; pero estaba tan seguro de su muerte, que ni le ocurrió siquiera.

Aunque el temor de ser arrestada le impidió quedarse hasta el fin de la ceremonia, salió de repente, dejando un cofrecillo de coral, guarnecido de esmeraldas, en cuya tapa estaba escrito con chispas de diamantes: *Pedrería para la novia.* Abriéronle inmediatamente, y hallaron toda clase de piedras preciosas. El rey, que habia esperado reunirse con ella, y que deseaba ardientemente conocerla, se puso desesperado, y mandó que si otra vez volvia, cerrasen todas las puertas y no la dejasen salir.

Aunque la ausencia de Maravillosa habia sido muy corta, le pareció al carnero un siglo. La estaba esperando á la orilla de una fuente en lo mas espeso de la selva, llevando riquezas inmensas para ofrecérselas, en reconocimiento de su vuelta. Así que la vió corrió á su encuentro, brincando y saltando como un verdadero carnero: le hizo las mas tiernas caricias, se echó á sus piés, besó sus manos, y le contó sus inquietudes y su impaciencia. Su pasion le daba una elocuencia de que estaba encantada la princesa.

Al cabo de algun tiempo casó el rey á su segunda hija: súpolo Maravillosa, y rogó al carnero la permitiera ir como la otra vez, á ver una fiesta que tanto la interesaba. A esta proposicion sintió un dolor, que no fué dueño de ocultar, pues un secreto presentimiento le anunciaba su desgracia; pero como no siempre está en nuestra mano evitarlo, y como su condescendencia con la princesa dominaba en él á todos los demás sentimientos, no tuvo suficiente valor para negárselo.—Quereis dejarme, señora, y esta desgracia procede mas bien de mi mala suerte que de vos. Consiento en lo que deseais, pudiendo aseguraros que es el mayor sacrificio que puedo hacer por vos.

Ella le aseguró que volveria tan pronto como la primera vez; que sentia tanto como él la separacion, con que así, que no se inquietase. Sirviéndose del mismo equipaje que la otra vez, llegó al empezar la ceremonia. A pesar de la atencion que habia, su presencia produjo un murmullo de alegría y admiracion, que llamó la atencion sobre ella de todos los príncipes, los cuales no podian cansarse de mirarla, pareciéndoles de una belleza tan poco comun, que creian no era una persona mortal.

Muy contento el rey de volverla á ver, no separó los ojos de ella, para mandar que cerrasen todas las puertas. Estando para terminarse la ceremonia, se levantó la princesa, queriendo escabullirse entre la multitud; pero quedó estraordinariamente sorprendida y atribulada al encontrar las puertas cerradas.

El rey se acercó con un respeto y una sumision que la tranquilizaron, y suplicándola no les privase tan pronto del placer de verla y participar del festin que daba á los príncipes y las princesas, la condujo á un salon magnífico, en que se hallaba toda la corte, cogió por sí mismo una palangana de oro y un vaso de agua para lavar sus hermosas manos, y entonces, no siendo dueña de sí misma, se arrojó á los piés de su padre, y abrazando sus rodillas dijo:—Hé aquí cumplidos mis sueños; me habeis dado agua para lavarme las manos el dia de las bodas de mi hermana, sin que por eso os haya sucedido nada desagradable.

El rey la reconoció tanto mas fácilmente, cuanto que ya mas de una vez habia notado que se parecia enteramente á Maravillosa.—¡Ah mi querida hija! dijo abrazándola y llorando, ¿cómo podreis olvidar mi crueldad? He deseado vuestra muerte, porque creí que vuestro sueño significaba la pérdida de mi corona. Efectivamente, lo significaba, puesto que vuestras hermanas estan casadas y tienen cada una la suya; la mia será para vos; é inmediatamente se levantó y la colocó sobre la cabeza de la princesa, gritando: ¡Viva la reina Maravillosa! á cuyo grito contestó toda la corte. En esto sus dos hermanas fuéron á echarse en sus brazos, haciéndole mil caricias. Maravillosa no sabia lo que se hacia de contenta que estaba; lloraba y reia al mismo tiempo, abrazaba á la una, hablaba con la otra, daba gracias al rey, y en medio de tantas distintas cosas, se acordaba del capitan de guardias, al cual debia tanto: preguntó por él, pero le dijeron que habia muerto, lo cual sintió infinito.

Cuando se sentaron á la mesa, la suplicó el rey contase lo que le habia sucedido desde el dia que tan funestas órdenes dió contra ella. Tomó la palabra y lo contó con tal gracia, que todo el mundo la escuchaba sin pestañear.

Pero mientras que al lado del rey y de sus hermanas se olvidaba del enamorado carnero, este, viendo que pasaba la hora de la vuelta de la princesa, se puso tan triste, que daba lástima verle.—No quiere volver, decia, mi malhadada figura de carnero le disgusta. ¿Qué será de mí sin Maravillosa? Regordeta, hada cruel, ¿por qué no tomaste otra venganza de mi indiferencia? Así se estuvo quejando mucho tiempo, y viendo que se acercaba la noche sin que pareciese la princesa, se fué á la ciudad, entró en el palacio del rey y preguntó por Maravillosa; pero como todo el mundo sabia ya su aventura y no querian que volviese con el carnero, le negaron verla, por lo cual dió tales quejas y tales gritos, que hubiera conmovido á cualesquiera otros que no hubieran sido los suizos que guardaban la puerta del palacio. Al fin, transido de dolor, se arrojó al suelo y espiró.

El rey y Maravillosa, ignorando la tragedia que acababa de pasar, propuso el primero á su hija que saliesen en un carro, dejándose ver por toda la ciudad á la luz de mil y mil hachas que lucian en balcones y ventanas; pero ¡qué espectáculo se ofreció á su vista al salir de palacio! Su querido carnero estaba tendido en tierra y muerto. Se precipitó del carro, se fué á él, lloró, gimió, conoció que su falta de exactitud habia causado la muerte del carnero real, y estuvo para morir de desesperacion. En vista de esto, todo el mundo convino en que las personas mas elevadas estaban sujetas como las demás á los azares de la fortuna, y que regularmente las mayores desgracias vienen cuando se creen en el colmo de sus deseos.

FINETA LA CENICIENTA.

Una vez habia un rey y una reina, que no sabiendo gobernar les echaron de su reino: vendieron sus coronas para vivir, después sus vestidos, luego la ropa blanca, los encajes, y todos sus muebles pieza á pieza.

Cuando el rey y la reina estuvieron muy pobres, dijo el rey á su muger:—Henos aquí fuera de nuestro reino; ya no tenemos nada; hay que ganarnos la vida y la de nuestros pobres hijos; discurrid lo

que hemos de hacer, porque hasta ahora no he sabido otro oficio que el de rey, el cual es muy dulce.

La reina, que tenia mucho talento, le pidió ocho dias para pensarlo, y al cabo de este tiempo le dijo:—Señor, no hay que afligirse: hareis seda, con la cual cogereis aves cazando y peces pescando; mientras las cuerdas se gastan yo hilaré para hacer otras. Por lo que hace á nuestras hijas, como son unas verdaderas perezosas que creen aun ser grandes señoras, queriendo hacer las señoritas, es preciso llevarlas lejos, muy lejos, tan lejos que no vuelvan jamás, pues nos seria imposible proveerlas de vestidos á su gusto.

Cuando el rey vió que era preciso separarse de sus hijas, como buen padre se echó á llorar; pero la reina era la que mandaba.

Consintió pues en lo que la reina queria, diciéndole:—Levantaos mañana temprano y llevaos á vuestras tres hijas donde creais mas á propósito. Mientras ellos arreglaban este negocio, la princesa Fineta, que era la mas pequeña de las tres, estaba escuchando por el agujero de la cerradura, y así que hubo descubierto el designio de su papá y de su mamá, se fué á una espaciosa gruta, muy distante de la casa, en que vivia la hada Merluza, madrina suya.

Fineta habia cogido dos libras de manteca fresca, huevos, leche y harina para hacer una escelente torta á su madrina, á fin de ser bien recibida. Emprendió alegremente su viaje; pero cuanto mas andaba mas se cansaba; las suelas de sus zapatos se rompieron, y sus lindos piececitos se desollaron de modo que daba lástima. No pudiendo mas se sentó sobre la yerba llorando.

Pasó por allí un magnífico caballo andaluz, con silla, freno, y mas diamantes en la mantilla que se necesitarian para comprar tres ciudades, el cual, al ver á la princesa, se puso á pacer tranquilamente junto á ella, doblando las rodillas como si la saludase. Inmediatamente ella le cogió por la brida diciéndole:—Gentil caballo, querrias llevarme á casa de mi madrina la hada? Me harias un gran favor, porque estoy tan cansada que me voy á morir; pero si me sirves en esta ocasion, te daré buena avena y escelente heno, y además paja fresca para acostarte.

Vaya, hija mia, yo quiero que seas mi doncella, péiname.

El caballo se inclinó delante de ella casi hasta el suelo, lo cual visto por la jóven Fineta, saltó encima; así que hubo montado echó á correr con tal velocidad que parecia un pájaro. A la entrada de la gruta se paró como si hubiese sabido el camino, y efectivamente le sabia, porque era Merluza la que, sabiendo que su ahijada queria verla, le habia enviado aquel caballo.

Así que entró hizo tres profundas reverencias á su madrina, besó el ribete de su vestido y dijo:—Buenos dias, madrina mia, ¿cómo estais? Aquí teneis manteca, huevos, leche y harina que os traigo para haceros una buena torta.—Sed bien venida, Fineta, dijo la hada; acercaos para que os abrace; y la abrazó dos veces, de lo cual se puso muy contenta Fineta, porque la señora Merluza no era de esas hadas de tres al cuarto.—Hola, ahijada mia, le dijo, quiero que seais mi doncellita; desatadme el pelo y peinadme. La princesa le soltó el pelo y la peinó con la mayor destreza del mundo.—Ya sé, dijo Merluza, por qué venís aquí; habeis oido al rey y á la reina que querian llevaros muy lejos para que os perdierais, y quereis evitar semejante desgracia. Tomad, no teneis mas que coger este ovillo, cuyo hilo no se romperá jamás; atareis la punta á la puerta de vuestra casa y le llevareis en la mano; cuando la reina os deje, os será fácil volver siguiendo el hilo.

La princesa dió las gracias á su madrina, que la llenó un saco de magníficos vestidos de oro y plata, la abrazó, la hizo volver á montar sobre el lindo caballo, y en dos ó tres momentos la llevó á la puerta de la casita de sus majestades. Fineta dijo al caballo:—Amigo mio, sois hermoso é inteligente, caminais mas aprisa que el sol, os doy gracias por vuestro trabajo; volveos al sitio de donde venís. Entró po quito á poco en casa, y ocultando el saco bajo la almohada de su cama, se acostó sin darse por entendida. Así que amaneció despertó el rey á su muger, diciéndola:—Vamos, vamos, señora, disponeos para el viaje. Inmediatamente se levantó, se puso los zapatos gordos, un zagalejo corto y una almilla blanca: tomó un baston, llamó á sus hijas, que se llamaba la mayor Flor de Amor, la segunda Bella de Noche y la tercera Oido-Fino, por lo cual le llamaban regularmente Fineta.—He soñado esta noche, dijo la reina, que debemos ir á ver á nuestra hermana, la cual nos regalará bien, y comeremos y nos divertiremos lo que queramos. Flor de Amor, que estaba desesperada de hallarse en un desierto, dijo á su madre:—Vamos, señora, donde os acomode; con tal que me pasee, el sitio me es indiferente. Las otras dos dijeron lo mismo, se despidieron las cuatro del rey, y se pusieron en camino. Fuéron tan lejos, tan lejos, que Oido-Fino llegó á temer que se le concluyese el hilo, porque anduvieron cerca de mil leguas. Iba siempre detrás de sus hermanas atando el hilo á las zarzas.

Cuando la reina creyó que sus hijas no podrian dar con el camino, se entró en un espeso bosque, diciéndolas:—Ovejitas mias, dormid, yo seré como la pastora que vela junto á su rebaño, temiendo que le coma el lobo. Se acostaron sobre la yerba, y se durmieron. Así que la reina las vió dormidas las dejó, creyendo no volverlas á ver mas. Fineta cerraba los ojos, pero no dormia.—Si yo fuera una niña mala, decia ella, me iria ahora mismo, dejando morir aquí á mis hermanas, porque me pegan y me arañan; pero á pesar de todas sus picardias no quiero abandonarlas.

Despertolas y las contó toda la historia; ellas se echaron á llorar, rogándola las llevase consigo, y que la darian sus muñecas, su ajuar de plata, los demás juguetes y sus bombones.—Ya sé yo que no me dareis nada de lo que decís, dijo Fineta; pero no por eso dejaré de portarme como una buena hermana; y echando á andar siguió el hilo, y tambien las otras dos, de suerte que llegaron casi al mismo tiempo que su madre.

Deteniéndose á la puerta, oyeron decir al rey:—Tengo el corazon afligido de veros volver sola.—Pues! dijo la reina; nos incomodaban demasiado.—Si al menos, replicó el rey, hubieseis traido á mi Fineta, me consolaria de las otras, que no quieren á nadie mas que á sí mismas.

Llamaron, toc, toc.—¿Quién está ahí? dijo el rey.—Son vuestras hijas Flor de Amor, Bella de Noche y Oido Fino.

La reina empezó á temblar.—No abrais, decia ella, deben ser sus almas, porque es imposible que hayan podido volver. El rey, que era tan cobarde como su muger, decia:—Me engañais, no sois mis hijas; pero Oido Fino, que era muy lista, dijo:—Papa, voy á bajarme, miradme por la gatera, y si no soy Fineta consiento en que me azoteis. Miró el rey, como le habia indicada ella, y así que la reconoció, las abrió. La reina hizo como que se alegraba de verlas, les dijo que habiendo olvidado una cosa, habia vuelto á buscarla; pero que hubiera vuelto por ellas en seguida. Aparentaron creerlo, y subieron á una linda buhardillita en que se acostaban.

—Ahora que me acuerdo, dijo Fineta, me habeis prometido, hermanas mias, una muñeca; con que dádmela.—¿De veras? dijeron ellas; aguarda, aguarda, bribonzuela, que ahora te la vamos á dar; y cogiendo sus ruecas, la sacudieron de lo lindo. Después que la hubieron pegado mucho se acostó, mas no pudiendo dormir con tantos bultos y tantas heridas como tenia, oyó que la reina decia al rey:—Yo las llevaré por otro lado mucho mas lejos, y estoy segura de que no volverán.

Así que Fineta oyó este complot, se levantó despacito para ir otra vez en casa de su madrina. Entró en el gallinero, cogió dos pollos y un gallo grande, á los cuales retorció el pescuezo, luego dos conejitos, que la reina criaba con berza para comérselos después. Lo metió todo en una cesta y se marchó; pero apenas habia andado una legua á tientas y muerta de miedo, cuando el caballo andaluz se presentó al galope relinchando; al sentirle se creyó perdida, pensando que eran gendarmes que la iban á poner presa; mas cuando vió al lindo caballo solo, montó encima, muy contenta de ir tan á su gusto, llegando en poco tiempo á casa de su madrina.

Después de los saludos de costumbre, le presentó los pollos, el gallo y los conejos, rogándola la ayudase con sus buenos consejos, porque la reina habia jurado llevarlas hasta el fin del mundo. Merluza dijo á su ahijada que no se afligiese, y le dió un saco lleno de ceniza, diciéndole:—Llevareis el saco delante de vos, le sacudireis, andareis sobre la ceniza, y cuando querais volver no teneis mas que seguir las huellas de vuestros pasos; pero no lleveis á vuestras hermanas, porque son muy malas: si las llevais no quiero volver á veros. Fineta se despidió de ella, llevándose por valor de treinta ó cuarenta millones en diamantes, metidos en una cajita, que colocó en su faltriquera; y como el caballo estaba dispuesto, la llevó como de costumbre.

Al amanecer, la reina llamó á las princesas y les dijo:—El rey está algo malo; he soñado esta noche que con unas flores y unas yerbas escelentes que hay en cierto país, se rejuvenecerá; así que vamos ahora mismo á buscarlas. Flor de Amor y Bella de Noche, que no creian que su padre pensase todavía en deshacerse de ellas, se afligieron con la noticia. Fué preciso sin embargo partir, y esta vez fuéron tan lejos, tan lejos, que jamás se ha hecho un viaje tan largo. Fineta, sin decir una palabra, iba detrás de las otras, esparciendo su ceniza á las mil maravillas, sin que el viento ni la lluvia la echasen á perder. Persuadida la reina de que no podrian volver á encontrar el camino, una noche que sus hijas estaban bien dormidas, las abandonó, volviéndose á su casa.

Así que amaneció, conociendo Fineta que su madre se habia ido, despertó á sus hermanas diciéndoles:—Ya estamos solas, pues la reina se ha ido: Flor de Amor y Bella de Noche se echaron á llorar, arrancaron sus cabellos, y maltrataron su rostro á puñetazos, diciendo:—Ay! ¿Que será de nosotras? Fineta, que era la mejor muchacha del mundo, tuvo otra vez lástima de sus hermanas.—Ved á lo que me espongo por vosotras, les dijo, pues cuando mi madrina me dió el medio de volver, me prohibió que os llevase conmigo, y que si la desobedecia no queria volverme á ver. Bella de Noche y Flor de Amor se arrojaron al cuello de Fineta, y la hicieron tantas caricias, que no fué necesario mas para volver las tres juntas á casa de sus padres.

Sorprendidas sus magestades de la vuelta de las princesas, estuvieron hablando de ella toda la noche; pero la pequeña, que no en vano tenia el nombre de Oido Fino, oyó que tramaban un nuevo complot, y que al dia siguiente se volvia á poner la reina en campaña. Despertó á sus hermanas.—Ay! las dijo, somos perdidas; la reina quiere absolutamente llevarnos á un desierto y dejarnos allí; por vosotras tengo enfadada á mi madrina, así que no me atrevo á ir á buscarla como otras veces. Al oir esto, se pusieron muy tristes y se decian la una á la otra:—¿Qué haremos, hermana mia? ¿qué haremos?—No hay que apurarse, dijo Bella de Noche á las otras dos. La vieja Merluza no tiene tanto talento que no quede un poco á los demás: no tenemos mas que cargarnos de garbanzos, los sembraremos por el camino, y nos servirán de guia para volver. Flor de Amor encontró ese espediente admirable; así que ella y su hermana segunda se llenaban los bolsillos de garbanzos: en cuanto á Oido Fino, en lugar de garbanzos cogió el saco de los vestidos magníficos, con la cajita de los diamantes, y así que la reina las llamó se encontraron dispuestas á marchar.

He soñado esta noche, les dijo, que en un país cuyo nombre no es necesario decir, hay tres príncipes que os esperan para casarse con vosotras; voy á llevaros allí por ver si mi sueño es verdad. La reina iba delante y sus hijas detrás, sembrando garbanzos muy tranquilas, pues estaban seguras de volver á casa. Esta vez fué la reina mas lejos que las otras, y una noche muy oscura las dejó, volviéndose á su casa, á la cual llegó muy cansada, aunque muy contenta de haberse quitado de encima tanta familia.

Después de dormir las tres princesas hasta las once de la mañana, se despertaron, siendo Fineta la primera que notó la ausencia de su madre, la cual, aunque esperándolo ya, no dejó por eso de llorar, confiándose para su vuelta, mas bien en su madrina la hada que en la habilidad de sus hermanas. Se levantó, y toda asustada les dijo:—La reina se ha ido, es preciso seguirla inmediatamente.

—Callaos, monita, repuso Flor de Amor: cuando queramos encontraremos el camino; vos, comadre, os apurais fuera de tiempo. Fineta no se atrevió á replicar; mas cuando quisieron encontrar el camino no habia rastro ni reliquia de garbanzos, pues los pichones que abundaban en aquel país se los habian comido todos. Al ver esto se echaron á llorar á gritos.

Después de estar dos dias sin comer, dijo Flor de Amor á Bella de Noche:—Hermana mia, ¿no tienes nada que comer?—No, hermana mia.—¿Y tú, Fineta?—Tampoco tengo nada, contestó; pero acabo de encontrar una bellota.—¡Ah! dádmela, dijo la una.—Dádmela, dijo la otra; las dos la querian.—Con una bellota no comeremos las tres, dijo Fineta; plantémosla y nacerá un árbol, que nos podrá servir. Consintieron en ello, aunque no hubiera probabilidades de que naciese un árbol en un país donde no habia mas que berzas y lechugas, que era de lo que se alimentaban las princesas. En verdad que si hubiesen sido menos robustas, se hubieran muerto cien veces, pues se acostaban al raso. Todas las mañanas y todas las tardes iban alternativamente á regar la bellota, diciéndola: Crece, crece, hermosa bellota; y empezó á crecer de modo que se la veia.

Así que fué un poco grande el árbol quiso subir á él Flor de Amor; pero no era bastante fuerte para sostenerla, y sintiéndole doblarse se bajó. Lo mismo le sucedió á Bella de Noche. Fineta, mas ligera, se sostuvo mucho tiempo, y sus hermanas la preguntaban:—Hermana mia, ¿no ves nada?—No, nada veo, les respondia ella.—¡Ah! consiste, decia Flor de Amor, en que la encina no es bastante alta; de modo que continuaban regándola y diciendo:—Crece, crece, hermosa bellota. Fineta subia dos veces cada dia. Una mañana que estaba arriba, dijo Bella de Noche á Flor de Amor:—He encontrado un saco, que nuestra hermana nos habia ocultado; ¿qué tendrá dentro?—Segun nos ha dicho, contestó Flor de Amor, son encajes viejos que está componiendo.—Pues yo creo que son bombones, añadió Bella de Noche. Era golosa, y queriendo verlo, encontró efectivamente todos los encajes del rey y de la reina; pero solo servian para ocultar los magníficos vestidos de Fineta y la caja de los diamantes.—Y bien, ¿se puede dar mayor bribonzuela? esclamó ella; es preciso cogerlo todo para nosotras, y poner en su lugar piedras: así lo hicieron, y cuando Fineta volvió no se apercibió de la picardía de sus hermanas, porque no ocurriéndola componerse en un desierto, no pensaba mas que en la encina, que se hacia la mas hermosa de las encinas.

Una de las veces que subió, y que sus hermanas, segun costumbre, la preguntaron si descubria algo, dijo:—Sí, veo una gran casa, tan hermosa, tan hermosa que no puede ser mas; las paredes son de esmeraldas y rubíes, el techo de diamantes, está toda cubierta de campanillas de oro, las veletas giran como el viento.—Mientes, decian ellas, no es tan hermosa como dices.—Creedme, respondió Fineta; no soy embustera, ó mas bien venid vosotras mismas, pues yo tengo los ojos deslumbrados. Subió Flor de Amor al árbol, y así que vió el palacio, no cabia en sí de gozo. Bella de Noche, que era muy curiosa, subió á su vez, quedando tan admirada como sus hermanas.—Es preciso, dijeron, ir á este palacio; quizá encontraremos en él her-

mosos príncipes, que se tendrán por muy dichosos en casarse con nosotras. Se acostaron sobre la yerba, y en toda la noche hablaron mas que de su proyecto. Pero cuando vieron á Fineta dormida, dijo Flor de Amor á Bella de Noche:—¿Sabeis lo que debemos hacer, hermana mia? levantémonos y pongámonos los ricos vestidos que ha traido Fineta.—Teneis razon, dijo Bella de Noche; así pues se levantaron, se peinaron con polvos, luego se pusieron lunares, y los magníficos vestidos de oro y plata cubiertos de diamantes.

Fineta, ignorando el robo que sus pícaras hermanas le habian hecho, cogió su saco con objeto de vestirse; pero afligiose mucho no encontrando mas que guijarros: al mismo tiempo reparó en sus hermanas que se habian puesto como soles. Lloró y se quejó de la traicion que le habian hecho, pero ellas se reian y se burlaban de ella. —¿Es posible que tengais valor para llevarme al castillo sin adornarme y ponerme hermosa?—Apenas tenemos bastante para nosotras, dijo Flor de Amor, con que no nos molestes si no quieres que te sacudamos.—Pero esos vestidos, replicó, que llevais son mios, mi madrina me los dió y nada os deben.—Si hablas otra palabra, dijeron ellas, te matamos y te enterramos sin que nadie lo sepa. Fineta se guardó bien de provocarlas, y las siguió un poco detrás, de modo que parecia criada suya.

Cuanto mas se acercaban á la casa, mas maravillosa les parecia. —¡Ah! decian Flor de Amor y Bella de Noche, ¡cómo nos vamos á divertir! ¡qué bien vamos á comer! Nos sentaremos á la mesa del rey. En cuanto á Fineta, lavará las escudillas en la cocina, porque parece una rodilla: si pregunta quién es, guardémonos de decir que es nuestra hermana; es preciso decir que es la vaquera del lugar. Fineta, que era muy hermosa y tenia mucho talento, se desesperaba al verse tratar tan mal. Llamaron así que llegaron á la puerta del castillo, y al momento salió á abrirles una vieja espantosa: no tenia mas que un ojo en medio de la frente, pero mayor que cinco ó seis regulares, la nariz aplastada, la piel negra, la boca tan horrible que daba miedo, y quince piés de altura sobre treinta de circunferencia. —¡Desgraciadas! ¿quién os trae aquí? ¿ignorais que este es el castillo del Ogro, y que apenas le servireis para un almuerzo? Pero yo soy mejor que mi marido: entrad, no os comeré de una vez, y tendreis el consuelo de vivir dos ó tres dias mas. Al oir á la Ogresa hablar de este modo echaron á correr creyendo salvarse; pero una zancada suya valia por cincuenta de la de las princesas, así es que las cogió al instante, á unas por los cabellos y á la otra por el pescuezo, y metiéndoselas debajo del brazo, las encerró en la cueva, que estaba llena de sapos, de culebras, y de huesos de los que habian comido.

Como queria zamparse en seguida á Fineta, fué á buscar vinagre, aceite y sal para comérsela en ensalada; pero sintiendo venir al Ogro, y viendo que las princesas tenian la piel blanca y delicada, resolvió comérselas ella sola, y al efecto las metió debajo de una cuba en la cual no veian mas que por un agujero.

El Ogro era seis veces mas alto que sus muger; cuando hablaba, toda la casa temblaba, y cuando tosia parecia que tronaba: tampoco tenia mas que un ojo descomunal: sus cabellos estaban erizados, y se apoyaba en un árbol del cual habia hecho un baston. Traia un cesto cubierto, del cual sacó quince niños que habia robado por los caminos, y que tragó como quince huevos frescos. Al verle las tres princesas temblaron bajo la cuba, pero no se atrevieron á llorar alto temiendo que las oyera.—Vá á comernos vivas, se decian entre sí muy bajo, ¿cómo nos salvaremos? El Ogro decia á su muger:—¿Sabes que huele á carne fresca? y si la hay quiero que me la des.—Bueno, dijo la Ogresa, á tí siempre te huele á carne fresca; son tus carneros que han pasado por aquí.—¡Oh! no me engañas, dijo el Ogro, huele á carne fresca y voy á buscar por todas partes.—Busca, que nada encontrarás.—Si encuentro algo y me lo ocultas, replicó el Ogro, te corto la cabeza para hacer una bala. Ella, asustada con esta amenaza, le dijo:—No te enfades, Ogrito mio; voy á decirte la verdad. Hoy han venido tres muchachuelas que he cogido; pero seria lástima comerlas porque saben hacer todas las cosas. Como ya soy vieja necesito descansar; bien ves que nuestra hermosa casa está muy sucia, que nuestro pan está mal cocido, que la sopa no te parece tan buena, ni yo tan hermosa desde que me mato á trabajar; serán mis criadas, con que así te ruego que no las comas, pues el dia que te se antoje, siempre serás dueño de hacerlo.

Mucho trabajo costó al Ogro prometer que no las comeria inmediatamente.—Déjame, decia, comer solo dos.—No, no comerás las dos.—Pues bien, no comeré mas que la mas pequeña.—No, decia ella, no comerás ninguna. Al fin, después de várias contestaciones, le prometió no comerlas, y ella decia para sí:—Cuando él vaya á casa me las comeré yo y diré que se han escapado.

Salió el Ogro de la cueva mandando que se las llevasen. Las pobres chicas estaban casi muertas de miedo, pero tranquilizolas la Ogresa. Cuando las vió las preguntó qué sabian hacer; á lo cual contestaron ellas que sabian barrer, coser é hilar á las mil maravillas, que hacian tan buenos guisados que se comia hasta los platos, y que en cuanto á pan, tortas y pasteles iban á buscarlos á su casa de mil leguas á la redonda. Como el Ogro era goloso, dijo:—¡Hola, hola! manos á la obra en seguida, señoritas; y dirigiéndose á Fineta añadió:—Una vez encendido el horno, ¿cómo sabeis si está caliente?—Monseñor, replicó ella, echo dentro manteca, que pruebo después con la lengua. —Ea pues, enciende el horno. Este horno era mas grande que una caballeriza, porque el Ogro y la Ogresa comian los dos solos mas pan que dos ejércitos. La princesa encendió un fuego espantoso, de modo que le puso como una hornilla: el Ogro, que estaba presente esperando el pan caliente, comió para hacer boca cien corderos y cien tostones. Flor de Amor y Bella de Noche hacian la masa. El señor Ogro dijo:—Y bien, ¿está caliente el horno? Fineta respondió: —Monseñor, vais á verlo; y arrojó mil libras de manteca al último del horno.—Es preciso probar con la lengua; pero soy demasiado pequeña y no alcanzo.—Yo soy grande, dijo el Ogro; y bajándose se metió tan adentro, que no pudo retirarse, de modo que se tostó hasta los huesos. Cuando la Ogresa fué al horno, se afligió mucho al encontrar á su marido convertido en una montaña de ceniza.

Flor de Amor y Bella de Noche la consolaron lo mejor que pudieron; pero lo que ellas temian era que se aplacase demasiado pronto su dolor, y despertándosele el apetito, las pusiera en ensalada como ya habia pensado hacer antes.—Tened valor, señora, le dijeron, ya encontrareis algun rey ó algun marqués que se tendrán por muy dichosos en casarse con vos. Sonriose ella al oir esto, enseñando unos dientes mas largos que dedos. Así que la vieron de buen humor, le dijo Fineta:—Si quereis quitaros esas horribles pieles de oso con que estais cubierta, y vestiros á la moda, nosotras os peinaremos tan admirablemente, que estareis como un astro.—Veamos cómo lo haces; pero te advierto que si hay alguna dama mas hermosa que yo, te picaré menudito como carne para albondiguillas. A todo esto, dos de las princesas le quitaron su gorro, y se pusieron á peinarla y á rizarla, mientras que Fineta, cogiendo un hacha, la dió por detrás tan fuerte golpe en el pescuezo, que le cortó la cabeza. ¡Qué alegría cuando vieron muerta á la Ogresa! Subieron al tejado de la casa para divertirse en tocar las campanillas de oro; corrieron todas las habitaciones, que eran de perlas y diamantes, y los muebles tan ricos, que en su vida los habian visto mejores; reian y cantaban, nada les faltaba: higos, confites, frutas y muñecas en abundancia. Flor de Amor y Bella de Noche se acostaron en camas de brocado y terciopelo, diciendo entre sí:—Hénos mas ricas que lo fué nunca nuestro padre, cuando tenia su reino; solo nos falta casarnos, aunque no vendrá nadie aquí, porque esta casa pasa indudablemente por un matadero, y no se sabe la muerte del Ogro y la Ogresa. Debemos ir á la ciudad mas próxima y dejarnos ver con nuestros magníficos vestidos; no pasará mucho tiempo sin encontrar unos ricos asentistas que se alegrarán mucho de casarse con unas princesas como nosotras.

Así que estuvieron vestidas, dijeron á Fineta que se iban á pasear, que se quedase en casa para barrer fregar y hacer la comida, que á su vuelta, si no estaba todo limpio y aseado, la matarian á golpes. La pobre Fineta, el corazon oprimido de dolor, se quedó sola en casa, barriendo, limpiando, lavando sin descansar y llorando siempre.—¡Qué desgraciada soy! decia: por haber desobedecido á mi madrina me suceden toda suerte de desgracias; mis hermanas me han robado mis ricos vestidos, que sirven para adornarlas á ellas. Sin mí, el Ogro y la Ogresa disfrutarian todavía de una escelente salud: ¿de qué me sirve haberlos matado? Mas quisiera que me hubieran comido, que vivir como vivo; y diciendo esto lloraba que era una compasion. Después venian sus hermanas cargadas de naranjas de Portugal, confites, azúcar, y le decian:—¡De qué baile tan magnífico venimos! ¡Cuánta gente habia! El hijo del rey estaba allí bailando; nos han hecho mil distinciones. Ea, ven á desnudarnos y descalzarnos, que es tu oficio. Obedecia Fineta, y si por casualidad abria la boca para quejarse, se arrojaban sobre ella pegándola hasta dejarla por muerta.

Al dia siguiente se iban otra vez y volvian contando maravillas. Una tarde que estaba Fineta sentada junto á la lumbre sobre un monton de ceniza, no sabiendo qué hacer, se entretenia en buscar entre las hendiduras de la chimenea; buscando así, se encontró una llavecita tan vieja y tan sucia que le costó lo que no es decible limpiarla. Cuando estuvo limpia, viendo que era de oro conoció que una llave de oro debia abrir algun magnífico cofrecillo: con esta idea empezó á recorrer toda la casa probándola en todas las cerraduras, hasta que por fin encontró una arquilla que era una obra maestra de trabajo y de gusto. Abriola y encontro dentro vestidos, diamantes, encajes, cintas y batista, por valor de sumas inmensas. No dijo una palabra de su hallazgo, sino que esperó á que sus hermanas saliesen al dia siguente, y así que se fuéron, se adornó de modo que estaba mas hermosa que el sol y la luna.

Vestida de este modo se fué al mismo baile que sus hermanas, las cuales aunque sin máscara no la reconocieron de cambiada que estaba. Así que se presentó en la reunion, se elevó un murmullo de voces, las unas de admiracion, de envidia las otras. Sacáronla á bailar y aventajó á todas las damas en el baile, como las aventajaba en hermosura. Acercósela la dueña de la casa, y haciéndole una profunda

reverencia, la rogó le dijese su nombre á fin de no olvidar jamás el nombre de una persona tan maravillosamente bella, á lo cual respondió ella que la llamaban Cenicienta. Jamás nombre metió tanto ruido en tan poco tiempo: el eco repetia el nombre de Cenicienta; no habia ojos mas que para mirarla ni bocas mas que para alabarla.

Flor de Amor y Bella de Noche, que habian llamado al principio la atencion en las sociedades que se habian presentado, viendo la acogida que se hacia á la recien venida, se morian de despecho: Fineta desempeñaba su papel con una gracia tan sin igual, que al verla se conocia que habia nacido para mandar. Flor de Amor y Bella de Noche, acostumbradas á ver á su hermana cenegrecida con el humo de la chimenea y mas puerca que la misma chimenea, habian perdido la idea de su belleza hasta el punto de no conocerla absolutamente al hacer la corte como las demás á Cenicienta. Cuando veia que estaba para concluirse el baile, salia, se volvia de prisa á casa, se desnudaba en un instante y volvia á ponerse sus harapos. Llegaban sus hermanas luego diciendo:—¡Ah Fineta! acabamos de ver una princesa jóven, encantadora: no es una mona como tú, es blanca como la nieve, colorada como una rosa, sus dientes son de perlas y sus labios de coral; tiene un vestido que pesa mas de mil libras de oro y de diamantes. ¡Qué hermosa es! ¡qué amable! Fineta respondia entre dientes:—*Así era yo, así era yo.*—¿Qué murmuras? decian ellas; á lo cual replicaba Fineta mas bajo:—*Así era yo, así era yo.* Esto duró mucho tiempo: apenas pasó dia que Fineta no cambiase de vestidos, porque la arquilla era hada, y cuantos mas sacaban mas habia, y tan de moda que servian de tipo á las demás señoras.

Una noche que Fineta habia bailado mas de lo regular, y retirádose á casa mas tarde de lo que solia, queriendo reparar el tiempo perdido y llegar antes que sus hermanas andando todo lo de prisa que podia, dejó caer una de sus zapatillas de terciopelo carmesí, bordada de perlas. La buscó por el camino; pero estaba la noche tan oscura que no la encontró, volviéndose á casa con un pié descalzo. Yendo de caza al dia siguiente el príncipe Querido, hijo primogénito del rey, ve la zapatilla, la manda recoger, la mira, admira su pequeñez y elegancia, la vuelve y la revuelve de todos lados, la besa y la lleva consigo. Desde aquel dia perdió la gana de comer, poniéndose flaco, pálido como un membrillo, triste, abatido y enteramente cambiado. El rey y la reina, que le querian con delirio, enviaban por todas partes á buscar caza y dulces, pero como si no le llevasen nada, pues lo miraba sin probarlo ni contestar á la reina cuando le hablaba. Fuéron por médicos á todas las partes del mundo, hasta París y Montpeller; vieron al príncipe así que llegaron, y después de observarle tres dias con tres noches sin perderle de vista, decidieron que estaba enamorado y que moriria si no se ponia remedio.

La reina, que le amaba perdidamente, se deshacia en lágrimas por no poder descubrir á la que amaba para que se casase con ella: llevaba á su habitacion las mas bellas señoras, que ni siquiera se dignaba mirar. Al fin le dijo un dia:—Mi querido hijo, tú quieres matarnos de pena, porque estando enamorado, nos ocultas el objeto de tu pasion: dinos á quién quieres, y te la daremos, aunque no sea mas que una simple pastora. Animado el príncipe por las promesas de la reina, sacó la zapatilla de bajo la almohada, y enseñándosela, dijo:—Aquí teneis, señora, la causa de mi mal; he encontrado esta pequeña, linda y preciosa zapatilla yendo de caza, y no me casaré jamás sino con aquella á quien le venga.—Bien, hijo mio, no te aflijas por eso, que ya la buscaremos. Fué á decírselo al rey, el cual se sorprendió mucho con la noticia, mandando al mismo tiempo que anunciasen con tambores y trompetas que fuesen á palacio todas las jóvenes á calzarse la zapatilla, y que aquella á quien viniese se casaria con el príncipe. Habiendo oido de lo que se trataba, todas se lavaron los piés, perfumándoselos con toda clase de aguas de olor, de pastas y pomadas. Hubo señoras que se los pelaron para tenerlos mas suaves, y no faltaron algunas que ayunaron ó se los desollaron para tenerlos mas pequeños. Iban en tropel á probarse la zapatilla; pero ninguna se la podia calzar, lo cual afligia mucho al príncipe.

Un dia Flor de Amor y Bella de Noche se pusieron tan elegantes, que era una cosa admirable.—¿Dónde vais? les dijo Fineta.—Vamos á la corte, respondieron, á probarnos la zapatilla que ha encontrado el hijo del rey, pues si nos viene á cualquiera de las dos, se casará con él y será reina.—Y yo, dijo Fineta, ¿no iré tambien?—Tú eres una idiota; vete á regar nuestras coles, pues no sirves para otra cosa.

Así que se fuéron sus hermanas le ocurrió á Fineta ponerse sus vestidos mas magníficos é ir á probar fortuna como las otras, pues tenia cierto presentimiento de que le saldria bien: lo que le afligia era no saber el camino, pues el baile á que solia ir no estaba en la corte.

Con todo, vistiose magníficamente: el vestido era de raso azul cubierto de estrellas y de diamantes; llevaba un sol en la cabeza y una luna llena sobre la espalda, brillando todo esto de un modo que no se le podia mirar sin cerrar los ojos. Cuando abrió la puerta para salir, quedó sorprendida de encontrarse al lindo caballo andaluz que la habia llevado á casa de su madrina; pero le acarició diciéndole:—Bien venido, caballito mio, estoy muy agradecida á mi madrina Merluza: bajose él y sentose ella encima como una ninfa. El caballo estaba todo cubierto de oro y de lazos, y la mantilla y el freno no tenian precio; en cuanto á Fineta, estaba treinta veces mas hermosa que la bella Elena.

El caballo andaluz iba á escape, haciendo din, din sus campanillas. Habiéndola oido Flor de Amor y Bella de Noche se volvieron y la vieron venir; pero ¡cuál seria su sorpresa al reconocer en Fineta la Cenicienta! Ellas estaban enlodadas, con sus hermosos vestidos cubiertos de barro.—Hermana mia, dijo Flor de Amor dirigiéndose á Bella de Noche; os aseguro que es Fineta la Cenicienta: la otra dijo lo mismo. Al pasar Fineta junto á ellas les salpicó su caballo, haciéndoles una careta de lodo, y ella se echó á reir diciéndoles:—Altezas, Cenicienta os desprecia tanto como mereceis; y dicho esto partió como un rayo.

Bella de Noche y Flor de Amor se miraron entre sí diciendo: —¿Estamos soñando? ¿Quién ha podido dar vestidos y un caballo á Fineta? ¡Qué maravilla! Está visto que la persigue la dicha: ahora va á calzarse la zapatilla, y nosotras no conseguiremos nada mas que haber hecho un viaje inútil.

Mientras que ellas se desesperaban, llega Fineta al palacio: al verla, creyendo todos que era una reina, le presentan las armas los guardias, el tambor y la corneta tocan la marcha real, abren todas las puertas, y los que la habian visto en el baile iban delante diciendo: —Plaza, plaza, es la hermosa Cenicienta, es la maravilla del universo.

Entra con esta pompa en la cámara del príncipe moribundo, el cual fija los ojos en ella, quedando encantado de su belleza, y deseando que tuviese el pié bastante pequeño para calzar la zapatilla. Ella se la puso sin dificultad, enseñando al mismo tiempo la compañera, que habia llevado esprofeso, y en seguida gritaron todos:—¡Viva la princesa querida! ¡Viva la princesa que ha de ser nuestra reina! El príncipe, levantándose de su lecho, la besó las manos. A ella le pareció él hermoso y de talento. Avisaron al rey y á la reina, que fuéron á toda prisa: coge la reina á Fineta en sus brazos, la llama hija, su querida, su reinita; le hace magníficos presentes, á los cuales añade otros el rey, que era muy generoso. Tiraron cañonazos, tocaron violines y gaitas, y no se habló mas que de fiestas y regocijos.

El rey, la reina y el príncipe rogaron á Cenicienta que consintiese en casarse.—No, dijo ella, antes es preciso que os cuente mi historia, lo cual hizo en cuatro palabras. Cuando supieron que habia nacido princesa se pusieron tan contentos, que por poco no se mueren de alegría; pero cuando ella les dijo el nombre del rey su padre y de la reina su madre, confesaron que eran ellos los que habian conquistado su reino, lo cual, sabido por ella, juró que no consentiria en el matrimonio mientras no devolviesen los Estados conquistados á su padre. Ellos lo prometieron, porque como tenian mas de cien reinos, uno menos les era indiferente.

La primera noticia que al llegar tuvieron Bella de Noche y Flor de Amor, fué que Cenicienta se habia puesto la zapatilla: no sabiendo qué hacer ni qué decir, querian volverse sin verla; pero así que supo ella que estaban allí, las hizo entrar, y en vez de ponerlas mala cara y de castigarlas como merecian, se levantó, salió á recibirlas, las abrazó tiernamente y las presentó á la reina diciendo:—Señora, son mis hermanas, á quienes os suplico querais como á mí, porque son muy amables. Confundidas con la generosidad de Fineta, no pudieron proferir una palabra; mas al oir que volverian á su reino, que el príncipe les restituia, se arrojaron á sus pies llorando de alegría.

Celebráronse las bodas mas magníficas que se habian visto hasta entonces. Fineta escribió á su madrina, confiando su carta acompañada de ricos presentes al lindo caballo andaluz: en ella le rogaba fuese á ver al rey y á la reina, les participase su dicha y les dijese podian volverse á su reino cuando quisiesen.

La hada Merluza desempeñó perfectamente su encargo. El padre y la madre de Fineta volvieron á sus estados, y sus hermanas llegaron á ser reinas lo mismo que ella.

MORALIDAD.

Si para un amigo infiel
medio tu mente no alcanza
de una venganza cruel,
sé generoso con él
que esa es la mejor venganza.

LA PRINCESA ROSITA.

Una vez habia un rey y una reina que tenian dos hermosos hijos. La reina, siempre que daba á luz alguno, convidaba á las hadas al bautizo, rogándoles le dijesen lo que debia sucederle.

Un dia que la reina habia dado á luz una hermosa niña, tan linda que no se la podia ver sin amarla, obsequió á todas las hadas que habian venido á verla, diciéndolas al retirarse:—No olvideis nuestra buena costumbre, y decidme lo que sucederá á Rosita (así se llamaba la princesita). Las hadas contestaron que habian olvidado en su casa el libro mágico, y que otro dia volverian á verla.—Ah! dijo la reina, nada bueno me anuncia esto: no quereis afligirme con una mala prediccion, pero os suplico que me lo digais todo sin ocultarme nada. Ellas seguian escusándose; mas la reina puso tal empeño en saberlo, que al fin la principal le dijo.—Señora, tememos que Rosita cause una gran desgracia á sus hermanos, muriendo en alguna empresa por ella. Esto es todo lo que podemos predecir á esta hermosa niña; y se fuéron. La reina se puso tan triste, que conociéndolo el rey la preguntó qué tenia, á lo cual contestó que se habia acercado demasiado á la luz y se le habia quemado todo el lino que tenia en la rueca.—¿No es mas que eso? dijo el rey; y subiendo al desvan le bajó mas lino del que podia hilar en cien años.

Como la reina continuase triste, volviole á preguntar lo que tenia, y ella le dijo que hallándose á la orilla del rio se le habia caido en él una babucha de raso verde.—¿No es mas que eso? dijo el rey; y llamando á todos los zapateros de su reino, le llevó diez mil babuchas de raso verde.

Pero siguiendo triste, preguntole de nuevo qué tenia; ella dijo que comiendo con mucha gana se habia tragado el anillo de boda que tenia en el dedo. Conociendo el rey que mentia, porque habia guardado él aquella sortija, le dijo.—Querida esposa, mentís; hé aquí vuestra sortija que yo tenia en mi bolsillo. Caramba! muy confundida se quedó de verse cogida en mentira (porque es la cosa mas fea del mundo), y viendo que el rey se enfadaba, le contó lo que las hadas habian predicho á la pequeña Rosita, añadiendo que si sabia algun buen remedio le indicase. El rey se puso tan triste, tan triste, que ya una vez dijo á la reina.—No encuentro otro medio de salvar á nuestros dos hijos, que el de hacer morir á la pequeña ahora que está en mantillas; pero la reina dijo que antes consentiria en la muerte de sí misma; que era una crueldad sin ejemplo, con que así que discurriese otra cosa.

Como el rey y la reina no pensaban en otra cosa, dijeron á esta que en un dilatado bosque, inmediato á la ciudad, habia un viejo ermitaño que se acostaba en el tronco de un árbol, y al cual iban á consultar de todas partes.—Es preciso que yo tambien vaya, dijo; las hadas me han dicho el mal, olvidándose del remedio. Y una mañana montó en una mulita blanca herrada de oro, y se fué acompañada de dos de sus damas, cada una sobre un lindo caballo. Cuando estuvieron cerca del bosque, se apearon por respeto, y dirigiéronse al árbol en que vivia el ermitaño. No le gustaba á este encontrarse con mugeres; pero cuando vió que era la reina, le dijo:—Seais bien venida, señora, ¿qué me quereis? Ella le contó lo que le habian pronosticado las hadas, pidiéndole en seguida consejo. El la dijo que lo que habia que hacer era encerrar á la princesa en una torre, cuidando de que no saliese de ella jamás: la reina le dió las gracias y una buena limosna, volviéndose á toda prisa á decirlo al rey.

Cuando el rey lo supo mandó edificar una fuerte torre, encerró en ella á su hija, y para que no se fastidiase iban á verla todos los dias el rey, la reina y sus hermanos. El mayor se llamaba el Gran Príncipe, el menor el Principito, y ambos amaban apasionadamente á su hermana, porque era la criatura mas bella y mas graciosa que se habia visto, así que la menor de sus miradas valia mas de cien pistolas. Cuando ya tuvo quince años, decia el Gran Príncipe al rey:—Papá, mi hermana tiene ya suficiente edad para casarse; ¿no iremos pronto á la boda? Pero el rey, poniendo á Rosita sobre sus rodillas, la abrazaba sin responder al príncipe.

Al fin cayeron enfermos el rey y la reina, muriendo casi en el mismo dia. Todo el mundo se puso muy triste, se vistieron de luto, tocaron las campanas á muerto, y Rosita estaba inconsolable con la muerte de su buena mamá.

Después de enterrar al rey y á la reina, los marqueses y los duques del reino hicieron subir al Gran Príncipe á un trono de oro y diamantes, colocáronle una corona de oro en la cabeza, pusiéronle unos vestidos de terciopelo morado recamado de soles y lunas: en seguida gritó toda la corte ¡viva el rey! y nadie pensó mas que en divertirse.

El rey y su hermano se dijeron uno á otro:—Ahora que somos los dueños, es preciso sacar á nuestra hermana de la torre en que hace tanto tiempo que se está fastidiando. No tenian mas que atravesar el jardin para ir á la torre construida en uno de sus ángulos, lo mas alto que se habia podido, porque el rey y la reina difuntos querian que estuviese en ella toda su vida. Rosita se hallaba bordando un hermoso vestido en un bastidor que tenia delante; pero cuando vió á sus hermanos, se levantó, y cogiendo la mano del rey, le dijo:—Buenos dias, señor: ahora vos sois rey, y yo, vuestra humilde servidora, os suplico me saqueis de esta torre en que me fastidio mucho; y diciendo esto se echó á llorar. El rey la abrazó, la dijo que no llorase, pues venia á sacarla de la torre para llevarla á un magnífico palacio. El príncipe llevaba llenos los bolsillos de confites, que dió á Rosita, diciéndole: —Ea, salgamos de esta pícara torre; no te aflijas, que pronto te casará el rey.

Cuando Rosita vió el hermoso jardin todo lleno de flores, frutas y fuentes, como hasta entonces no habia visto nada, quedó tan sorprendida que no podia hablar una palabra. Lo miraba todo, iba, venia, se paraba, cogia las frutas de los árboles y las flores del parterre. Su perrito, llamado Revoltoso, que era verde como un papagayo, que no tenia mas que una oreja y que bailaba que era un contento, iba delante de ella haciendo jap, jap, jap con mil saltos y mil cabriolas.

Revoltoso, que divertia siempre á todo el mundo, empezó de repente á correr por un bosquecillo; siguiole la princesa y quedó maravillada de ver en este bosquecillo un pavo real haciendo la rueda, el cual le pareció tan hermoso, tan hermoso, que no podia separar la vista de él. Llegaron allí el rey y el príncipe, quienes preguntándola en qué se entretenia, les enseñó el pavo real, preguntándoles lo que era. Ellos la contestaron que era un ave que se comia á veces.—¡Cómo! ¿Se atreven, dijo ella, á matar un pájaro tan hermoso y á comérsele? pues os advierto que no me casare sino con el rey de los pavos reales, y que cuando sea reina, prohibiré que se les coma. Es indecible lo sorprendido que quedó el rey al oir esto.—Pero, hermana mia, le dijo, ¿dónde quereis que encontremos al rey de los pavos reales? —Donde os parezca, pero no me casaré mas que con él.

Después de tomar esta resolucion, la condujeron los dos hermanos á su palacio, al cual fué preciso llevar el pavo real porque le queria mucho. Todas las damas, como habian visto á Rosita fuéron á saludarle y hacerle la corte, unas la llevaban confites, otras azúcar, otras vestidos de oro, hermosos lazos, muñecas, zapatos bordados, perlas, diamantes; todas la regalaban, y ella era tan política, tan bien educada que cuando le daban alguna cosa, besaba la mano ó hacia una cortesia, de modo que no habia nadie que se volviese descontento de ella.

Mientras ella pasaba el tiempo en compañía de lo mas ilustre del reino, el rey y el príncipe pensaban en buscar al rey de los pavos reales, si es que lo habia en el mundo: al efecto acordaron hacer un retrato de la princesa Rosita, el cual salió tan parecido que no le faltaba mas que hablar.—Puesto que no quereis casaros sino con el rey de los pavos reales, le dijeron, vamos á partir juntos á buscárosle por toda la tierra. Nos alegraremos mucho de encontrarle, y mientras tanto cuidad de nuestro reino hasta que volvamos.

Rosita les dió las gracias por el trabajo que se tomaban: les dijo que gobernaria bien el reino, y que durante su ausencia, su único placer seria contemplar el hermoso pavo real y hacer bailar á Revoltoso. Al separarse no pudieron menos de llorar todos.

Ya tenemos á los dos príncipes en camino preguntando á todo el mundo:—¿No conoceis al rey de los pavos reales.—No, no, contestaron todos; y de este modo fuéron tan lejos, tan lejos que nadie ha ido nunca tanto.

Llegaron al reino de los abejorros, de los que jamás habian visto treinta juntos y producian un zumbido tan grande que el rey creyó volverse sordo. Preguntó al que de todos ellos le parecia mas razonable si sabia dónde podria encontrar al rey de los pavos reales.—Señor, le contestó el abejorro, su reino dista treinta mil leguas de aquí, precisamente habeis tomado para ir allá el camino mas largo.—¿Y cómo sabeis eso? dijo el rey.—Consiste, respondió el abejorro, en que os conocemos perfectamente, porque vamos todos los años á pasar dos ó tres meses en vuestros jardines. Caten VV. al rey y á su hermano que abrazan al abejorro, se hacen muy amigos de él, y cogiéndose del brazo se van á comer juntos. Vieron con admiracion todas las curiosidades de este país, en que la mas pequeña hoja de árbol vale una pistola, y en seguida continuaron su viaje, solo que como sabian el camino no tardaron en llegar. Todos los árboles estaban llenos de pavos reales, estando todo tan lleno de ellos, que se les oia chillar y hablar desde dos leguas.

Si el rey de los pavos reales es tambien un pavo, decia el rey á su hermano, ¿cómo se ha de casar nuestra hermana con él? seria preciso estar loco para consentirlo; ya veis la familia que nos daria, pavitos reales por sobrinos. El príncipe no estaba menos disgustado que su hermano.—Es una desgraciada idea la que le ha ocurrido, y no sé cómo ha podido ella adivinar que hay en el mundo un rey de los pavos reales.

Cuando llegaron á la corte la encontraron llena de hombres y mugeres, pero cubiertos con vestidos hechos de plumas de pavo real, las cuales llevaban en todas partes como un gran adorno. Encontraron al rey que salia de su palacio en una magnífica carretelita de oro y de diamantes, tirada por doce pavos, que le llevaban á escape. Este rey de los pavos reales era tan hermoso, tan hermoso, que el rey y el príncipe quedaron admirados al verle. Tenia largos cabellos rubios y vistosos, el rostro blanco, y una corona de cola de pavo sobre la cabeza. Al verlos con trajes distintos de los del país, suponiendo que eran estranjeros, mandó detener la carroza y les hizo llamar para cerciorarse.

El rey y el príncipe se acercaron á él, y después de saludarle le dijeron:—Señor, venimos de muy lejos para enseñaros un hermoso retrato; y sacaron de su maleta el gran retrato de Rosita. Después de mirarle bien el rey de los pavos:—No puedo creer, dijo, que haya en el mundo una jóven tan hermosa.—Es cien veces mas hermosa todavía, dijo el rey.—Os estais burlando, replicó el rey de los pavos. —Señor, dijo el príncipe: aquí teneis á mi hermano, que es rey como vos; se llama el rey, y yo me llamo el príncipe; nuestra hermana, de quien es este retrato, es la princesa Rosita; ahora bien, nosotros os venimos á preguntar si quereis casaros con ella; es bella, como veis, muy honesta, y la daremos una fanega de escudos de oro.—Sí que quiero, dijo el rey de los pavos; me casaré de muy buena gana, y nada la faltará conmigo, pues la amaré mucho; pero os advierto que exijo sea tan hermosa como el retrato, pues si le falta lo mas mínimo os mando matar.—Bien, estamos conformes, dijeron los dos hermanos de Rosita.—¿Consentís? añadió el rey. En ese caso idos á una prision, y no salgais de ella hasta que haya llegado la princesa. Los príncipes lo hicieron sin dificultad, porque estaban seguros de que Rosita era mucho mas bella que el retrato.

Cuando estuvieron en la prision mandó el rey que les sirvieran espléndidamente; les iba á ver con frecuencia, y tenia en su palacio el retrato de Rosita, de que estaba tan prendado que no dormia ni dia ni noche. Como el rey y su hermano estaban presos, escribieron por el correo á su hermana, diciéndola que hiciera su equipaje y se embarcase inmediatamente, porque el rey de los pavos reales la esperaba para casarse con ella. No la dijeron que estaban prisioneros por no inquietarla demasiado.

Al recibir esta carta la princesa por poco no se muere de alegría; dijo á todo el mundo que al fin se habia encontrado al rey de los pavos reales, el cual queria casarse con ella; hubo fuegos artificiales y cañonazos; se comieron confites y azúcar, y durante tres dias á todos los que iban á ver á la princesa, se les daba una tostada de manteca, dulces é hipocrás. Después de hacer todas estas dádivas, dejó sus lindas muñecas á sus buenas amigas, y el reino de su hermano confiado á los mas sabios ancianos de la capital. Les encargó que cuidasen de todo, que no gastasen mucho, que economizaran dinero para cuando volviese su hermano, y por último, les rogó conservasen su pavo, pues no queria llevar consigo mas que su nodriza, su hermana de leche y el perrito verde Revoltoso.

Embarcáronse en una barca, llevando la fanega de escudos de oro y vestidos para diez años, mudándose dos veces al dia. En todo el camino no hacian mas que reir y cantar. La nodriza preguntaba al barquero:—¿Nos acercamos ya al reino de los pavos reales? y él les decia:—No, no. Volvia ella á preguntar:—¿Nos acercamos? ¿nos acercamos?—Muy pronto, muy pronto, contestó él. Volvia por tercera vez á preguntar:—¿Llegamos, llegamos ya?—Sí, sí; y apenas hubo contestado, colocándose á un estremo de la barca, se sentó junto á él diciéndole:—Si quieres serás rico para toda tu vida.—Sí que quiero, respondió.—Si quieres, continuó ella, ganarás muy buenas pistolas.—No deseo otra cosa, respondió él.—Pues bien, es preciso que esta noche, mientras esté durmiendo la princesa, me ayudes á arrojarla al mar. Después que se haya ahogado, pondré á mi hija sus magníficos vestidos, y se la llevaremos al rey de los pavos, que se alegrará de casarse con ella; en recompensa te daremos tu bolsillo lleno de diamantes.

Admirado el barquero de lo que le proponia la nodriza, le dijo que era lástima ahogar una princesa tan hermosa, que le daba compasion; pero cogiendo ella una botella de vino le hizo beber tanto que no supo negarse.

Llegada la noche, la princesa se acostó, como de costumbre, con su pequeño Revoltoso, el cual se quedó dormido sin mover pié ni pata, así como su ama; entonces la malvada nodriza, que no dormia, se fué á buscar al barquero: le hizo entrar en la cámara de la princesa, la cogieron con su lecho de pluma, su colchon, sus sábanas y su colcha, y sin despertarla la arrojaron al mar ayudados por su hermana de leche; pero la princesa habia cogido tan bien el sueño que á pesar del golpe no se despertó.

La fortuna fué que su lecho era de plumas de fénix, que son muy lisas y tienen la propiedad de no sumergirse nunca, de suerte que nadaba sobre su cama de plumas como si estuviese en una barca; el agua, sin embargo, pasó poco á poco la pluma, después el colchon, y sintiéndose Rosita el agua, no podia esplicarse en qué consistia aquello.

Como para evitar la humedad no hacia mas que volverse ya de un lado, ya de otro, despertose Revoltoso, que tenia un escelente olfato, el cual oliendo los lenguados y los abadejos, se puso á ladrar tanto tanto, que despertó á los demás pescados. Empezaron á nadar alrededor del lecho de la princesa, y los grandes daban en él con la cabeza, de modo que no estando sujeto á nada daba vueltas como una perinola.—Caramba! dijo ella admirada; ¿está bailando en el agua nuestra barca? Ningun dia me he sentido tan incómoda como esta noche. A todo esto Revoltoso seguia ladrando como un desesperado: la mala nodriza y el barquero que le oian de lejos decian.—Ese es el picarillo del perro, que bebe con su ama á nuestra salud; apresurémonos á llegar, pues ya se ve desde aquí la corte del rey de los pavos reales.

Este habia enviado á la orilla del mar cien carrozas, tiradas por toda clase de animales raros: habia leones, osos, ciervos, lobos, caballos, bueyes, asnos, águilas, pavos reales, y la carroza que debia ocupar la princesa Rosita estaba tirada por seis monos blancos que saltaban, bailaban sobre la maroma y hacian mil habilidades divertidas: llevaban unos magníficos arneses de terciopelo carmesí con hebillas de oro. Fuéron sesenta señoritas que el rey enviaba para divertirle, las cuales llevaban vestidos de todos colores, bordados de oro y plata.

Lo primero que hizo la nodriza fué engalanar á su hija, y al efecto le puso el mejor vestido de Rosita y sus diamantes; pero con aquellos atavíos estaba mas fea que una mona: sus cabellos eran de un negro grasiento, los ojos bizcos, las piernas torcidas, una gran joroba en medio de la espalda: tenia además un carácter tan áspero y desapacible, que siempre estaba gruñendo.

Cuando los vasallos del rey de los pavos la vieron salir del barco, quedaron tan sorprendidos que no acertaron á hablar.—¿Qué es esto? dijo ella, ¿estais durmiendo? Vamos, vamos, que me hagan de comer: sois unos canallas y os he de hacer ahorcar. Al oir esto decian ellos.— ¡Qué horrible bestia! es tan mala como fea. ¡Vaya un casamiento que hace nuestro rey! En verdad que no valia la pena de traerla del fin del mundo. Ella seguia haciendo el ama, y por nada sacudia bofetones y puñetazos á todo el mundo.

Como llevaba un gran equipaje y un numeroso acompañamiento, iba despacio, tendida como una reina en su carroza; pero todos los pavos, que se habian colocado en los árboles para saludarla al paso, viva la bella reina Rosita, al verla tan horrible gritaban: ¡Huy, que fea es! Ella rabiaba de despecho, y decia á sus guardias.—Matad á esos bribones de pavos que me estan insultando; pero los pavos echaban á volar burlándose de ella.

El bribon del barquero, què veia todo esto, decia bajito á la nodriza.—Comadre, no me parece que va bien esto; vuestra hija deberia ser mas bonita.—Cállate, imprudente, le respondió ella; vas á causarnos alguna desgracia con tus habladurías.

Fuéron á avisar al rey de que se acercaba la princesa, el cual dijo al mensajero.—Y bien, ¿me han dicho la verdad sus hermanos? ¿Es mas hermosa que su retrato?—Señor, dijo este, ya se contentaria con ser tanto.—Vaya, dijo el rey, me contentaré con que se parezca al retrato; vamos á verla, pues por el ruido que se sentia en el patio conoció que ya llegaba, solo que no podia entender de lo que decian sino.—¡Quita allá! qué fea es! lo cual le hizo creer que hablaban de algun enano ó bestia rara que traia consigo; pero no le podia pasar por la imaginacion que hablasen de ella misma.

Llevaban el retrato de Rosita á la punta de un palo á guisa de estandarte, y el rey iba detrás con mucha solemnidad, acompañado de todos sus barones y todos sus pavos, y de los embajadores de los reinos vecinos. El rey de los pavos que se hallaba impaciente por ver á su querida Rosita: al verla, ¡caramba! por poco no se cae muerto. Encolerizose terriblemente, desgarró sus vestidos, y no quiso acercarse á ella porque le daba miedo.

—¡Cómo, dijo, esos dos bergantes encerrados en mi prision han tenido la audacia de querer burlarse de mí, proponiéndome casarme con semejante monote! Pues bien, los mandaré matar. Ea, que encierren en seguida á esta impertinente, su nodriza y el que las trae en una torre.

El rey y su hermano, que estaban prisioneros y que sabian que su hermana debia llegar aquel dia, se habian puesto sus mejores vestidos para recibirla; pero en lugar de abrirles la prision poniéndolos en libertad, como esperaban, se presentó el carcelero acompañado de un piquete de soldados, y les hizo bajar á una cueva sin luz, llena de toda clase de insectos, y en la cual les llegaba el agua hasta el pescuezo. Al ver semejante proceder, quedaron tan tristes como sorprendidos.—¡Ay! se decian el uno al otro: ¡tristes bodas son para nosotros! ¿Cuál será la causa de nuestra desgracia? Pero por mas que discurrian, solo sacaban en limpio que se les queria quitar la vida. Tres dias pasaron sin oir hablar de nada, al cabo de los cuales el rey de los pavos les llenó de injurias por un agujero de la cueva, diciéndoles:—Habeis tomado el título de rey y de príncipe para engañarme y hacerme casar con vuestra hermana; pero ya sé que no sois mas que unos miserables, que no valeis el agua que bebeis. Voy á someteros á un tribunal que instruirá pronto vuestro proceso, y podeis prepararos, porque ya se está hilando la cuerda con que vais á

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ser ahorcados.—Rey de los pavos, respondió el rey colérico, no vayais tan de prisa en este negocio, pues podreis tener que arrepentiros: yo soy tan rey como vos; poseo un hermoso reino, vestidos, coronas y buenos escudos, y nos parece una broma el querer ahorcarnos como si fuéramos ladrones.

Al oirle hablar el rey tan resueltamente, no sabia qué pensar, y le daban á veces tentaciones de dejarlos marchar con su hermana, en vez de mandarlos matar; pero su confidente, que era un adulador, le animó diciéndole que si no se vengaba, todo el mundo se burlaria de él, tomándole por un reyezuelo de poco mas ó menos. Escitado el rey por estos consejos, juró no perdonarlos: instruyeron el proceso, que no fué largo, pues bastaba cotejar el retrato de la verdadera princesa Rosita con la que habia venido diciendo serlo: así que les condenaron á ser decapitados como embusteros, puesto que habian prometido al rey una hermosa princesa, y le habian llevado una fea paisana.

Fuéron á la prision con mucha solemnidad á leerles la sentencia, al oir la cual dijeron que no habian mentido, que su hermana era princesa, y mas hermosa que el sol; que debia haber alguna equivocacion, y que en consecuencia pedian siete dias antes de morir para aclarar lo que estaba pasando. El rey de los pavos estaba tan colérico, que á duras penas consintió en el plazo pedido.

Mientras pasaban todas estas cosas en la corte, digamos algo de la princesa Rosita. Así que amaneció, quedó muy sorprendida y lo mismo Revoltoso, de encontrarse en medio de la mar, sin barco y sin socorro: así que se echó á llorar, de modo que daba lástima á todos los peces.—Indudablemente, decia ella, he sido arrojada al mar por órden del rey de los pavos, que arrepentido de tener que casarse, me ha mandado ahogar para deshacerse de mí; y volvia á llorar con mas fuerza, pues no podia menos de pensar en sus hermanos, que tanto le amaban.

Dos dias anduvo así flotante de un lado á otro de la mar, mojada hasta los huesos, constipada y casi transida de frio; á no ser por el pequeño Revoltoso, que la calentaba un poco, se hubiera muerto cien veces. Tenia una hambre espantosa, así que cogió unas ostras y comió; á Revoltoso no le gustaban, pero como no tenia otra cosa tambien comió. Cuando venia la noche, tenia tanto miedo Rosita, que decia á su perro:—Revoltoso, ladra, ladra, no sea que nos coman los lenguados.

Toda la noche habia estado ladrando, y cuando amaneció, la cama de la princesa estaba cerca de la costa. En aquel sitio habia un buen anciano, que habitaba solo una pequeña choza, á la cual no iba nunca nadie; era muy pobre, y habia prescindido completamente de los bienes de este mundo. Cuando oyó ladrar á Revoltoso sorprendiose, y creyendo que serian viajeros estraviados, salió á enseñarles caritativamente el camino; pero de repente ve á la princesa y Revoltoso flotando sobre la mar, y la princesa al verle gritó:—Buen viejo, salvadme, si no quereis que perezca aquí, pues hace dos dias que ando perdida por la mar.

Al oirla hablar tan tristemente le dió mucha lástima; volvió á entrar en su casa para coger un gancho largo; se metió en el agua hasta el pescuezo, á riesgo de ahogarse, y al fin logró trabar el lecho de la princesa y conducirle á la orilla. Rosita y Revoltoso se alegraron mucho de verse en tierra; ella dió las gracias al buen hombre, cogió la colcha, en la cual se envolvió, y con los piés descalzos entró en la cabaña: allí encendió fuego el viejo con paja seca, y sacó de su baul el mejor vestido de su difunta esposa, medias y zapatos, con lo cual se vistió la princesa. Vestida así de paisana estaba mas hermosa que el sol.

El viejo, que desde luego conoció que Rosita era una gran señora, porque las colchas de su lecho eran de oro y plata, y el colchon de raso, la rogó le contase su historia, prometiendo, si no queria, no decir una palabra á nadie. Ella se la contó toda, desde el principio hasta el fin, llorando mucho, pues seguia creyendo que era el rey de los pavos quien la habia mandado ahogar.—¡Cómo os compadezco, hija mia! dijo el viejo; vos sois una gran princesa, acostumbrada á los buenos manjares, y yo no tengo mas que pan negro y rábanos; vais á pasarlo muy mal; si quisierais guiaros por mí, iria yo á decir al rey de los pavos que estais aquí, y al veros de seguro se casaba con vos. —Ah! no, es un malvado, dijo Rosita, y me mandaria matar; si teneis un cestito le ataremos al pescuezo de mi perro, y muy desgraciada he de ser si no nos trae provisiones.

Dió el viejo un canastillo á la princesa, le ató al pescuezo de Revoltoso y le dijo:—Vete á la mejor olla de la ciudad, y traeme lo que hay dentro. Revoltoso marchó á la ciudad, y como no habia olla mejor que la del rey, entra en la cocina, descubre la olla, coge con mucha maña todo lo que contenia y vuelve á la cabaña. Rosita le dijo:—Vuelve á la despensa y traete lo mejor que encuentres. Revoltoso vuelve, entra en la despensa, coge pan blanco, vino moscatel y toda clase de frutas y dulces, con lo cual iba tan cargado que apenas podia andar.

Cuando quiso comer el rey de los pavos no habia nada ni en la cocina ni en la despensa; todo el mundo se miraba sin atreverse á proferir una palabra: el rey, horriblemente colérico, dijo:—Ya veo que no puedo comer; pero que esta noche se ponga el asador al fuego y que me sirvan buenos asados. Así que anocheció dijo la princesa á Revoltoso:—Vete á la ciudad y traeme unos cuantos asados. Revoltoso hizo lo que su ama le habia mandado, y no conociendo mejor cocina que la del rey, se entró en ella muy despacito, cuando los cocineros estaban de espaldas, cogió todo lo que habia en el asador (por cierto que tenia una escelente liac, y daba gana de comer solo verlo), y llevó lleno el cesto á la princesa; ella le volvió á enviar á la despensa, y volvió con todas las compotas y confituras del rey.

Como el rey tenia hambre, por no haber comido, quiso cenar temprano; mas como no habia nada, se enfadó terriblemente y se acostó sin cenar. Al dia siguiente al comer y al cenar sucedió lo mismo, de suerte que el rey estuvo tres dias sin comer ni beber nada, porque cuando se iba á sentar á la mesa se encontraba con que lo habian llevado todo. Muy afligido su confidente, temiendo la muerte del rey, se escondió en un rinconcito de la cocina con la vista fija sobre la olla que estaba hirviendo, y no quedó poco admirado al ver entrar muy despacio á un perrito verde, con una sola oreja, que destapaba la olla y echaba en el canastillo las viandas que contenia: siguiole para saber dónde iba, y habiéndole visto salir de la ciudad y entrar en casa del buen viejo, volvió á toda prisa á contárselo al rey.

Pasmado el rey de lo que oia, mandó que fuesen á buscar al perro. El confidente, para adular al rey, quiso ir él mismo en persona con unos cuantos arqueros. Llegaron y encontraron á la princesa y al viejo que estaban tomando el caldo del rey; prendiolos, incluso Revoltoso, los ató codo con codo y se los llevó.

Así que llegaron fuéron á avisárselo al rey, que dijo:—Mañana espira el sétimo dia concedido á esos embaucadores, con que moriran al mismo tiempo que los ladrones de mi comida; y dicho esto entró en su sala de justicia: el viejo, arrodillado, dijo que se lo iba á contar todo. Mientras hablaba no hacia el rey mas que mirar á la bella princesa, dándole lástima el verla llorar; pero cuando el buen hombre declaró que aquella era la princesa Rosita, á la cual habian arrojado al mar, á pesar de la debilidad que tenia por no haber comido en tres dias, dió tres saltos seguidos, la abrazó y la desató las cuerdas con que estaba sujeta, diciéndole que la amaba de todo corazon.

Fuese á buscar á los príncipes, los cuales, creyendo que era para hacerles morir, iban muy tristes y con la cabeza baja. Tambien fuéron á buscar á la nodriza y su hija. Al verse todos se reconocieron. Rosita saltó al cuello de sus hermanos, la nodriza, su hija y el barquero se pusieron de rodillas pidiendo gracia. Era tan grande la alegría del rey, que los perdonó: el buen viejo fué recompensado espléndidamente, quedando por toda su vida en palacio.

En fin, el rey de los pavos dió mil satisfacciones al rey y á su hermano, manifestándoles su dolor por haberles tratado tan mal. La nodriza devolvió á Rosita sus magníficos vestidos y su fanega de escudos de oro. Duraron las bodas quince dias, estando todo el mundo muy contento, incluso Revoltoso, que no comia ya mas que pechugas de perdiz.

MORALIDAD.

Siempre por la inocencia
vela de Dios la justa providencia.

EL PAJARO AZUL.

Una vez habia un rey muy rico en tierras y en dinero; pero de resultas de haber muerto su muger, quedó inconsolable. Encerrose ocho dias con sus noches en su gabinetito, en el cual se golpeaba la cabeza contra la paredes de afligido que estaba. Reuniéronse sus vasallos, y acordaron ir á verle y decirle lo que creyesen mas á propósito para mitigar su dolor. Los unos pronunciaron discursos graves y serios, otros los pronunciaron agradables y hasta alegres; pero ninguna impresion hacian sobre él, pues apenas oia lo que decian. Al fin se presentó delante de él una muger, tan cubierta de crespones negros, de velo, manto y vestido de luto, llorando y sollozando tan fuerte, que se quedó sorprendido. Le dijo que no trataba de consolarle como los otros, sino por el contrario, de aumentar su dolor, porque nada mas justo que llorar á una buena esposa; que ella, que habia perdido el mejor de los maridos, esperaba llorarle mientras le quedasen ojos en la cara; y en seguida redobló sus gritos, acompañada por el rey que se echó de nuevo á llorar.

Habiéndola recibido mejor que á los demás, la habló de las buenas cualidades de su querida difunta; ella encareció las de su querido difunto, y en fin, hablaron tanto y tanto que ya no sabian qué decir sobre su dolor. Cuando la viuda ladina vió casi agotada la materia, levantó un poco su velo, y el rey afligido, se distrajo mirando aquella pobre afligida que alzaba y bajaba muy á tiempo dos grandes ojos azules guarnecidos de largas pestañas negras. El rey considera con un poco mas de atencion su cutis, todavia bastante fresco; poco á poco empezó á hablar menos del de su muger, después ya no habló absolutamente de ella. La viuda decia que queria llorar toda su vida á su marido; el rey la rogó que no inmortalizase su pena. En resumidas cuentas, todo el mundo quedó asombrado al saber que se casaba con ella, y que lo negro se convertia en verde y color de rosa.

El rey no habia tenido de su primer matrimonio mas que una hija, que pasaba por ser la octava maravilla del mundo. Se llamaba Florina, porque se parecia á Flora por su frescura, su juventud y su belleza. Cuando el rey se volvió á casar no tenia mas que quince años.

La nueva reina envió á buscar á su hija, que se habia criado en casa de su madrina, la hada Sousio, sin que por eso fuera graciosa ni bella, pues aunque Sousio, que la queria entrañablemente, habia hecho lo que habia podido, nada habia conseguido. La llamaban Truchona, porque tenia el rostro salpicado de manchas encarnadas lo mismo que una trucha: sus cabellos negros eran tan grasientos y tan sucios, que no se les podia tocar sin mancharse, y su piel amarilla destilaba aceite. La reina, que la amaba con delirio, no hablaba mas que de la encantadora Truchona; y como Florina tenia una porcion de ventajas sobre ella, la reina se desesperaba, y procuraba por todos los medios que podia ponerla mal con el rey; pero la princesa, que era muy apacible y muy discreta, trataba de hacerse superior á este mal proceder.

Un dia dijo el rey á la reina que Florina y Truchona tenian ya suficiente edad para casarlas, y que era preciso dar una de las dos al primer príncipe que viniese á la corte.—Deseo, contestó la reina, que sea mi hija la primera que se case, por tener mas edad que la vuestra, y porque es mil veces mas amable; á lo cual replicó el rey que era dueña de hacer lo que quisiese.

Poco tiempo después se supo que estaba para llegar á la corte el rey Encantador. Ningun príncipe ha llevado mas allá la magnificencia, y su talento y su persona correspondian con su nombre. Cuando la reina lo supo, empleó á todos los bordadores y todos los sastres en hacer adornos para Truchona, y rogó además al rey que no hiciese nada nuevo á Florina; y habiendo ganado á sus doncellas, la robó todos sus vestidos, todos sus adornos, todos sus aderezos el dia mismo que llegó Encantador, de suerte que cuando quiso componerse no halló ni siquiera un lazo, teniendo que salir con un vestidito no muy limpio, lo cual le dió tanta vergüenza, que cuando llegó el rey Encantador se colocó en un rincon de la sala.

La reina le recibió con muchas ceremonias, le presentó á su hija, mas resplandeciente que el sol, y mas fea con todos sus adornos que solia estar ordinariamente con los vestidos de todos los dias. El rey separó la vista de ella: la reina, creyendo que le gustaba demasiado y que temia enamorarse, se la ponia continuamente delante. Habiendo preguntado si no habia otra princesa llamada Florina:—Sí, dijo Truchona mostrándosela con el dedo; es esa que se oculta por lo sucia y andrajosa que está; de lo cual Florina se ruborizó tanto y se puso tan bella, que el rey Encantador quedó deslumbrado. Se levantó, le hizo una profunda reverencia, y le dijo:—señora, vuestra incomparable hermosura os adorna demasiado para que necesiteis de ningun otro adorno estraño.—Señor, contestó ella, os confieso que estoy poco acostumbrada á llevar un vestido tan sucio como este, y os hubiera agradecido que no hubieseis reparado en mí.—Seria imposible, esclamó Encantador, que estando presente tan maravillosa princesa, se tuviesen ojos para mirar á otra.—Ah! dijo irritada la reina; estoy pasando el tiempo oyéndoos; pero creedme, señor, Florina es bastante coqueta, y tiene necesidad de que le digan tantas galanterías... Conociendo el rey Encantador los motivos que hacian esplicarse así á la reina, y poco acostumbrado por otra parte á violentarse, manifestó toda su admiracion por Florina, hablando con ella tres horas seguidas.

Desesperada la reina, é inconsolable Truchona por no haber obtenido la preferencia sobre Florina, se quejaron al rey, haciéndole consentir en que durante la permanencia del rey Encantador se la encerrase en una torre para que no la viera. En efecto, así que volvió á su cuarto, cuatro hombres enmascarados se apoderaron de ella y la llevaron á lo alto de la torre, dejándola allí en el mayor desconsuelo, porque bien conoció que procedian con ella así para impedirle agradar al rey, que ya le gustaba mucho á ella, y con quien hubiera querido casarse.

Ignorando el rey la violencia que habian cometido con la princesa, esperaba impaciente el momento de volverla á ver; quiso hablar de ella á los que para honrarle habia puesto á su lado el rey; pero advertidos por la reina, le dijeron de ella todo el mal que pudieron; que era coqueta é inconsecuente, de mal carácter, que atormentaba á sus amigos y á sus criados; que era puerca, y tan avara, que preferia andar vestida como una pastora á comprar ricas telas con el dinero que le daba su padre. Al oir esto, sufria horriblemente el rey Encantador y sentia accesos de cólera que apenas podia ocultar.—No, decia para sí, es imposible que el cielo haya encerrado un alma tan innoble en la obra maestra de la naturaleza: convengo en que no estaba demasiadamente limpia cuando la he visto, pero su rubor en aquel momento prueba que no está acostumbrada á verse así.

Mientras tanto la princesa, echada en el suelo del calabozo de aquella terrible torre, en que los hombres enmascarados la habian dejado, decia:—Menos digna de compasion seria si me hubiesen encerrado aquí antes de haber visto á este amable rey: su recuerdo no sirve mas que para aumentar mis penas. Es indudable que la reina me trata con este rigor para que no la vuelva á ver mas; y en seguida rompió á llorar tan amargamente, que su propia enemiga se hubiera apiadado de ella si la hubiera visto entonces.

Cuando Encantador pudo presentarse en el palacio del rey y la reina, se presentó en su habitacion, y esperando que Florina se hallaria allí, no hacia mas que mirar por todos lados por si la veia. Así que oia entrar á álguien en la cámara, volvia bruscamente la cabeza hácia la puerta: parecia inquieto y desazonado. La maliciosa reina conocia perfectamente lo que pasaba en su interior; mas aparentaba no haberlo reparado. Ella le hablaba de partidas, de placer, á lo cual contestaba él sin tino ni concierto; hasta que no pudiéndose contener, preguntó dónde se hallaba la princesa Florina.—Señor, le dijo con altanería la reina, su padre ha prohibido que salga de su habitacion hasta que esté casada mi hija.—¿Y qué razon puede haber, replicó él, para tener á esta bella princesa prisionera?—Lo ignoro, y aun cuando lo supiese, me creeria dispensada de decíroslo. Al oir esto el rey Encantador, dejó á la reina, pues no podia sufrir su presencia. Así que volvió á su cuarto, dijo á un príncipe jóven que le habia acompañado, y á quien queria mucho, que hiciese por ganar alguna de las doncellas de la princesa, á fin de poderle hablar un momento. No le fué difícil al príncipe encontrar damas en palacio que se hicieron las intermediarias, habiendo una que hasta le aseguró que aquella misma noche estaria Florina en una ventana baja que caia al jardin, y por la cual podria hablarle. Muy contento el príncipe de haber conducido tan bien el negocio, corrió á decírselo al rey, anunciándole la hora de la cita; pero la infiel confidenta se fué á advertir á la reina lo que pasaba y á tomar sus órdenes. Inmediatamente le ocurrió enviar á la ventana á su hija, instruyéndole antes de lo que habia de hacer, lo cual no olvidó Truchona, poniéndolo en práctica al pié de la letra, y eso que era naturalmente muy bestia.

Era tan oscura la noche, que no pudo el rey echar de ver el engaño, así que acercándose á la ventana trasportado de alegría, dijo á Truchona todo lo que hubiera dicho á Florina, para persuadirle de su pasion. Truchona, conforme á las instrucciones de su madre, le dijo que era la muger mas desgraciada del mundo, por tener una madrastra tan cruel, que no dejaria de maltratarla hasta que su hija estuviese casada. El rey le dijo que si queria ser su esposa, se tendria por muy feliz en dividir con ella su corona y su corazon; y diciendo esto, sacó un anillo de su dedo, y poniéndole en el de Truchona, añadió que era una prenda eterna de su fé, y que no tenia mas que señalar hora para su partida.

Así que la reina supo el éxito feliz de la entrevista, se prometió un no menos feliz resultado en el matrimonio de su hija. En efecto, concertado el dia para la fuga, fué el rey por ella en una silla volante, tirada por ranas alas, que le habia prestado un encantador amigo suyo. La noche era oscurísima; Truchona salió misteriosamente por una puertecita, y el rey, que la esperaba, la recibió en sus brazos, jurándole cien veces una fidelidad eterna; pero como no estaba de humor de seguir volando en su silla volante sin casarse con la princesa que tanto amaba, le preguntó dónde queria que se celebrase la boda. Ella dijo que teniendo por madrina una hada muy célebre, llamada Sousio, era de parecer que fuesen á su palacio. Aunque el rey no sabia el camino, no tuvo mas que decírselo á sus ranas, y estas, que conocian el *mapa mundi*, en muy poco tiempo llevaron al rey y á Truchona á casa de Sousio. El palacio se hallaba tan bien iluminado, que al llegar hubiera conocido el rey su error si la princesa no se hubiera tapado el rostro con el velo: preguntó por su madrina, le habló aparte, contándole cómo habia atrapado á Encantador, y le rogó procurase apiacarle.—¡Ay hija mia! dijo la hada, no será tan fácil como crees; quiere demasiado á su Florina, y estoy segura de que nos va á hacer desesperar. El rey la esperaba en una sala, cuyas paredes eran de diamantes, tan trasparentes, que vió á través de ellas á Sousio y Truchona hablando juntas: al verlas creyó estar soñando. —¡Cómo! decia él, ¿he sido vendido? ¿Han traido los demonios á esta enemiga de nuestro reposo? ¿Viene á turbar nuestra boda? ¡Mi querida Florina no parece! ¡Quizá la ha seguido su padre! Y empezaban á ocurrírsele mil cosas que le desolaban; pero lo peor fué cuando entraron en la sala y Sousio le dijo:—Rey Encantador, esta es la princesa Truchona, á la cual habeis dado vuestra fé; es mi ahijada, y deseo que os caseis con ella inmediatamente.—¡Yo, esclamó él, yo casarme con ese monstruo! es preciso que me creais bien dócil para atreveros á hacerme semejante proposicion: sabed que nada le he prometido, y que si dice otra cosa, miente.—No acabeis, interrumpió Sousio, y procurad no faltarme al respeto.—Consiento,

dijo el rey, en respetaros todo lo que se puede respetar á una hada, con tal que me volvais mi princesa.—¿Pues no lo soy yo, perjuro? dijo Truchona mostrándole su sortija. ¿A quién has dado este anillo como prenda de tu fé? ¿A quién has hablado en la ventana del jardin sino es á mí?—¡Cómo, replicó él, segun eso he sido embaucado, engañado! No pues, no seré el juguete de nadie. Ea, ea, ranas mias, ranas mias, quiero partir ahora mismo.

—¡Oh, dijo Sousio, no podreis hacerlo á no ser que lo consienta yo! y habiéndole tocado con una varita sus piés, se quedaron pegados al suelo como si los hubieran clavado en él.—Aunque me mataseis, le dijo el rey, aunque me desollaseis no seria de otra mas que de Florina; estoy decidido, y en este supuesto podeis usar de vuestro poder como os parezca. Sousio empleó alternativamente la dureza, las amenazas, las promesas y hasta las súplicas. Truchona lloró, gritó, gimió, se enfadó, se apaciguó; el rey no decia una palabra, y mirándolas á ambas con el aire mas indignado del mundo, no respondia nada á toda su palabrería.

Así pasaron veinte dias con sus noches sin que cesasen de hablar la princesa y su madrina, sin comer, dormir ni sentarse, hasta que al fin Sousio, cansada y no pudiendo resistir mas, dijo al rey:—Sois un terco que no quereis daros á la razon; pues bien, elegid entre siete años de penitencia por haber dado vuestra palabra y no cumplirla, ó de casaros con mi ahijada. El rey, que habia guardado un profundo silencio, esclamó de repente:—Haced de mi lo que querais con tal que quede libre de esta chabacana.—El chabacano sois vos, dijo Truchona colérica: en verdad que sois un gracioso reyezuelo, al venir con vuestro equipaje pantanoso á mi país para decirme injurias y faltar á vuestra palabra.—He aquí unos tiernos reproches, dijo el rey en tono burlon; ya veis que hace uno mal en no tomar por esposa á una muger tan bella.—No, no, no lo será, esclamó Sousio montada en cólera; no tienes mas que echarte á volar por esta ventana, si quieres, porque serás siete años Pájaro Azul.

Al mismo tiempo el rey muda de forma; sus brazos se cubren de plumas y se convierten en alas; sus piernas y sus piés se vuelven negros y pequeños; le crecen uñas engarabitadas; su cuerpo se achica; queda todo cubierto de largas plumas finas y pintadas de azul celeste; sus ojos se redondean y brillan como soles; su nariz no es mas que un pico de marfil; sobre su cabeza se ve un penacho blanco que forma una corona; canta que es un primor y baila lo mismo. Al verse metamorfoseado de este modo, lanza un grito doloroso y se marcha de un vuelo para huir del funesto palacio de Sousio.

En la melancolía que le abruma, salta de rama en rama, escogiendo los árboles consagrados al amor ó á la tristeza, ya sobre los mirtos, ya sobre los cipreses: canta aires lastimosos deplorando su mala fortuna y la de Florina. ¿En que sitio la han ocultado sus enemigos? decia. ¿Qué ha sido de esta hermosa víctima? ¿La barbarie de la reina la deja todavía vivir? ¿Dónde la buscaré? ¿Estoy condenado á pasar siete años sin verla? Quizá durante este tiempo la casarán y perderé para siempre la esperanza que sostiene mi vida. Todos estos distintos pensamientos afligian al Pájaro Azul de modo que queria dejarse morir.

La hada Sousio volvió á enviar á Truchona donde su madre, que estaba muy inquieta por no saber cómo habrian pasado las bodas; pero cuando vió á su hija, y le contó todo lo que acababa de suceder, poseida de cólera, cuyas consecuencias refluyeron sobre la pobre Florina, dijo: —Es preciso que se arrepienta toda su vida de haber sabido agradar á Encantador. Subió á la torre con Truchona, á quien habia adornado con sus mas ricos vestidos; llevaba una corona de diamantes en la cabeza, y tres hijas de los mas ricos barones del reino llevaban la cola de su manto real; llevaba en el dedo pulgar el anillo de Encantador, que Florina reparó el dia que hablaron juntos. Sorprendióse estraordinariamente al ver á Truchona con tan pomposo séquito, y la reina le dijo:—Aquí teneis á mi hija, que viene á traeros los presentes de su boda; el rey Encantador se ha casado con ella, la ama entrañablemente, y ella lo mismo á él, de modo que ambos son muy felices. En seguida presentan ante la princesa telas de oro y plata, aderezos, encajes y lazos, que iban en grandes azafates de filigrana de oro. Al presentarle todas estas cosas, Truchona tenia buen cuidado de ostentar el anillo del rey, de suerte que la princesa Florina, no pudiendo ya dudar de su desgracia, gritó desesperada que quitasen de su vista todos aquellos funestos presentes, que no queria vestir mas que de negro, ó mas bien, que solo queria morir. Dicho esto se desmayó, y la cruel reina, muy contenta por haber salido tan bien con su empeño, prohibió que le socorriesen, y dejándola sola en el estado mas deplorable del mundo, se fué á contar maliciosamente al rey que su hija se

hallaba tan perdidamente enamorada, que no habia estravagancia que no hiciese, y que era preciso no dejarla salir de la torre, El rey la dijo que podia manejar el negocio como le pareciese, pues él siempre estaria satisfecho de lo que ella hiciese.

Cuando la princesa volvió de su desmayo y reflexionó sobre la conducta que observaban con ella, en los malos tratamientos que recibia de su indigna madrastra, y en la esperanza que para siempre perdia de casarse con el rey Encantador, fué tan vivo su dolor que estuvo llorando toda la noche. En tal estado se asomó á la ventana lanzando tiernas y lastimeras quejas, y al amanecer se retiró, pero siempre llorando.

A la noche siguiente volvió á abrir la ventana, dando profundos suspiros y sollozos, y cuando vino el dia se retiró vertiendo un torrente de lágrimas. A todo esto el rey Encantador, ó por mejor decir, el hermoso Pájaro Azul, no cesaba de dar vueltas alrededor del palacio creyendo que su querida princesa estaria encerrada en él, y si ella exhalaba tristes quejas, las suyas no lo eran menos: acercábase á las ventanas lo mas que podia para mirar el interior de las habitaciones; pero el temor de que le viese Truchona, ó de que sin verle sospechase que era él, no le dejaba hacer todo lo que hubiera querido.—Me va en ello la vida, decia él; pero si descubriese esa mala princesa dónde estoy, como querria vengarse, me veria obligado ó á alejarme, ó á esponerme á mil peligros. Estas consideraciones le obligaron á ser muy comedido en sus investigaciones, así es que no cantaba mas que por la noche.

Frente por frente de la ventana en que se colocaba Florina, habia un ciprés de una altura prodigiosa, en el cual se posó por casualidad el Pájaro Azul. Apénas estuvo en él, cuando oyó á una persona que se quejaba diciendo:—¿Seguiré sufriendo por mucho tiempo? ¿No vendrá la muerte en mi auxilio? los que la temen la ven antes de lo que quisieran, y á mí que la deseo me huye la cruel. ¡Ah reina bárbara! ¿qué te he hecho para tenerme en tan horrorosa cautividad?

El Pájaro Azul no perdió una sola palabra de estas quejas. La curiosa ave no dejó de volver la noche siguiente: hacia una luna clarísima, y como todas las noches, una jóven fué á apoyarse en el alféizar de la ventana de la torre, y empezó á quejarse. Escuchábale el Pájaro Azul, y cuanto mas escuchaba mas se persuadia de que era su amable princesa la que se quejaba. Cuando ya estuvo seguro de ello dijo: —Florina, ¿por qué quereis concluir tan pronto vuestros dias? —¿Quién me dirige, esclamó ella, palabras de consuelo?—Un rey desgraciado, repuso el Pájaro, que no amará á nadie mas que á vos; y apenas habia acabado de decir estas palabras, echó á volar colocándose sobre la ventana. Al principio Florina tuvo mucho miedo de un ave tan estraordinaria, que hablaba como un hombre; pero al fin la belleza de su plumaje, y lo que le dijo la tranquilizó.—¿Quién sois, pájaro encantador? dijo la reina acariciándole.—Acabais de decir mi nombre, y fingís no conecerme.—¡Que! ¿el rey Encantador, dijo la princesa, será el hermoso pájaro que tengo entre mis manos?—¡Ay!

bella Florina, desgraciadamente es muy cierto, y si algo puede consolarme es que he preferido esta pena á la de renunciar al amor que os profeso.—¿Por mí? dijo Florina. ¡Ah! no trateis de engañarme; sé que os habeis casado con Truchona; he reconocido vuestro anillo en su dedo; la he visto adornada con los brillantes que le habeis regalado; ha venido á insultarme en mi triste prision cubierta de un manto real y con una rica corona en la cabeza, que habia recibido de vuestra mano, mientras que yo estaba cargada de fierros y cadenas. —¿Habeis visto á Truchona en este traje, replicó el rey, y ella y su madre se han atrevido á deciros que esas joyas se las habia dado yo? Sabed que abusando de vuestro nombre me comprometieron á robar á esa fea Truchona, pero así que conocí mi error, quise abandonarla y preferí ser Pájaro Azul siete años seguidos, á faltaros á la fidelidad que os habia consagrado.

Florina tenia tal placer en oir hablar al Pájaro Azul, que ya no se acordaba de las desgracias de su prision. Ya amanecia, la mayor parte de los oficiales estaban levantados, y todavía el Pájaro Azul y la princesa estaban hablando. Separáronse al fin con mucho sentimiento después de prometerse que todas las noches se verian y hablarian del mismo modo.

Al dia siguiente volvió el Pájaro Azul á su reino: se dirigió á su palacio, entró en su gabinete por un cristal roto, y llevó los mas ricos brazaletes que se han visto nunca.

A la otra noche, el Pájaro llevó á su bella princesa un reloj de un tamaño regular, hecho de una perla: el valor del trabajo escedia al de la materia.

Apenas amanecia, el Pájaro echaba á volar, y se iba al hueco de su árbol, en el cual se alimentaba con frutas; á veces cantaba unos aires tan lindos que su voz asombraba á los transeuntes; pues como le oian y no lo veian, creian que eran los espíritus, y esta opinion llegó á generalizarse tanto que nadie se atrevia á entrar en el bosque, con-

tándose aventuras fabulosas ocurridas en él, de modo que el terror general produjo la seguridad particular del Pájaro Azul.

No se pasaba dia sin hacer algun presente á Florina, ya un collar de perlas, ya sortijas de las mas ricas y mejor trabajadas, lazos de diamantes, punzones, ramilletes de piedras preciosas imitando el color de las flores, libros entretenidos, medallas; en fin, tenia una porcion de maravillosas riquezas, con las cuales no se adornaba mas que de noche para agradar al rey.

Dos años trascurrieron de este modo sin que Florina se quejase de su cautividad. La maliciosa reina, que tan cruelmente la trataba, hacia desesperados, pero inútiles esfuerzos por casar á Truchona; habia enviado embajadores á todos los príncipes que conocia, proponiéndosela por esposa, pero así que llegaban los despedian bruscamente.—Si se tratase de la princesa Florina, les decian, seríais perfectamente recibidos; pero lo que es Truchona, puede estar soltera toda su vida sin que nadie piense en ella. Cuando recibian estas noticias, trasmitidas fielmente por sus embajadores, la madre y la hija se encolerizaban terriblemente contra la inocente princesa á quien perseguian.—¿Qué, decian, á pesar de su cautividad esta muñeca nos trastorna nuestros planes siempre? No debemos perdonarle las malas pasadas que nos está haciendo; por fuerza tiene inteligencias secretas en los paises estranjeros. Por lo menos es reo de crímen de Estado; tratémosla como tal, y procuremos hacerla daño por todos los medios que esten á nuestro alcance.

Concluyen su infame conciliábulo á mas de media noche, y á pesar de lo avanzado de la hora resolvieron subir á la torre á interrogarla.

Hallábase á la ventana con el ámable Pájaro Azul, adornada con su pedrería, peinados sus hermosos cabellos con un esmero que no suelen tener las personas afligidas; su cuarto y su lecho estaban cubiertos de flores, y unas pastillas de España que acababa de quemar exhalaban el mas esquisito aroma. La reina escucha á la puerta creyendo oir cantar un dúo (porque Florina tenia una voz celestial), y la letra, que le pareció muy tierna, decia así:

¡Cuánta es nuestra desventura
solo nacida quizás
de adorarnos con ternura;
pero no ha de haber tortura
que nos separe jamás!

Algunos suspiros terminaron su pequeño concierto.

—¡Ay Truchona mia! estamos vendidas, esclamó la reina abriendo bruscamente la puerta y precipitándose en la cámara.

¿Qué hizo Florina al verla? Cerró violentamente la ventana para dar tiempo al Pájaro Real de escaparse, pues mas le ocupaba su conservacion que la suya propia; pero no se sintió con fuerzas para irse á pesar del peligro que corria de ser cogido y enjaulado, pues sus ojos penetrantes habian visto el peligro en que se hallaba la princesa; habia visto á la reina y á Truchona, y lo único que sentia era no hallarse en estado de defender á su amada. Acercáronse á ella hechas unas furias, diciéndola:—Se saben vuestras intrigas contra el Estado; no creais que vuestra clase os ponga á cubierto de los castigos que mereceis.—¿Y con quién, señora, fraguo esas intrigas? contestó la princesa. ¿No sois vos mi carcelera hace dos años? ¿He visto á otras personas que á las que me habeis enviado? La reina y su hija la examinaban, mientras hablaba, con una sorpresa sin igual; su admirable belleza y sus ricos adornos las deslumbraron.—¿Y de dónde os vienen, señorita, esas piedras que brillan mas que el sol? ¿Nos quereis hacer creer que hay minas en esta torre?—Todo lo que puedo deciros es que las he encontrado, dijo Florina. La reina la miraba con la mayor atencion por si podia penetrar lo que pasaba en su interior.—No nos engañais, dijo la reina; sabemos lo que haceis desde por la mañana hasta por la noche, y no ignoramos que os han dado todas esas alhajas con el único objeto de que vendais el reino de vuestro padre.—No hay duda que me hallo en estado de entregarle, respondió ella con una sonrisa desdeñosa; una princesa infortunada que se consume entre cadenas hace mucho tiempo, puede llevar á cabo con la mayor facilidad complóts de esa naturaleza.—¿Y para quién, dijo la reina, os habeis peinado como una coquetilla, teneis vuestra cama llena de aromas, y está, en fin, toda vuestra persona tan magnífica que ni en la misma corte habeis estado nunca tan peripuesta?—Como tengo tanto tiempo de sobra no es estraño que dedique algunos momentos á vestirme y componerme; pasó tantos llorando mis desventuras que no deben reprocharme estos.—Ea, veamos, dijo la reina, si esta inocente criatura ha hecho algun trato secreto con los enemigos; y empezó á buscar ella misma por todas partes, y registrando el jergon, que hizo desocupar de la paja, halló tan gran cantidad de diamantes, de perlas, de rubíes, de topacios y de esmeraldas, que no podia adivinar de dónde le habian venido. Decidida á poner en cualquier parte papeles que comprometiesen á la princesa, en un momento en que no la miraba iba á ocultarlos en la chimenea, pero afortunadamente el Pájaro Azul, que estaba posado encima, viendo mas que un lince y oyéndolo todo, esclamó:—Ten cuidado, Florina, porque tu enemiga quiere hacerte traicion. Esta voz inesperada espantó de tal modo á la reina, que no se atrevió á hacer lo que habia pensado.—Ya veis, señora, dijo la princesa, que los espíritus que andan por el aire me favorecen.—Yo creo, dijo la reina montada en cólera, que los demonios se interesan por vos; mas á su pesar vuestro padre sabrá hacer justicia.—Ojalá, señora, esclamó Florina, no tuviese que temer mas que el furor de mi padre, pero desgraciadamente el vuestro es mas terrible.

Turbada la reina con todo lo que acababa de ver y oir, celebró consejo acerca de lo que deberia hacer contra la princesa; pero habiéndole dicho que si algun encantador ó hada la habian tomado bajo su proteccion, no se haria mas que irritarlos atormentándola, siendo mucho mejor procurar descubrir su intriga; la reina aprobó la idea y envió á dormir al cuarto de la princesa una jóven que se hacia la inocente, con órden de decirle lo que pasaba. Pero era imposible caer en un lazo tan grosero, así que tomándola desde luego por lo que era, es decir, por una espía, la princesa sintió un vivo dolor.—¿Qué, decia, yo no podré hablar á este Pájaro tan querido? me ayudaba á soportar mis desgracias, yo aliviaba las suyas, nuestra ternura nos bastaba, y ahora ¿qué va á ser de él? ¿qué va á ser de mí? Y pensando en esto vertia torrentes de lágrimas.

No atreviéndose á asomarse á la ventana aunque le oia revolotear en rededor de ella, tenia vivos deseos de abrirle, pero temia esponer la vida de su querido Pájaro.

Un mes entero pasó sin asomarse á la ventana; el Pájaro Azul se desesperaba. ¡Qué quejas exhalaba! Nunca habia sentido como entonces los tormentos de la ausencia y de su metamorfosis; y buscando inútilmente remedio para uno y otro, después de calentarse en vano la cabeza, no encontraba alivio á sus males.

La espía de la princesa, que velaba hacia un mes dia y noche, al fin abrumada de sueño se durmió profundamente. Advirtiolo Florina, y abriendo su ventanita dijo:

Pájaro Azul, color de primavera,
torna, Pájaro Azul, á quien te espera.

El Pájaro oyó tan perfectamente estas palabras, que al momento fué á la ventana. ¡Qué alegría al volverse á ver! ¡Cuántas cosas tenian que decirse! Las espresiones de cariño y las protestas de fidelidad se renovaron una y mil veces: no habiendo podido menos la princesa de llorar, el Pájaro Azul la consoló como pudo. En fin, llegada la hora de separarse sin que se hubiese despertado la carcelera, se dieron un tierno adios y se despidieron hasta otro dia. Al siguiente volviose á dormir la espía, y la princesa corrió á la ventana diciendo como la primera vez.

Pájaro Azul, color de primavera,
torna, Pájaro Azul, á quien te espera.

Presentose en seguida el Pájaro, y la noche se pasó como la otra, sin ruido. Lisonjeábanse de que la vigilante tomaria tal gusto al sueño que se dormiria todas las noches, y efectivamente la tercera noche se pasó tambien con toda felicidad; pero la siguiente, habiendo sentido ruido la espía, escuchó disimuladamente, después miró, y á la claridad de la luna vió al mas hermoso Pájaro del universo, hablando con la princesa, acariciándola con la pata, picoteándola dulcemente: al fin, oyó parte de su conversacion, quedando muy admirada al ver que el Pájaro hablaba como un hombre, y que la bella Florina le contestaba con la mayor ternura.

Amaneció, despidiéronse, y como si hubiesen tenido un presentimiento de su próxima desgracia se separaron muy tristes. La princesa se echó sobre su lecho bañada en lágrimas, y el rey volvió al hueco de su árbol. Así que amaneció se levantó su carcelera y se fué á contar á la reina todo lo que habia visto y oido. La reina envió á buscar á Truchona y sus confidentes, y después de discutir largo rato convinieron en que el Pájaro Azul era el rey Encantador.—¡Qué afrenta, esclamó la reina, qué afrenta, Truchona mia: esta insolente princesa á quien yo creia tan afligida, gozaba tranquilamente de las dulces conversaciones de nuestro ingrato! Ah! he de tomar una venganza tan sangrienta que se hable por mucho tiempo de ella! Truchona le suplicó que no perdiese un momento.

La reina volvió á enviar á la espía á la torre, advirtiéndole no manifestase curiosidad ni sospechas, fingiéndose mas dormida que otras veces. Efectivamente se acostó muy temprano, roncó lo mejor que supo, y la pobre princesa, engañada, abrió la ventana diciendo:

Pájaro Azul, color de primavera,
torna, Pájaro Azul, á quien te espera.

Pero en vano le llamó toda la noche, pues no pareció. La malvada reina habia mandado atar á los cipreses espadas, cuchillos, navajas de afeitar y puñales, así que cuando fué volan do á posarse en ellos, estas armas mortíferas le cortaron las alas, hasta que al fin con mil trabajos pudo volverse á su árbol, mal herido y dejando un largo rastro de sangre.

¿Dónde estabais, bella princesa, que no aliviabais al Pájaro Real?

Pero hubiera muerto de pena si le hubiese visto en un estado tan deplorable: persuadido de que era Florina la que le habia jugado tan mala pasada, no se cuidaba de su vida, y abrumado por tan funestas ideas, resolvió dejarse morir.

A todo esto su amigo el encantador, que vió llegar las ranas voladoras con el carro, inquieto acerca de lo que podia haber sucedido al rey, recorrió ocho veces toda la tierra buscándole, sin haber podido encontrarle. Dando la novena vuelta acertó á pasar por el bosque en que se hallaba, y segun el plan que se habia trazado, tocó el cuerno un gran espacio de tiempo y después gritó con toda su fuerza cinco veces:—Rey Encantador, rey Encantador, ¿dónde estais? El rey, que reconoció la voz de su mejor amigo, le contestó:—Acercaos á este árbol y contemplad al rey que tanto quereis nadando en su sangre. Sorprendido el encantador, miraba por todas partes sin ver nada.—Soy Pájaro Azul, añadió el rey con una voz débil y lánguida. Con esta advertencia ya le encontró fácilmente el encantador en su nidito. Cualquiera se hubiera admirado mas que él de la metamorfosis; pero como conocia perfectamente todos los secretos del arte nigromántico, con unas cuantas palabras detuvo la sangre que seguia corriendo cuando él llegó, y con unas yerbas cogidas en el bosque y sobre las cuales dijo dos palabras del libro de los encantos, le curó tan bien como si en su vida hubiera estado herido.

El Pájaro Real, desesperado, rogó á su amigo le llevase á su casa y le encerrase en una jaula para libertarle de las uñas del gato y de cualquiera otra arma mortífera.—Pero, le dijo el encantador, permanecereis aun por espacio de cinco años en un estado tan deplorable y tan inconveniente para vuestros negocios y vuestra dignidad, porque teneis enemigos que sostienen que habeis muerto queriendo invadir vuestro reino, y me temo mucho que le perdais antes de recobrar vuestra primera forma.—¿No podria, replicó él, irme á mi palacio y gobernar lo mismo que antes?—¡Oh! es muy difícil, contestó su amigo, porque muchos que obedecen con gusto á un hombre, no obedecerian á un papagayo, y no faltaria quien respetandoos y temiendoos como rey rodeado de fausto y pompa, os desplumaria sin piedad al veros pajarito.—¡Ah! brillante estaria, esclamó el rey, y aunque nada significa para el mérito y la virtud, no deja de tener su lado engañoso, del cual no siempre puede uno defenderse; pues bien, seamos filósofo, despreciemos lo que no podemos conseguir.—No me rindo tan pronto, dijo el mágico: todavia espero encontrar algun buen espediente para restituiros á vuestra primitiva forma.

Florina, la triste Florina, desesperada de no ver al rey, pasaba los dias y las noches á la ventana llamando siempre á su amante.

La presencia de la espia ya no era un obstáculo, pues era tal su desesperacion que habia prescindido de toda clase de precauciones.—¿Qué ha sido de vos, rey Encantador? esclamaba ella. ¿Os han hecho sentir nuestros enemigos los efectos de su rabia? ¿os han sacrificado á sus iras? ¡Ay! ¿Acaso habeis dejado de existir? ¿estoy condenada á no volveros á ver? ¿ó cansado de mis desgracias me habeis abandonado al rigor de mi mala estrella? La princesa abatida, enferma, flaca y enteramente cambiada, apenas podia tenerse en pié; no era estraño, pues estaba persuadida de que habian sucedido al rey todas las desgracias imaginables.

La reina y Truchona triunfaban: el placer de la venganza habia escedido al sentimiento de la ofensa. Sin embargo, el padre de Florina, que era muy viejo, cayó enfermo y murió. La fortuna de la malvada reina y de su hija cambió de aspecto. Consideradas como favoritas que habian abusado de su favor, el pueblo amotinado se fué á palacio pidiendo á Florina y reconociéndola por su soberana. Irritada la reina se presentó en su balcon amenazando á los amotinados. En esto la sedicion se hizo general; derriban las puertas de su habitacion, la saquean, y la matan á pedradas. Truchona, que no corria menos riesgo que su madre, logró escaparse y huir á casa de su madrina Sousio.

Reuniéronse en seguida los grandes del reino, y subieron á la torre, en que se hallaba la princesa muy mala. Como ignoraba la muerte de su padre y el suplicio de su enemiga, al oir tanto ruido, creyó que iban á buscarla para hacerla morir, lo cual no la asustó, pues odiaba la vida desde que habia perdido al Pájaro Azul. Pero sus vasallos le participaron, arrojándose á sus piés, el cambio que se acababa de verificar en su fortuna. En seguida la cogieron, la llevaron á su palacio y la coronaron.

Los auxilios que le prodigaron, y el deseo que tenia de ir á buscar al Pájaro Azul, contribuyeron á restablecerla pronto. Así que se sintió con fuerza nombró un consejo que en su ausencia gobernase el reino, y reuniendo una gran cantidad de piedras preciosas, partió una noche enteramente sola, sin que nadie supiese dónde iba.

El hechicero que protegia al rey Encantador, no teniendo bastante poder para destruir lo que habia hecho Sousio, habiéndole ocurrido ir á buscarla y proponerle una transaccion en virtud de la cual devolviese al rey su forma natural, tomó las ranas y voló á casa de la hada, que á la sazon estaba hablando con Truchona.

De un encantador á una hada no va nada. Se conocian hacia quinientos ó seiscientos años, en cuyo espacio habian estado unas veces bien y otras mal; así que le recibió perfectamente.—¿Qué quiere mi compadre? dijo ella (así se llaman todos entre sí); ¿puedo hacer algo en su favor?—Sí, comadre, dijo el mágico; podeis todo lo que yo deseo: se trata de mi mejor amigo, de un rey á quien habeis hecho desgraciado.—¡Ah, ah! ya comprendo, compadre, esclamó Sousio; lo siento mucho, pero no espereis gracia para él mientras no venga á casarse con mi ahijada. Aquí la teneis, tan bella y tan linda como podeis ver.

El encantador quedó mudo de sorpresa al ver la fealdad de Truchona: no se resolvió sin embargo á irse sin hacer algo en favor de su protegido, porque desde que se hallaba en la jaula habia corrido mil peligros. Una vez se rompió el clavo de que estaba colgada la jaula, se cayó y quedó bastante mal parada su majestad plumífera, pues Minino, que se hallaba por casualidad allí cuando sucedió este accidente, le dió una uñada en un ojo, de lo que por poco queda tuerto. Otra vez se olvidaron darle agua y estuvo para tener pepita. Otra, un bribonzuelo de un mono que se habia escapado le agarró las plumas al través de los alambres de la jaula, tratándole como hubiera tratado á un grajo ó un mirlo. Y lo peor de todo era que estaba espuesto á perder su reino, porque sus herederos discurrian todos los dias nuevas tretas para probar que habia muerto. Al fin el mágico convino con su comadre Sousio en llevarse á Truchona al palacio del rey Encantador, en el cual estaría unos meses, durante los cuales se resolveria á casarse con ella y le devolvería su verdadera forma, salvo el restituirla á la de pájaro si no queria casarse.

Dió la hada vestidos de oro y plata á Truchona, y haciéndola montar á las ancas de un dragon detrás de ella, se trasladaron al reino de Encantador, que acababa de llegar á él con su fiel amigo el mágico Con tres golpes de varita se vió el mismo que habia sido, hermoso, amable, discreto y magnífico; pero bien caro compraba el tiempo que le cercenaban de su penitencia, pues la sola idea de casarse con Truchona le hacia temblar. El encantador le decia para convencerle las mejores razones que le ocurrian, las cuales no hacian gran impresion en él, y menos le preocupaba el gobierno de su país, que el matrimonio con Truchona, cuya realizacion procuraba dilatar todo lo posible.

Mientras tanto la reina Florina, disfrazada de paisana, con los cabellos tendidos y despeinados para ocultar su rostro, emprendió su viaje sola y á pié. Andaba todo lo de prisa que podia; pero no sabiendo dónde dirigir sus pasos, temia ir por un lado, mientras su amable rey estaria por otro. Un dia que se habia parado á orillas de una fuente cuyas plateadas aguas saltaban sobre las piedras, se le ocurrió lavarse los piés, y al efecto se sentó sobre el césped, recogió sus rubios cabellos con una cinta, y metió sus piés en el arroyo, de modo que se parecia á Diana bañándose después de cazar. Acertó á pasar por aquel sitio una viejecilla encorvada y apoyada en un palo, la cual se detuvo diciéndole:—¿Qué haceis aquí, hija mia, tan sola?—Mi buena madre, no estoy tan sola como os parece, pues me acompañan las penas, las inquietudes y los disgustos, contestó bañada en lágrimas la reina.—¡Cómo! ¿tan jóven y llorais? dijo la buena muger. Ea, hija mia, no os aflijais; decidme francamente la causa de vuestro dolor y yo procuraré aliviaros. La reina le contó todas sus penas, la conducta observada por Sousio, y le dijo que buscaba al Pájaro Azul.

La viejecilla se endereza, cambia repentinamente de rostro, se presenta hermosa, jóven, magníficamente vestida, y mirando á la reina con una sonrisa de benevolencia, le dice:—Incomparable Florina, el rey que buscais ha dejado de ser pájaro; mi hermana Sousio le ha devuelto su primitiva forma, y está en su palacio; no os aflijais, pues llegareis allá y conseguireis vuestro objeto. Aquí teneis cuatro huevos, que cascareis cuando os halleis apurada, encontrando en ellos el socorro á vuestra necesidad del momento. Y dichas estas palabras desapareció.

Muy consolada Florina con lo que acababa de oir, metió los huevos en su saco, y dirigió sus pasos al reino de Encantador.

Después de haber andado ocho dias con sus noches sin parar, llegó al pié de una montaña estraordinariamente alta, toda de marfil, y tan pendiente, que no se podia poner los piés en ella sin caerse. Hizo mil tentativas, pero todas inútiles, pues siempre se resbalaba. Cansada y desesperada al encontrarse con este obstáculo insuperable, se tendió al pié de la montaña, decidida á dejarse morir allí, cuando se acordó de los huevos que le habia dado la hada, y tomando uno, dijo:—Veamos si se ha burlado de mí, prometiéndome el socorro de mis necesidades. Así que le rompió, se encontró con grapas de oro, con las cuales, sujetas á sus piés y sus manos, subió la montaña sin dificultad, porque las grapas, penetrando en el marfil, le impedian resbalar. Cuando estuvo arriba, se encontró con nuevos inconvenientes para bajar, pues todo el valle estaba convertido en un espejo de hielo; alrededor habia sesenta mil mugeres, que se estaban mirando muy contentas; y digo sesenta mil, porque el espejo tenia mas de dos leguas de ancho y seis de largo. Cada una se veia tal como deseaba ser. La roja parecia rubia, la morena tenia los cabellos negros, la vieja creia ser jóven, la jóven no envejecia nunca; en fin, todos los defectos estaban tan bien disimulados, que venian á mirarse en

él de las cuatro partes del mundo. Era cosa de morirse de risa el ver los gestos y las monadas que hacian la mayor parte de estas coquetas. Tambien el espejo agradaba á los hombres, pues á los unos les reflejaba sus hermosos cabellos, á los otros mas altos, mejor formados, con el aire mas marcial y mas guapos. Las mugeres, de quienes ellos se burlaban, no se burlaban menos de ellos; de modo que llamaban á esta montaña con distintos nombres. Como nadie habia llegado nunca á su cima, al ver las mugeres á Florina lanzaron gritos de desesperacion.—¿Dónde va esa aturdida? decian, sin duda va á tener la ocurrencia de andar por cima de nuestro espejo: al primer paso que dé le va á hacer pedazos. Y diciendo estas y otras cosas, metian un ruido espantoso.

No sabiendo cómo componérsela reina, porque veia un gran peligro en bajar por allí, rompio otro huevo, del cual salieron dos pichones y un carrito, que se hizo suficientemente grande para colocarse en él con comodidad, y en seguida los pichones bajaron suavemente con la reina, sin sucederles ningun contratiempo.—Amigitos mios, les dijo, si quisieseis llevarme á la corte del rey Encantador, os lo agradeceria infinito. Los pichones, muy políticos, muy atentos y muy obedientes, no pararon de dia ni de noche hasta llegar á las puertas de la ciudad. Florina se apeó y les dio á cada uno un tierno beso, mas apreciable para ellos que una corona.

¡Cómo le latia el corazon al entrar! Tiznose el rostro para que no la conocieran, y preguntó á los transeuntes dónde podria ver al rey, á lo cual le contestaban:—¡Ver al rey! ¿y qué le quereis, señora fregona? Ve, ve á lavarte; tus ojos son indignos de ver á semejante monarca. Nada contestó la reina, alejose, y volvio á preguntar á los que encontraba dónde se colocaria para ver al rey.—Mañana, le dijeron, debe venir al templo, porque al fin consiente en casarse con Truchona.

¡Cielos! ¡Qué noticias! Truchona, la indigna Truchona estaba para casarse con el rey! Al oirlo Florina creyó morir, no tuvo fuerzas para hablar ni para andar, y sentándose en una piedra, cubierta bajo sus cabellos y su sombrero de paja, decia:—¡Infortunada de mi! vengo aquí á contribuir al triunfo de mi rival, y á presenciar su satisfaccion. Es decir que por ella dejó de verme el Pájaro Azul. Por ese monstruo cometia la mas cruel de las infidelidades, mientras que abrumada de dolor no pensaba mas que en él.

Como cuando se está muy afligido no se suele tener apetito, la reina se alojó en una cabaña, y se acostó sin cenar. Levantose al amanecer y se fué al templo, en el cual no consiguió entrar sino después de sufrir mil sofiones de los guardias y los soldados. Vió el trono del rey y el de Truchona, que consideraban ya como la reina. ¡Qué dolor para una persona tan tierna y tan delicada como Florina! Acercose al trono de su rival, y esperó de pié apoyada contra un pilar de mármol.

El rey llegó primero, mas hermoso y mas amable que nunca; en seguida se presentó Truchona, magníficamente vestida, pero tan fea que daba miedo verla. Miró á la reina frunciendo las cejas, y le dijo: —¿Quién eres tú para atreverte á acercar á mi escelente figura?—Yo me llamo Mama-Puerca, respondió ella, y vengo de muy lejos para venderos preciosidades; y metiendo la mano en su saco, presentó los brazaletes que le habia dado el rey Encantador.—¡Oh! ¡oh! dijo Truchona, son unas cosas de cristal muy lindas; ¿quieres cinco sueldos por ellas?—Enseñádselas, señora, á los inteligentes, dijo la reina, y después nos ajustaremos. Truchona, que amaba al rey con mas ternura de la que se hubiese creido capaz á semejante bicho, muy contenta de hallar una ocasion de hablarle, se adelanta hasta su trono y enseñándole los brazaletes le rogó le diese su parecer acerca de su valor. Al ver aquellos brazaletes se acordó de los que habia dado á Florina, palideció, suspiró y estuvo mucho tiempo sin contestar, hasta que temiendo que se apercibiesen de lo que pasaba en su interior, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y dijo:—Estos brazaletes, á mi entender, valen tanto como mi reino; yo creia que no habia mas que unos en el mundo; pero ya veo que hay otros iguales.

Volviose Truchona á su trono, en el cual parecia una ostra dentro de su concha, y preguntó á la reina cuánto queria, sin regatear, por los brazaletes.—Con dificultad podriais pagármelos, señora, dijo ella, así voy á proponeros un trato. Si consentís en dejarme dormir una noche en el gabinete de los Ecos que está en el palacio del rey, os daré los brazaletes. Desde luego acepto, Mama-Puerca, dijo Truchona riéndose como una perdida.

El rey no preguntó de dónde procedian los brazaletes, menos por indiferencia hácia la que se los presentaba, que por la repugnancia invencible que sentia hácia Truchona. Debemos decir, que mientras el rey era Pájaro Azul, habia contado á la princesa que bajo su habitacion habia un gabinete, llamado de los Ecos, construido con tal artificio, que todo lo que se decia en él, por muy bajo que fuese, lo oia el rey cuando estaba acostado en su cámara; y como Florina queria echarle en cara su infidelidad, no se le habia ocurrido medio mejor para hacerlo que este.

Apenas la llevaron al gabinete por órden de Truchona, empezó sus quejas y sus lamentos.—¡La desgracia de que yo queria dudar no es sino muy cierta! decia ella. ¡Cruel Pájaro Azul, me has olvidado, y amas á mi indigna rival! Los brazaletes que recibí de tu mano desleal no han podido despertar tus recuerdos hácia mí. Los ayudas de cámara, que la habian estado oyendo toda la noche gemir y suspirar, se lo dijeron á Truchona, quien le preguntó qué batahola era la que habia metido. La reina le dijo que cuando dormia solia soñar alto. En cuanto al rey, por una estraña fatalidad, no la habia oido, pues no pudiendo dormir desde que habia amado á Florina, así que se metia en la cama, para poder descansar algo tomaba opio.

La reina pasó parte de la noche en una cruel inquietud.—Si me ha oido, decia ella, ¿puede darse mayor indiferencia? y si no me ha oido, ¿qué haré para que me oiga? Y no teniendo ninguna rareza estraordinaria, pues aunque las piedras preciosas son siempre bellas, necesitaba una cosa que llamase la atencion de Truchona, recurrió á sus huevos. Cascó uno, y en seguida salió de él una carrocita de acero bruñido, guarnecido de oro, tirada por seis ratones verdes, conducidos por un raton color de rosa: el postillon, que tambien pertenecia á la familia ratonil, era pardo rojizo. Dentro de la carroza habia cuatro figuritas de movimiento, mas vivarachas y habladoras que las que se ven en las ferias de San German y San Lorenzo: hacian cosas sorprendentes, en particular dos gitanillas, que para bailar la zarabanda y el pas-pié se pintaban solas.

Muy contenta la reina con esta nueva obra maestra del arte nigromántico, no dijo una palabra: esperó hasta la tarde, que era la hora en que salia á paseo Truchona, y se colocó en una calle de árboles haciendo galopar sus ratones, que arrastraban la carroza, los ratoncillos y las figuritas de movimiento. Esta curiosidad sorprendió tanto á Truchona, que esclamó dos ó tres veces:—Mama-Puerca, Mama-Puerca, ¿quiéres cinco sueldos por tu carroza y su tiro ratonífero.—Preguntad á los letrados y á los doctores de este reino, dijo Florina, lo que puede valer semejante maravilla, y me contentaré con la tasacion del mas sabio. Truchona, que era déspota en todo, le replicó:—Sin importunarme por mas tiempo con tu sucia persona, dime el último precio.—Dormir otra vez en el gabinete de los Ecos, dijo ella, es lo único que quiero.—Está bien, por lo tanto, replicó Truchona, consiento; y volviéndose á sus damas:—¡Vaya una criatura sucia, que tan poco partido saca de sus mercancías!

Llegó la noche, y Florina dijo todo lo que le ocurrió de mas tierno; pero tan inútilmente como la primera vez, porque el rey no dejaba ninguna noche de tomar opio. Con mucha impaciencia esperaba el dia para ver qué efecto habian producido sus palabras; pero ¡ay! sucedió ni mas ni menos que la vez anterior. No teniendo ya mas que un huevo en su saco, le rompió, y de él salió un pastel de seis pájaros cocidos y perfectamente condimentado, y que sin embargo cantaban admirablemente, decian la buenaventura, y sabian mas medicina que Esculapio. Encantada la reina al ver una cosa tan admirable, se fué á colocar con su pastel parlante en la antecámara de Truchona.

Esperando que pasase, se le acercó uno de los ayudas de cámara del rey y le dijo:—Mama-Puerca, ¿sabeis que si el rey no tomase opio para dormir no le dejaríais pegar los ojos? porque la verdad es que charlais por la noche de una manera sorprendente. Florina comprendió por qué no habia sido oida, y metiendo la mano en su saco le dijo:—Estoy tan segura de no turbar el sueño del rey, que si quereis no darle opio esta noche, en el caso de que yo duerma en el mismo gabinete, todas estas perlas y todos estos diamantes son para vos. El ayuda de cámara consintió, y le dió su palabra de hacerlo así.

De allí á poco llegó Truchona, y viendo la reina que fingió querer comerse su pastel, le dijo:—¿Qué haces ahí, Mama-Puerca?—Señora, contestó Florina, estoy comiendo astrólogos, músicos y médicos: y al mismo tiempo se ponen á cantar como sirenas; después esclaman:—Dad la moneda blanca, y os diremos vuestra buenaventura. Un ganso, que dominaba, dijo mas alto que los demas:—Can, can, can, yo soy médico, curo todos los males y todas las locuras, escepto la de amor. Truchona, mas sorprendida de tantas maravillas que lo habia estado en su vida, dijo:—¡Vaya un pastel estraordinario! Quiero poseerle: ea, ea, Mama-Puerca, ¿cuánto quieres por él?—El precio de costumbre, contestó ella; dormir en el gabinete de los Ecos. —Consiento, dijo Truchona; y además toma (porque estaba de buen humor), aquí tienes una pistola. Florina, mas contenta que nunca, porque esperaba que el rey la oyese, se retiró dándola las gracias.

Así que anocheció se hizo conducir al gabinete, y cuando conoció que todo el mundo estaria ya dormido, empezó sus quejas como las otras veces.—¿A cuántos peligros me he espuesto, decia, por buscarte, mientras tú huyes de mí? ¿Qué te he hecho, cruel, para olvidar así tus juramentos? Acuérdate de tu metamorfosis, de mis finezas y de nuestras conversaciones.

El rey, que no dormia aquella noche, oia tan distintamente la voz de Florina y todas sus palabras, que no podia comprender de dónde venian; pero su corazon, que rebosaba de ternura, le recordó de tal modo la idea de su incomparable princesa, que empezó á sentir su separacion con el mismo dolor que cuando los cuchillos le habian herido en

el ciprés; así es que se puso á hablar como habia hecho la reina. —¡Ah, princesa! ¿Es posible que me hayais sacrificado á nuestros enemigos? Florina, que oyó lo que decia, le respondió que si queria hablar un rato con Mama-Puerca, sabria una porcion de misterios que no habia podido penetrar hasta entonces. A estas palabras el rey, impaciente, llamó á uno de sus ayudas de cámara, y le preguntó si podria encontrar á Mama-Puerca, y llevársela; á lo cual contestó el ayuda de cámara, que nada mas fácil, puesto que dormia en el gabinete de los Ecos.

El rey no sabia qué pensar. ¡Cómo creer que tan gran reina como Florina estuviese disfrazada de Puerca! ¡Y cómo creer que Mama-Puerca tuviese la voz de la reina y supiese secretos tan íntimos á no ser ella misma! En esta incertidumbre se levantó, y vistiéndose precipitadamente bajó por una escalera secreta al gabinete de los Ecos.

Encontró á la reina con vestido de tafetan blanco, que llevaba bajo sus andrajos; sus hermosos cabellos cubrian sus espaldas; estaba echada sobre una otomana, y una lámpara algo distante lanzaba una luz incierta. Al reconocerla el rey se arrojó á sus piés.

La reina no se quedó menos turbada que él; se le oprimió el corazon y apenas podia respirar; miraba al rey de hito en hito sin decirle una palabra, y cuando tuvo fuerza suficiente para hablarle, no la tuvo para hacerle ningun reproche; el placer de volverle á ver le hizo olvidar por algun tiempo los motivos de queja que creia tener contra él. Al fin se esplicaron, se justificaron mutuamente, y ya lo único que los inquietaba era la hada Sousio.

Pero en este momento el encantador amigo del rey llegó con una hada famosa, que era precisamente la que dió los cuatro huevos á Florina. Después de los cumplimientos de ordenanza, el encantador y la hada les dijeron que habiendo unido su poder en favor del rey y de la reina, era impotente la mala voluntad de Sousio contra ellos, y así que podian casarse sin dilacion.

Fácil es figurarse la alegría de los dos jóvenes amantes. Así que amaneció se divulgó por todo el palacio, y todo el mundo estaba muy contento al ver á Florina. Estas noticias llegaron á oidos de Truchona, que corrió á la habitacion del rey; pero ¡cuál fué su sorpresa al encontrar allí á su bella rival! Quiso llenarla de injurias, mas presentándose el encantador y la hada antes de que abriera la boca, la trasformaron en marrana para que le quedase parte de su genio gruñon; huyó gruñendo hasta el corral, donde la burla que le hicieron acabó de desesperarla.

Libres el rey Encantador y la reina Florina de tan odiosa persona, ya no pensaron mas que en las fiestas de sus bodas. En ellas la elegancia compitió con la magnificencia, y fácil es calcular su felicidad por las desgracias que habian sufrido.

MORALIDAD.

Solo se juntan bien los corazones
con lazo de pasiones:
vínculo de caprichos é intereses,
solo produce males y reveses.

LA GATA BLANCA.

Una vez habia un rey que tenia tres hijos buenos mozos y valientes. Temiendo que les entrase deseo de reinar antes de su muerte, pues corrian rumores de que trataban de adquirir partidarios con objeto de quitarle su reino, el rey, decimos, que aunque viejo conocia que su talento y su capacidad no habian disminuido, y que por lo mismo no pensaba en darles un cargo que tan dignamente desempeñaba, discurrió que el medio mas seguro de vivir tranquilo era entretenerlos con promesas, cuyo cumplimiento sabria eludir cuando llegase el caso.

Llamoles pues á su gabinete, y después de haberles hablado con mucho agasajo, añadió:—Convendreis conmigo, mis queridos hijos, en que mi avanzada edad no me permite dedicarme á los negocios de mi Estado con tanto cuidado como antes: temiendo que mis vasallos se resientan de esto, quiero abdicar la corona en uno de vosotros; pero como es justo que en cambio de un presente de tanto precio, trateis por todos los medios que esten á vuestro alcance de agradarme; decidido como estoy á retirarme al campo, me parece que un perrito listo, bonito y fiel seria muy de mi gusto para hacerme compañía; así que sin preferir el primogénito al menor, os advierto que aquel de los tres que traiga el mas hermoso perrillo, será mi heredero. Sorprendidos quedaron los tres príncipes de la inclinacion de su padre por un perrito; pero los dos menores, que podian calzarse la corona sin derecho, aceptaron gustosos la comision de buscar uno: el primogénito era demasiado tímido ó demasiado respetuoso para hacer valer sus derechos: así que despidiéronse del rey, quien les dió dinero y piedras preciosas, diciéndoles que volviesen dentro de un año sin falta el mismo dia y á la misma hora, trayéndoles sus perritos.

Antes de partir se fuéron á un palacio distante una legua de la corte, en el cual dieron espléndidos banquetes jurándose una amistad eterna. Al fin marcharon quedando convenidos en que á la vuelta se reunirian en el mismo palacio para ir juntos al palacio del rey; y como querian viajar de incógnitos, mudaron sus nombres por otros.

Cada uno tomó distinto camino. A los dos mayores les sucedieron várias aventuras; pero yo solo contaré las del menor. Era gracioso, de genio alegre y divertido; tenia una cabeza admirable, un talle esbelto, las facciones regulares, dientes pequeños y mucha destreza en todos los ejercicios propios de un príncipe. Cantaba admirablemente, tocaba el laud y la tiorba con una delicadeza encantadora, pintaba: en una palabra, era un muchacho cumplido, y valiente hasta la temeridad.

No pasaba dia en que no comprase algun perro, grandes y pequeños, lebreles, dogos, sabuesos, de caza, falderos, de aguas; cuando tenia uno hermoso y se hacia con otro mas hermoso, dejaba el primero y se quedaba con el último, pues le hubiera sido imposible á él solo llevar treinta ó cuarenta mil perros, y él no queria gentileshombres, ni ayudas de cámara, ni pajes, ni comitiva de ninguna especie. No habiendo decidido dónde ir, seguia su camino á la ventura, cuando le sorprendieron la noche, los truenos y la lluvia en medio de una selva cuyas sendas le era imposible reconocer.

Tomó el primer camino que se le presentó, y después de caminar largo rato, viendo un poco de luz, se dirigió á ella, y llegó á la puerta del palacio mas magnífico que se ha visto. La puerta era de oro cubierta de carbunclos, cuya luz clara y trasparente iluminaba todas las cercanías, siendo la que habia visto el príncipe desde lejos. Las paredes eran de una porcelana trasparente, pintada de varios colores, que representaban la historia de todas las hadas desde la creacion del mundo hasta entonces. Allí estaban las famosas aventuras de Piel de Asno, de Fineta, del Naranjo, de Gracioso, de la Bella durmiente, del Bosque de Serpentina verde, y otras. Alegrose mucho al ver allí al príncipe Duende, porque era tio suyo el rey de Bretaña.

Volvió á la puerta de oro, y vió un pié de cabrito atado con una cadena de diamantes.

Tiró del pié de cabrito, y en seguida oyó tocar una campana que por el sonido le pareció de oro ú plata; pocos momentos después se abrió la puerta, sin ver mas que una docena de manos en el aire, cada una de las cuales tenia una luz. Tan sorprendido quedó, que estaba dudando si entraria, cuando sintió que otras manos le empujaban por detrás con violencia. Viendo que no habia otro remedio entró quieto, y á todo evento llevó la mano á la empuñadura de su espada; pero al penetrar en un vestíbulo incrustado de pórfido y lapislázuli, oyó dos voces melodiosas que cantaron:

Entrad, príncipe arrogante.

Al oir esto ya no creyó que le invitasen con tanta gracia para hacerle daño, de modo que sintiéndose empujado hácia una puerta de coral, que se abrió al acercarse él, entró en un salon de nácar y perlas, y luego en várias habitaciones adornadas todas de distinto modo, y tan ricas en pinturas y piedras preciosas, que se quedaba uno asombrado al verlas. Mil y mil luces colocadas desde la bóveda del salon hasta el techo iluminaban parte de las otras habitaciones, que no dejaban por eso de tener sus correspondientes arañas y candelabros, llenos de bujías; en fin era tal la magnificencia que parecia imposible y que se estaba soñando.

Después de pasar por sesenta habitaciones, las manos que le guiaban le detuvieron, y entonces vió un mullido sillon que se arrimaba por sí solo á la chimenea; al mismo tiempo se encendió la lumbre, y las manos, que le parecian muy lindas, blancas, pequeñas, gorditas y bien proporcionadas, le desnudaron, porque estaba, segun he dicho, calado hasta los huesos, y temian que se constipara. Presentáronle sin que viese á nadie una camisa como de boda, con una bata de tisú de oro, bordado de esmeraldas, formando cifras, y las mismas manos sin cuerpo, después de peinarle con una prontitud y una habilidad de que quedó muy satisfecho, le volvieron á vestir, no con sus vestidos, sino con otros mucho mas ricos, todo lo cual admiraba él sin atreverse á proferir palabra.

Después de peinarle, empolvarle, perfumarle, adornarle, arreglarle y ponerle mas hermoso que Adonis, le llevaron las manos á una sala, magnífica por los muebles y los dorados. Alrededor de ella se veia la historia de los mas famosos gatos; Rodilardus, colgado de los piés, es el consejo de los ratones; el gato con botas, marqués de Carabas, el gato escritor, la gata muger, los brujos convertidos en gatos, el sábado y todas sus ceremonias: en fin, una porcion de cuadros todos originalísimos.

Estaba puesta la mesa, en la cual habia dos cubiertos guarnecidos ambos de una cadena de oro cada uno; el aparador sorprendia por la prodigiosa cantidad de vasos de cristal de roca y otras mil piedras raras.

No sabia el príncipe para quién se habian puesto aquellos dos cubiertos, cuando vió entrar varios gatos que se colocaron en una tribunita construida á propósito: uno llevaba un libro con los signos

mas estraños del mundo, otro un rollo de papel con el cual llevaba el compás sirviéndole de batuta, y los demás iban provistos de guitarritas. De repente se pusieron á mayar en distintos tonos, y á rascar las cuerdas de las guitarras con sus uñas, formando la mas estraña orquesta que se ha oido en el mundo.

Pensando estaba en todo lo que le habia sucedido desde que habia entrado en aquel palacio, cuando vió entrar una figurita que con dificultad tendria un codo de alta, cubierta de un largo velo de crespon negro. Precedianla dos gatos vestidos tambien de luto, con capa y espada al cinto, y un numeroso acompañamiento de gatos iba detrás, los unos llevando ratoneras llenas de ratones, y los otros ratas en jaulas.

El príncipe iba de sorpresa en sorpresa sin saber qué pensar, cuando acercándosele la figurita negra y levantándose el velo, vió la mas hermosa gatita blanca que se ha visto ni se verá jamás. Parecia muy jóven y muy triste; y con un mahullido dulce y encantador que iba derecho al corazon, dijo al príncipe.—Bien venido, hijo de rey: mi majestad mayadora se alegra de verte.—Señora Gata, dijo el príncipe, sois muy generosa al recibirme con tal distincion; pero á lo que veo no sois un animalejo ordinario: el don de la palabra y el soberbio palacio que poseis son una prueba de ello.

—Hijo de rey, contestó la Gata Blanca, suplícote que dejes de hacerme cumplimientos: soy sencilla en mis discursos y en mis maneras; pero tengo buen corazon. ¡Eh! continuó, que sirvan la comida y se callen los músicos, porque el príncipe no entiende lo que dicen.—Segun eso dicen algo, señora, replicó el príncipe.—Indudablemente: aquí tenemos poetas de mucho talento, y si os quedais algun tiempo entre nosotros os convencereis por vos mismo de que es así.—Basta oiros para creerlo, contestó el príncipe con galantería.

Las manos, cuyos cuerpos eran invisibles, llevaron la comida: primero pusieron sobre la mesa dos guisados, el uno de pichoncitos y el otro de ratones muy gordos. La vista del uno no dejó al príncipe comer del otro, suponiendo que los habia compuesto el mismo cocinero; pero la Gatita le aseguró que su cocina estaba aparte, y que podia comer de todo lo que le presentasen, seguro de que no habria en ello ratas ni ratones.

No se lo hizo repetir el príncipe, y comió bien, porque tenia hambre: habiendo notado que llevaba pendiente de la pata un retrato pintado en madera, le sorprendió, y le suplicó se le enseñase, creyendo que era el del señor Minagrobis; pero quedó asombrado al ver un jóven tan hermoso, que parecia increible que la naturaleza hubiera podido formarle, y tan parecido, que no se hubiera podido hacer mejor. El príncipe, aunque conoció que allí se encerraba algun misterio, por no disgustar ó apesadumbrar á la Gata no quiso preguntar.

Después de comer Gata Blanca, invitó á su huespéd á entrar en un salon en que habia un teatro, y en el cual doce gatos y doce monos representaron un baile mímico-fantástico. En esto llegó la hora de retirarse Gata Blanca, dió las buenas noches á su huespéd, y las manos que le habian llevado hasta allí, le volvieron á llevar á una habitacion enteramente distinta de la que acababa de dejar. Esta habitacion era menos magnífica que de buen gusto: todo estaba tapizado de alas de mariposas, cuyos variados colores formaban mil flores preciosas; tambien habia plumas de pájaros muy raros, y que quizá no se han visto mas que allí. Las camas eran de gasa, recogidas con lazos de cintas: habia soberbios espejos que ocupaban desde el artesonado del techo hasta el suelo, y los marcos de oro cincelado representaban mil amorcillos.

Acostose el príncipe, pero durmió poco, pues fué despertado por un ruido confuso: inmediatamente las manos le sacaron de su lecho y le pusieron un vestido de caza; asomose á una ventana y vió en el patio del palacio mas de quinientos gatos, de los cuales, unos llevaban lebreles atraillados, y los otros tocaban el cuerno: indudablemente aquello era una fiesta, Gata Blanca iba á caza y queria que el príncipe la acompañase. Las manos oficiosas le presentaron un caballo de madera, que corria, galopaba, trotaba y marchaba al paso que era una maravilla; resistíase á montar en él diciendo que no era caballero andante como D. Quijote, pero de nada le sirvió su resistencia, porque le colocaron sin decirle una palabra sobre el caballo, que tenia una mantilla y una silla bordadas de oro y diamantes. Gata Blanca montaba el mas hermoso y mas gracioso mono que se ha visto; habia dejado el velo negro, y llevaba una gorra á la dragona, la cual la daba un aire tal de matona, que todos los ratones de las inmediaciones temblaban al verla. Jamás se ha verificado una cacería mas divertida. Los gatos corrian mas que los conejos y las liebres, de suerte que cuando las cogian, Gata Blanca mandaba hacer la salva en su presencia, ocurriendo mil incidentes divertidísimos. Las aves no estaban mas seguras que los cuadrúpedos, pues los gatitos trepaban á los árboles, y el señor mono llevaba á Gata Blanca hasta el nido de las águilas para que dispusiese á su antojo de sus altecitas aguiluchas.

Concluida la caza volvieron al palacio.

El príncipe habia olvidado hasta su país; las manos de que he hablado continuaban sirviéndole, y algunas veces llegó á sentir el no ser gato para pasar la vida en tan buena compañía.—¡Ay, decia á Gata Blanca, os amo tanto que voy á sentir mucho dejaros!

Un año se pasa pronto cuando no se tienen cuidados ni penas. Gata Blanca sabia cuándo debia volver, y como él no pensaba en ello se lo recordó.—¿Sabes, le dijo, que solo tienes tres dias para buscar el perrito que tu padre desea, y que tus hermanos han encontrado uno muy bonito? El príncipe entonces se acordó de su comision, y admirado de su negligencia esclamó:—¿Qué secreto encanto me ha hecho olvidar lo mas importante para mí y en lo cual está interesada mi gloria y mi fortuna? ¿Dónde encontraré un perro como el que necesito para ganar el reino, y un caballo bastante corredor para andar el camino?

Gata Blanca le dijo:—Hijo de rey, no te aflijas; soy amiga tuya y aun puedes estar aquí un dia mas, pues aunque hay quinientas leguas de aquí á tu país, el caballo de madera te llevará allí en menos de unas doce horas.—Os doy las gracias, hermosa Gata, dijo el príncipe; pero no me basta volver al lado de mi padre, necesito llevarle además un perrito.—Toma, le dijo Gata Blanca, aquí tienes una bellota, dentro de la cual hay uno mas hermoso que la canícula.—¡Oh! dijo el príncipe, señora Gata, vuestra majestad se está burlando de mí.—Acerca la bellota al oido y oirás ladrar. Obedeció el príncipe, y en seguida oyó al perrito, guan, guan, de lo cual quedó muy contento él, porque calculaba que un perro que cabia en una bellota debia ser muy pequeño. Tenia tantos deseos de verlo que quiso abrirla, pero Gata Blanca le hizo observar que podria tener frio en el camino, y que era mejor esperar á que estuviese en presencia de su padre. Diole las gracias, se despidió de ella y partió.

El primero que llegó al palacio de la cita fué el príncipe; sus hermanos llegaron poco después.

Salioles á recibir, se abrazaron várias veces y se contaron sus viajes; pero nuestro príncipe ocultó á sus hermanos la verdad de sus aventuras, mostrándoles su perro, que podia servir para dar vueltas al asador, y diciéndoles que le habia parecido tan lindo que por eso se lo llevaba al rey. Aunque le querian mucho los tres hermanos, sintieron una secreta alegría al ver la mala eleccion del menor.

Al dia siguiente partieron juntos en una misma carroza. Los dos hijos mayores del rey llevaban sus perritos en cestitos, y eran tan hermosos y tan delicados que no se atrevian á tocarlos. El menor llevaba al pobre perro del asador tan sucio que ninguno se queria acercar á él. Cuando llegaron á palacio todo el mundo les rodeó, dándoles la bien venida. En seguida entraron en la habitacion del rey, el cual no sabia en favor de quién inclinarse, porque los perritos presentados por los dos mayores eran casi iguales en tamaño, color y hermosura; ya empezaban á disputarse la sucesion á la corona, cuando el menor les puso de acuerdo sacando del bolsillo la bellota que le habia dado Gata Blanca. Abriola inmediatamente, y todos vieron un perrito echado sobre algodon, el cual pasaba por el aro de una sortija sin tropezar; púsole el príncipe en el suelo y en seguida empezó á bailar la zarabanda con castañuelas, tan bien como la mas salada andaluza. Era además de mil colores distintos, y le arrastraban las lanas y las orejas. El rey quedó confuso, porque era imposible poner falta alguna al Tustús.

Sin embargo, no tenia maldita la gana de deshacerse de su corona, sino que por el contrario, su mas pequeño floron le era mas caro que todos los perros del mundo. Dijo á sus hijos que estaba muy satisfecho de ellos, pero que habiendo obtenido tan feliz éxito en la primera cosa que les habia mandado, queria poner á prueba otra vez su habilidad antes de cumplir su palabra, y así que les daba un año de término para buscar una pieza de tela que pasase por el ojo de una aguja de hacer punto de Venecia. Todos tres quedaron muy afligidos al ver que tenian que buscar otra cosa nueva; pero los dos príncipes, cuyos perros eran menos hermosos, se consolaron, y cada cual partió por su lado, pero sin darse tantas pruebas de afecto como la otra vez, porque el perro del asador les habia resfriado un poco.

Nuestro príncipe volvió á montar en el caballo de madera, y sin buscar otros auxilios que los que podia esperar de la amistad de Gata Blanca, partió á toda prisa y volvió al palacio en que tan bien le habia recibido la primera vez. Todas las puertas estaban abiertas; las ventanas, los tejados, las torres y las paredes estaban iluminadas con cien mil lámparas que hacian un efecto sorprendente. Las manos que tan bien le habian servido, salieron á recibirle, cogieron la brida del escelente caballo de madera, que llevaron á la cuadra, mientras el príncipe se dirigia á la habitacion de la Gata Blanca.

Estaba echada en una canastilla sobre un colchon de raso blanco muy limpio; estaba de trapillo, y parecia triste; pero así que vió al príncipe dió mil saltos y volteretas para manifestarle su alegría. Por muchas razones que tuviese, le dijo ella, para esperar tu vuelta, te confieso, hijo de rey que no me atrevia á asegurarlo, y además, soy tan desgraciada en todas las cosas que deseo, que esto me sorprende. El príncipe reconocido, después de hacerle mil caricias, le contó el resultado de su viaje, que quizá ella sabia mejor que él, y que el rey queria una pieza de tela que pasase por el ojo de una aguja: que aunque le habia parecido desde luego imposible, no habia dejado de

intentarlo, prometiéndoselo todo de su amistad y su ayuda. Gata Blanca le dijo poniéndose séria, que afortunadamente tenia en su palacio gatas que hilaban bastante bien, y que ella misma pondria en ella la una; de consiguiente que podia estar tranquilo.

Este segundo año se pasó como el primero: apenas el príncipe deseaba alguna cosa, cuando las manos diligentes se la llevaban inmediatamente.

Gata Blanca que velaba por los intereses del príncipe, le advertia que se acercaba la época de su partida, que perdiese cuidado acerca de la pieza de tela que debia llevar, porque le habia hecho una maravillosa. Le entregó en seguida una nuez, diciéndole:—Guárdate de romperla hasta que te halles en presencia del rey, y cuando lo hagas hallarás en ella la pieza de tela que me has pedido.—Amable Blanquita, contestó él, os confieso que estoy tan agradecido á vuestros favores, que si vos quisierais preferiria pasar mi vida en vuestra compañía á todas las grandeza que puedo esperar en otras partes.—Hijo de rey, estoy persuadida de la bondad de tu corazon, mercancia muy rara entre los príncipes, que quieren ser amados de todo el mundo, sin amar ellos á nadie; pero tú eres una prueba de que la regla general tiene sus escepciones. Te agradezco el cariño que manifiestas á una gatita blanca que en el fondo no sirve mas que para coger ratones. El príncipe la beso la pata y partió.

Si no supiésemos el paso á que caminaba el caballo de madera, no podriamos comprender la celeridad con que hizo el viaje, llevando al príncipe al palacio del rey su padre. Aunque esta vez se retrasó un poco á consecuencia de la numerosa comitiva que le habia dado Gata Blanca, llegó sin embargo á tiempo que sus hermanos, ya en presencia del rey, y no viendo presentarse á su hermano menor, celebraban su negligencia diciéndose muy bajo el uno al otro:—Felizmente debe estar enfermo, ó haber muerto, y no será nuestro rival en el negocio que se va á decidir. En seguida desplegaron sus respectivas telas, tan finas, si se ha de decir la verdad, que pasaban por el ojo de una aguja gorda; pero lo que es por el de una delgada era imposible. El rey, muy contento al encontrar este pretesto de repulsa, les enseñó la aguja que él habia propuesto, que los magistrados trejeron por órden suya del archivo de la ciudad, en el cual habia sido cuidadosamente depositada.

Murmurábase entre los circunstantes de la negativa del rey: los amigos de los príncipes, y principalmente los del primogénito, pues era su tela la mas hermosa, decian que era una treta indigna de un rey. Los partidarios de este sostenian que no estaba obligado á cumplir condiciones que no habia aceptado, hasta que al fin para ponerles de acuerdo se oyó un delicioso ruido de trompetas, de timbales y oboes, con los cuales llegaba pomposamente nuestro príncipe. El rey y sus dos hijos quedaron pasmados de tanta magnificencia.

Después de saludar respetuosamente á su padre y abrazar á sus hermanos, sacó de una caja cuhierta de rubíes la nuez, que rompe, creyendo encontrar en ella la tan encarecida pieza de tela; pero en su lugar se encontró con una avellana. Rompiola tambien, y quedó sorprendido al ver un hueso de cereza. Todo el mundo se miraba, y el rey se sonreia y se burlaba de su hijo, que habia creido llevar dentro de una nuez una pieza de tela, pero no sé cómo no lo creyó, habiendo presentado un perrito dentro de una bellota. Rompió pues el hueso de cereza, que tenia dentro su correspondiente almendra: entonces se oyó en la habitacion un murmullo desaprobador: no se oia mas que:—El príncipe menor ha sido engañado como un chino. El, sin responder nada á las burlas de mala especie de los cortesanos, abre la almendra, y encuentra un grano de trigo, después dentro del grano de trigo un grano de mijo: la verdad es que empezó á desconfiar y á murmurar entre dientes:—¡Gata Blanca, Gata Blanca, te has burlado de mí! Al decir esto sintió la uña de un gato sobre su mano, la cual le arañó tan bien, que le hizo sangre. Ignorando si esta uñada era para avisarle ó para desanimarle, abrió el grano de mijo, y todo el mundo quedó sorprendido cuando le vió sacar una pieza de tela de cuatrocientas varas, tan admirable, que todas las aves, todos los cuadrúpedos y todos los pescados estaban pintados en ella con todos los árboles, frutas y plantas de la tierra. Al ver el rey esta pieza de tela, se puso tan pálido, como encarnado se habia puesto el príncipe cuando llegó á dudar si le habian engañado. Presentósele la aguja, por cuyo ojo pasó seis veces. El rey y los dos príncipes guardaban un triste silencio, por mas que la belleza y la originalidad de esta tela les obligase de cuando en cuando á decir que era superior á todas las cosas del mundo.

Exhaló el rey un profundo suspiro, y volviéndose hácia sus hijos, les dijo:—Si alguna cosa puede consolarme en mi vejez, es ver vuestra deferencia hácia mí; así es mi voluntad que sufrais una nueva prueba. Id á viajar durante otro año, y el que trascurrido me traiga la jóven mas hermosa, se casará con ella y será coronado rey. Juro que no diferiré un solo momento la recompensa prometida.

Aunque la injusticia refluia sobre nuestro príncipe, era tan noble y tan buen hijo, que no quiso oponerse á la voluntad de su padre, y así sin dilacion montó en su calesa, y se volvió seguido de toda su comitiva al lado de su querida Gata Blanca. Ella, que sabia el dia y la hora en que debia llegar, habia sembrado de flores todo el camino, y le esperaba sentada sobre un tapiz de Persia, colocado bajo un pabellon de brocado de oro, en una galería desde la cual podia atisvar su vuelta.—¿Y bien, hijo de rey, le dijo ella, con que estás de vuelta otra vez sin corona?—Señora, contestó él, vuestras mercedes me habian puesto en estado de ganarla; pero estoy persuadido de que el rey recibiria mas pena al deshacerse de ella, que yo placer en poseerla.—No importa, replicó ella, es preciso hacer lo posible por merecerla; yo te serviré en esta ocasion como en las anteriores, y puesto que es preciso llevar á tu padre una hermosa muchacha, yo te buscaré una que te hará ganar la partida.

Nada pasa tan pronto como los dias que trascurren sin pena ni cuidado, y si la gata no hubiese cuidado de acordarse del en que debia volverse á la corte, es seguro que el príncipe hubiera dejado pasar el año sin importársele nada. Ella le advirtió la víspera, que en su mano estaba llevar una de las mas hermosas princesas del mundo; que habia llegado la hora de destruir la fatal obra de las hadas, y que para eso era preciso que le cortase el príncipe la cabeza y la cola, arrojándolas en seguida al fuego.—¡Yo! esclamó él, ¿seria tan bárbaro que os matase? ¡Ah, sin duda que quereis poner á prueba mi corazon! Pero estad segura que es incapaz de faltar á la amistad y al reconocimiento que os debe.—No, hijo de rey, no dudo de tu gratitud; pero haz lo que te digo, para que empecemos el uno y el otro á ser felices, y entonces conocerás á fé de Gata de bien y de honor, que soy verdaderamente tu amiga.

El príncipe dijo todo lo que se le ocurrió de mas tierno para que le dispensase de hacer lo que queria: ella respondió obstinadamente que queria morir de su mano; en fin, insistió con tal ardor, que sacó su espada temblando, y con mano insegura cortó la cabeza y la cola á su querida amiga la Gata. Inmediatamente se verificó la mas encantadora metamorfosis imaginable. El cuerpo de Gata Blanca creció, cambiándose de repente en una hermosa muchacha, tan hermosa, que renunciamos á describirla, pues no ha habido ninguna tan perfecta.

Al verla el príncipe se quedó tan sorprendido que creyó que estaba encantado. Apenas podia hablar, le faltaban ojos para mirarla, y su lengua paralizada se negaba á esplicar su admiracion; pero esta admiracion subió de punto al ver entrar un número estraordinario de damas y señores, que llevando todos su piel de gata ó de gato sobre la espalda, fuéron á prosternarse á los piés de la reina. Ella les recibia con una afabilidad que revelaba la bondad de su corazon, y después de haber recibido á su corte mandó que la dejasen sola con el príncipe, al cual habló en estos términos:

—No creais, señor, que he sido siempre gata, pues os equivocariais: mi padre era rey de seis reinos, y amaba tan tiernamente á mi madre, que la dejaba hacer todo lo que queria. Su inclinacion dominante eran los viajes, así que proyectó ir á ver cierta montaña de la que habia oido contar cosas sorprendentes. Ya en el camino, la dijeron que habia cerca del sitio por donde pasaba un antiguo palacio de hadas, el mas hermoso del mundo, y que aquellas hadas poseian en su jardin las mejores frutas que se habian comido.

Inmediatamente le entró á la reina mi madre tal deseo de comerlas, que se dirigió allá. Habiendo llegado á la puerta de este soberbio edificio, llamó inútilmente, pues no se presentó nadie; no parecia sino que todo el mundo se habia muerto: irritado su deseo por las dificultades, mandó por escalas, con las cuales de seguro hubiera escalado el jardin, consiguiendo entrar de este modo, si las paredes no se hubiesen levantado ostensiblemente, á pesar de no trabajar nadie en ellas: ataban unas escalas á otras; pero se rompian bajo el peso de los que subian, los cuales se estropeaban ó mataban.

La reina estaba desesperada. Veia árboles altísimos cargados de frutas que creia deliciosas, y que queria probar ó morir, así que hizo armar sus ricas tiendas delante del palacio, acampando allí durante seis semanas. Como no dormia ni comia, ni pensaba en otra cosa que en las frutas del jardin inaccesible, cayó enferma de peligro, sin que nadie pudiese darla el remedio para su mal, porque las hadas inexorables ni siquiera se habian presentado desde que se habia establecido junto á su palacio.

Una noche que se habia adormecido un poco, vió al despertarse una viejecilla fea y decrépita sentada en un sillon á la cabecera de su cama.—Creemos que tu majestad es bien importuna, dijo la vieja, al querer á todo trance comer de nuestras frutas; pero puesto que está interesada tu preciosa vida, consentimos mis hermanas y yo en darte todas las que puedas comer mientras estés aquí, y todas las que puedas llevar cuando te vayas, con tal que nos hagas un dón.—¡Ah, mi buena madre! esclamó la reina; hablad, os doy mis reinos, mi corazon, mi alma, á trueque de tener las frutas.—Queremos, dijo, que tu majestad nos dé la hija que va á dar á luz. Así que haya nacido vendremos á buscarla, y la criaremos nosotras, la dotaremos con todas las virtudes, todas las perfecciones, todas las ciencias conocidas: en una palabra, será hija nuestra, pudiendo estar segura de que la haremos feliz; pero te advertimos que tu majestad no la volverá á ver hasta que se case. Si la proposicion te acomoda, voy á cu-

BIBLIOTECA UNIVERSAL

rarte inmediatamente y á llevarte á nuestros verjeles, en los cuales, aunque de noche, verás bastante para coger lo que quieras: si lo que te digo no te agrada, buenas noches, señora reina, que me voy á dormir.—Por muy duras que sean las condiciones que me imponeis, respondió la reina mi madre, las acepto, pues en otro caso moriré, perdiéndome así con mi hija.

Entonces la hada la tocó con una varita de oro diciendo:—Que tu majestad quede libre de todos los males que la tienen postrada en esa cama; é inmediatamente sintió como si la quitasen de encima un vestido muy pesado y muy duro que le abrumaba. Llamó á todas sus damas y las dijo con el rostro radiante de alegría, que se sentia perfectamente, que iba á levantarse, y que al fin aquellas puertas tan cerradas del palacio de la hechicería se le iban á abrir para comer frutas esquisitas y llevarse las que quisiera. Vistiéronla sus damas en un instante, y echó á andar tras de la vieja hada que la estaba esperando.

Entró en el palacio, al cual no le faltaba nada para ser el sitio mas delicioso del mundo; y no creereis que exagero, añadió la reina Gata Blanca, cuando sepais que es el mismo en que nos hallamos. Otras dos hadas, un poco menos viejas que las que conducian á mi madre, la recibieron á la puerta con mucho agasajo, á las cuales rogó la llevasen inmediatamente al jardin y hácia las espalderas en que se hallasen las mejores frutas.

—Consentimos de buena gana, dijeron las tres hadas; pero acuérdate de la promesa que nos has hecho, pues no podrás desdecirte.—Estoy tan persuadida de que se pasa perfectamente la vida con vosotras, y este palacio me parece tan hermoso, que si no amase entrañablemente al rey mi marido, yo tambien me obligaria á quedarme en él: así que no debeis temer que retracte mi palabra. Muy contentas las hadas al oir esta respuesta, le abrieron todos sus jardines, los cuales le parecieron tan deliciosos, que permaneció tres dias y tres noches, sin querer salir de ellos. Luego cogió frutas para llevar á su reino, después de comer todas las que quiso, y como no se pasan ni se echan á perder nunca, cargó cuatro mil mulas.

Alegrose mucho el rey de la vuelta de la reina, y lo mismo toda la corte. Todo se volvian bailes, mascaradas y festines en que se servian las frutas de la reina como un regalo esquisito. El rey las comia con preferencia á todo lo que le presentaban; y no sabiendo el pacto que habia hecho con las hadas, solia preguntarle con frecuencia de qué pais habia traido tan buenas cosas: ella le respondia unas veces que se hallaban sobre una montaña casi inaccesible, otras que se criaban en unos valles, y otras que las habia cogido en una espesa selva. Sorprendido el rey de tantas contradicciones, preguntaba á las que la habian acompañado; pero no se atrevian á decirle una palabra, porque ella habia prohibido á todo el mundo hablar de la aventura. Al fin la reina, inquieta por lo que habia prometido á las hadas, se puso muy triste; no hacia mas que suspirar, y se la veia enflaquecer por dias. Alarmado el rey, instó á la reina para que le contase el motivo de su melancolía, y al fin, después de muchas súplicas y muchas lágrimas, le contó todo lo que habia pasado con las hadas, prometiéndoles su hija que iba á dar á luz.—¡Cómo! esclamó el rey: ¿no tenemos hijos, sabeis hasta qué punto deseo tenerlos, y por comer dos ó tres manzanas habeis sido capaz de prometer vuestra hija? preciso es que no me querais absolutamente para haber hecho eso. Y diciendo esto, la manda encerrar en una torre, poniendo guardias á su rededor para que no tuviese comunicacion con persona viviente.

La mala inteligencia del rey y la reina consternó á la corte. Todo el mundo dejó sus ricos vestidos para ponerse de luto. El rey inexorable habia dejado de ver completamente á su muger, y así que nací me hizo llevar á su palacio para ser criada en él. Las hadas, que no ignoraban nada de lo que pasaba, se irritaron, y deseando poseerme, pues me consideraban como cosa suya, decian que era robarlas el no cobijarme en su palacio como se habia prometido. Antes de tomar una venganza proporcionada á la ofensa, enviaron una célebre embajadora al rey, suplicándole me entregase á sus embajadores para ser criada y educada por ellas. Los embajadores eran tan pequeños y tan contrahechos, que no consiguieron persuadir al rey de lo que querian, así que les despidió de mala manera.

Al saber las hadas el proceder de mi padre, se indignaron estraordinariamente, y después de enviar á sus seis reinos todas las calamidades que podian desolarle, soltaron un dragon espantoso que llenaba de veneno los sitios por donde pasaba, y que comió los hombres y los niños.

Viéndose el rey en el último apuro, se fué á buscar una hada amiga suya, tan vieja que apenas se podia mover de la cama, y le echó en cara que consintiera la encarnizada persecucion del destino sin tratar de socorrerle.—¿Qué quereis que yo haga? le dijo ella; habeis irritado á mis hermanas; además de poder tanto como yo, raras veces obramos las unas contra las otras, con que tratad de aplacarlas dándolas vuestra hija, que al fin les pertenece.

Aunque el rey mi padre me amaba tiernamente, no viendo otro medio de librarse del fatal dragon, dijo á su amiga que consentia en darme á las hadas, puesto que la aseguraba que seria querida y tratada como princesa de mi clase, que traeria tambien la reina á la corte, y así que le dijese á quién me habia de confiar para llevarme al castillo de la hechicería.—Es preciso, dijo ella, conducirla dentro de su cuna á la cima de la montaña de las flores, y hasta podeis quedaros en las inmediaciones si quereis presenciar las fiestas que se harán para recibirla. El rey dijo que dentro de ocho dias iria con la reina, que se lo avisase á sus hermanas las hadas.

Así que volvió á palacio, envió á buscar á la reina, recibiéndola con tanta pompa y tanta ternura, como cólera y arrebato al ponerla presa. Rogola llorando olvidase los disgustos que la habia causado, á lo que contestó la reina que ella se los habia acarreado prometiendo imprudentemente su hija á las hadas; y que si alguna cosa podia servirle de escusa, era el estado en que se encontraba. Al fin la dijo el rey que estaba decidido á ponerse en sus manos, designio que á su vez combatió la reina; pero viendo que nada consiguió, y después de llorar y gemir mucho, consintió en ello, y lo dispusieron todo para la ceremonia.

Colocáronme en una cuna de nácar y perlas, y toda la corte me acompañó hasta el sitio designado.

Desde que se empezó á subir la montaña, se oyó una melodiosa sinfonía que se iba acercando, hasta que al fin se presentaron las hadas en número de treinta y seis. Llevaban una rama de olivo, como signo de reconciliacion entre ellas y el rey; pero cuando me tuvieron en su poder, me hicieron tantas caricias, que parecia que solo vivian para hacerme feliz.

El dragon que les habia servido para vengarse de mi padre, venia detrás de ellas, atado con cadenas de diamantes; sentáronse encima las tres hadas, á quienes mi madre me habia prometido, colocaron la cuna en medio de ellas, y tocando al dragon con una varita, desplegó sus anchas alas cubiertas de escamas, llevándonos de este modo á su palacio. Viéndome mi madre en el aire, espuesta sobre el furioso dragon, no pudo menos de gritar; pero el rey la consoló, asegurándole que su amiga le habia prometido que no me sucederia ninguna desgracia, lo cual la apaciguó, por muy doloroso que le fuese perderme por tanto tiempo y por su culpa, pues si á ella no se le hubiesen antojado las frutas del jardin, yo hubiera permanecido en el reino de mi padre, y no hubiese pasado los sinsabores que aun me faltan de contar.

Habeis de saber, hijo de rey, que mis guardianes habian construido espresamente para mí una torre, en la cual habia mil cómodas habitaciones para todas las estaciones del año, muebles magníficos, libros agradables; pero no tenia puerta, de suerte que habia que entrar por las ventanas, que estaban muy altas. Sobre la torre habia un jardin lleno de flores, de fuentes y emparrados. En este sitio pues me criaron las hadas con un esmero y un cuidado que escedia á lo que habian prometido á la reina, pues me enseñaban todo lo que convenia á mi edad y á mi nacimiento, llegando á tomarlas tal cariño, como no habia visto mas que á ellas, que hubiera permanecido allí tranquila y contenta el resto de mi vida.

Venian á verme, siempre montadas en el dragon de que he hablado; me llamaban hija suya, y yo creia serlo. Conmigo no quedaba alma viviente en la torre, si se esceptuan un papagayo y un perrito que me habian dado para divertirme, porque hablaban admirablemente.

Uno de los ángulos de la torre daba sobre un camino hondo, lleno de árboles que le obstruian, de suerte que desde que estaba allí, no habia visto en él á nadie; pero un dia que me hallaba á la ventana hablando con mi papagayo y mi perro, sentí ruido; miré por todas partes, y vi un caballerito que se habia parado para escuchar nuestra conversacion: yo, que no habia visto ninguno mas que pintado, ignorando el peligro que hay siempre en ver con complacencia un objeto amable, me acerqué para mirarle. Me hizo una profunda reverencia, y me parecia que le afligia mucho el no poder hablarme, porque bien sabia que yo estaba en el castillo de las hadas.

Anocheció casi de repente, ó por mejor decir sin que lo echásemos de ver, y entonces, después de tocar dos ó tres veces el cuerno, partió, sin que pudiese saber, á causa de la oscuridad, el sitio, ó por qué lado se habia ido. Yo me quedé muy pensativa; ya no sentia el mismo placer en hablar con mi papagayo y mi perro. Papagayo lo notó, pero como es muy ladino nada me dijo de lo que pensaba.

Levanteme al amanecer, me asomé á la ventana, y quedé agradablemente sorprendida al ver en pié delante de la torre al jóven caballero. Me habló con una especie de trompeta que envia la voz, y por medio de ella me preguntó si queria que fuese todos los dias á la misma hora á colocarse bajo mis ventanas, y que si no tenia inconveniente, le arrojase alguna cosa en prueba de mi consentimiento. Yo, que tenia una sortija de turquesas, se la tiré inmediatamente, haciéndole señas de que se fuera á toda prisa, porque oia del otro lado á la hada Violenta montar en el dragon para traerme el almuerzo.

Lo primero que dijo al entrar fuéron estas palabras:—Yo huelo aqui la voz de un hombre, busca, dragon. Oh! no sé lo que fué de

mí. Estaba transida de miedo temiendo que saliese por la otra ventana y siguiese al caballero, por quien me interesaba ya bastante.—En verdad, dije, mi buena mamá, que os chanceais al decir que oleis la voz de un hombre. ¿Acaso la voz huele á algo? y suponiendo que fuese así, ¿quién es el mortal temerario que se atreveria á subir á esta torre?—Lo que dices es cierto, hija mia, y me alegro verte discurrir tan bien. Me dió el almuerzo y mi rueca diciéndome:—No dejes de hilar, así que hayas almorzado, porque como ayer no hiciste nada se enfadarian mis hermanas.

Así que marchó tiré la rueca y subí al terrado para alcanzar á ver mas lejos. Yo tenia un escelente anteojo de larga vista, y como no habia obstáculos que me lo impidieran, miré por todos lados hasta que descubrí á mi caballero en la cima de una montaña rodeado de una numerosa corte. Entonces ya no dudé de que era el hijo de algun rey vecino nuestro, y temiendo que si venia á la torre fuese descubierto por el terrible dragon, cogí á mi papagayo y le dije que volase hasta aquella montaña, que buscase al que me habia hablado y le suplicase de mi parte no volviese, porque sabiendo la vigilancia de mis guardianas, temia le jugasen alguna mala pasada.

Papagayo cumplió su comision como papagayo de talento. Todo el mundo quedó muy sorprendido al verle venir volando á posarse sobre el hombro del príncipe y hablarle despacio al oido. El príncipe sintió pena y alegría al mismo tiempo con la embajada; hizo mil preguntas á papagayo, y papagayo le hizo á su vez otras ciento, porque era naturalmente curioso. El rey le dió una sortija de diamantes, fabricada en forma de corazon, en cambio de la mia de turquesas.—Justo es, añadió, que os trate como embajador: aquí teneis mi retrato, que os regalo; no le enseñeis mas que á vuestra encantadora ama. Y diciendo esto le ató al cuello el retrato, trayendo la sortija en el pico.

Fácil es calcular la impaciencia con que esperaria á mi pequeño correo. Me dijo que aquel á quien le habia enviado era un rey poderoso, que le habia recibido perfectamente, que podia estar segura de que no vivia mas que por mí, que por mucho peligro que corriese al venir al pié de la torre, estaba resuelto á arrostrarlo á trueque de verme. Turbada estraordinariamente con estas noticias, me eché á llorar: las hadas que vinieron á verme lo notaron, y creyendo que me fastidiaba, determinaron casarme con un esposo de raza mágica. Después de hablar de varios, se fijaron en el reyezuelo Migonet, cuyo reino distaba quinientas leguas del palacio. Papagayo que lo habia oido todo, vino á contármelo y me dijo:—¡Qué lástima os tengo, mi querida ama, si llegais á ser la reina Migona, porque es un monote que da miedo.—¿Acaso le has visto tú, papagayo?—Ya lo creo, respondió, como que me he criado sobre la misma rama que él.—¿Cómo sobre la misma rama? repliqué.—Sí, dijo, porque tiene los piés de águila.

Lo que acababa de oir me afligió y no pude dormir en toda la noche. Papagayo y Tustús estuvieron hablando conmigo, quedándome un poco dormida al amanecer. Me levanté temprano, y asomándome á la ventana vi al rey que me tendía los brazos, y que me dijo por medio de su trompeta que no podia vivir sin mí, que me suplicaba discurriese la manera de salir de la torre ó de entrar él, que ponia todos los dioses y todos los elementos por testigos de que se casaria inmediatamente conmigo, y que seria una de las reinas mas poderosas del universo.

Envié á papagayo á decirle que lo que deseaba me parecia casi imposible; pero que sin embargo fiada en su palabra y en sus juramentos procuraria complacerle.

Lisonjeado con esta esperanza se retiró lleno de alegría; pero al reflexionar yo en lo que acababa de prometer, me encontré en el mayor apuro del mundo. ¿Cómo salir de aquella torre sin puertas y sin otro auxilio que papagayo y Tustús? Resolví pues no intentar una cosa imposible, y así se lo envié á decir al rey por papagayo. Al oirlo quiso matarse á su vista; pero al fin le encargó que ó fuese á verlo morir ó le aliviase su dolor.

Cuando me contó lo que habia pasado, me afligí mas de lo que estaba. Vino la hada Violenta, y encontrándome con los ojos hinchados y rojos, me dijo que yo habia llorado, y que si no le confesaba el motivo me quemaria viva, porque todas sus amenazas eran siempre terribles. Yo respondi temblando que tenia gana de unas redes para coger los pájarillos que venian á picotear las frutas de mi jardin. Lo que deseas, hija mia, me dijo, no te costará mas lágrimas, yo te traeré todas las cuerdecitas que quieras; y en efecto, aquella misma noche me las llevó; pero me advirtió que pensase menos en trabajar que en ponerme guapa, porque el rey Migonet debia llegar de un momento á otro. Al oir tan fatales nuevas temblé, pero no dije una palabra.

Así que marchó empecé dos ó tres trozos de red; pero á lo que principalmente me dediqué fué á hacer una escala de cuerda, que estaba bastante bien construida para no haber visto nunca ninguna. Verdad es que la hada me daba todo el bramante que necesitaba, y muchas veces me decia:—Pero, hija mia, tu obra no adelanta, y no te cansas, sin embargo, de pedirme material para trabajar.—¡Oh mi buena mamá! decia yo, ¿temeis que os arruine un cordelillo? Mi aire de sencillez la alegraba, aunque era de un carácter desabrido y cruel.

Concluido mi trabajo envié á papagayo á decir al rey que viniese una noche bajo las ventanas de la torre, que allí encontraria una escala por la cual subiria, y que el resto lo sabria cuando estuviese aquí. En efecto, até bien la escala resuelta á escaparme con él; pero cuando él la vió subió á toda prisa, entrando en mi cámara cuando estaba preparándolo todo para la fuga.

Me puse tan contenta al verle, que olvidé el peligro que corriamos: reiteró todos sus juramentos, y me suplicó no defiriese un momento el recibirle por esposo; tomamos por testigos de nuestro matrimonio á papagayo y Tustús, y jamas se han celebrado bodas entre personas de alto rango con menos ruido y menos brillo, ni ha habido jamás corazones mas contentos que los nuestros.

Aun no habia amanecido cuando el rey me dejó; yo le conté el espantoso designio de las hadas de casarme con el pequeño Migonet, describiéndole al mismo tiempo su figura, de que se horrorizo tanto como yo. Después que partió empezaron á parecerme las noches tan largas como años; me asomé á la ventana y le seguí con la vista, á pesar de la oscuridad; pero cuál fué mi sorpresa al ver en el aire un carro de fuego tirado por salamandras aladas, que iban tan de prisa, que apenas podia seguirlas con la vista. Este carro iba escoltado por varios guardias montados en avestruces. No tuve tiempo para ver bien el mascaron que de tal modo surcaba los aires; pero me figuré desde luego que seria una hada ó un encantador.

Poco después entró en mi cuarto la hada Violenta.—Buenas noticias te traigo, me dijo: tu prometido ha llegado hace algunas horas, con que prepárate á recibirle, aquí tienes vestidos y piedras preciosas. —¿Y quién os ha dicho, esclame, que yo queria casarme? Pues sabed que no es tal mi intencion, así podeis despedir al rey Migonet, pues fea ó bonita no me peino para él.—Oiga, oiga, dijo la hada colérica, la rebeldilla, la cabeza sin seso: yo no entiendo de burlas ni de escusas.—¿Qué es lo que me hareis? repliqué yo ¿puede verse nadie mas tristemente que yo en una torre con un papagayo y un perro?—¡Ah! ingratilla, dijo la hada, y que poco mereces los cuidados y las atenciones que se han tenido contigo. Bien decia yo á mis hermanas, que al cabo recogeriamos una triste recompensa. En seguida fué á buscarlas y las contó nuestra disputa, de la que quedaron muy sorprendidas.

Me sentia tan orgullosa de poseer el corazon de un gran rey, que despreciaba á las hadas; así que no quise vestirme, y me peiné al revés para que Migonet me encontrase fea. Nuestra entrevista se verificó en el terrado, presentándose él en su carro de fuego. Desde que hay enanos no se ha visto ninguno tan pequeño. Andaba con sus piés de águila, apoyándose sobre dos muletas de diamantes. Su manto real no tenia mas que como una media vara de largo, y le arrastraba la tercera parte: su cabeza era muy gorda, y su nariz tan grande, que encima llevaba una docena de pájaros, cuyo canto le alegraba: sus orejas subian un codo mas altas que la cabeza; pero apenas se notaba á causa de una alta corona puntiaguda que llevaba para parecer mas alto. La llama de su carro asó las frutas, secó las flores y agotó las fuentes de mi jardin. Apenas me vió, se dirigió á mí con los brazos abiertos para abrazarme; yo me mantuve muy derecha, y tuvo su escudero mayor que hablarle; pero así que se acercó, eché á correr á mi cuarto, cerrando las puertas y las ventanas, de suerte que Migonet se retiró á casa de las hadas muy indignado contra mí.

Pidióronle mil perdones por mi descortesía, y para aplacarle, porque era muy terrible, resolvieron llevarlo por la noche á mi cuarto, mientras yo estuviese en la cama, atarme de piés y manos, y ponerme con él en su maldito carro. Dispuesto así el plan, apenas me regañaron por mi sequedad, y me dejaron.—¿Sabeis, ama mia, me dijo mi perro, que no me anuncia nada bueno el corazon? Yo, burlándome de sus presentimientos, esperé á mi esposo, que no tardó en venir: le eche la escala de cuerda, resuelta á volverme con él, y el subió y me dijo mil cosas agradables.

Estábamos hablando juntos con la misma tranquilidad que si nos hubiésemos hallado en su palacio, cuando de repente vemos hundirse la ventana de mi cuarto. Las hadas entraron sobre su terrible dragon, y Migonet en su carro de fuego, seguido de todos sus guardias con sus avestruces. El rey, sin asustarse, puso mano á la espada y no trató mas que de protegerme contra aquella furiosa aventura; pero aquellas bárbaras criaturas lanzaron al dragon sobre él, y á mi vista le devoró.

Desesperada con la muerte de mi esposo, me arrojé en la boca de aquel horrible monstruo para que me tragase como acababa de tragar todo lo que amaba en el mundo. Tambien él lo deseaba, pero las hadas, mas crueles que él, no lo permitieron.—Es preciso, esclamaron, reservarla para penas mayores: una muerte pronta seria un castigo muy dulce para esta indigna criatura; y tocándome con su varita, me vi al instante convertida en Gata Blanca; me trajeron á este soberbio palacio, que perteneció á mi padre, trasformaron á todos los señores y señoras del reino en gatos y gatas, dejando algunas á quienes no se veian mas que las manos, y me redujeron al deplorable estado en que me visteis, haciéndome saber que no me libraria de mi gatífica figura, mas que un príncipe que se pareciese exactamente al esposo de que me habian privado. Esta semejanza la he encontrada en vos,

señor, y así que os vi me llamó la atencion: entonces ya sabia todo lo que había de suceder, así como sé hoy todo lo que sucederá, y por lo mismo sé que van á concluir mis penas.—¿Y las mias, bella reina, dijo el príncipe, serán de larga duracion?—Os amo ya mas que á mi vida, señor, dijo la reina, partamos al palacio de vuestro padre, y veremos si consiente en lo que deseais.

Dicho esto salieron del brazo y montaron en un carrito mucho mas magnífico que los que él habia visto hasta entonces, correspondiendo á él el resto del equipaje, pues los bocados de los caballos eran de esmeraldas y las hebillas de diamante, cosa que quizá no se ha visto en el mundo mas que esa vez. No hablo de las agradables conversaciones que pasaron entre la princesa y el príncipe durante el camino, porque si ella era una maravilla de belleza, no lo era menos de talento, y el jóven príncipe no le cedia á ella en nada, así que se les ocurrieron cosas admirables que contribuyeron á hacer el viaje corto.

Cuando llegaron cerca del palacio en que debian hallarse los dos hermanos mayores, la reina se metió dentro de una pequeña roca de cristal, con las puntas guarnecidas de oro y rubíes. Estaba rodeada de cortinas para que no la viesen, y era llevada por jóvenes guapos y ricamente vestidos. El príncipe se quedó en el lindo carrito, desde el cual vió á sus hermanos pasearse con princesas de una belleza notable. Así que le reconocieron, se adelantaron á recibirle, preguntándole si traia la hermosa dama que le habia pedido su padre: él les dijo que habiendo sido tan desgraciado que no habia hallado en todo su viaje mas que feas, lo que traia era una Gatita Blanca.—¡Una gata! le dijeron riéndose de su simpleza. ¿Temeis que los ratones nos coman el palacio? El príncipe contestó que efectivamente no debia hacer un presente de aquella naturaleza á su padre; pero que no habia encontrado otra cosa; y dicho esto tomaron el camino de la ciudad.

Los dos príncipes mayores montaron con sus princesas en calesas de oro y azul, tiradas por caballos adornados con plumas y penachos, de modo que formaban una cabalgata brillante. Nuestro príncipe iba detrás, seguido de la roca de cristal, que todo el mundo miraba con admiracion.

Los cortesanos se apresuraron á ir á decir al rey que llegaban los príncipes.—¿Traen hermosas damas? preguntó el rey.—Es imposible ver nada mejor. Al oir esto pareció incomodado. Subieron los dos príncipes primero, con sus hermosas princesas, á los cuales recibió el rey no sabiendo á quién dar la preferencia. Luego dirigiéndose al menor, le dijo:—¿Con que esta vez venís solo?—Vuestra majestad verá en esta roca una Gatita Blanca, que maya tan dulcemente y guarda las uñas tan bien, que le agradará de seguro. Sonriose el rey, y se dirigió él mismo á abrir la roca; pero así que se acercó, la reina, por medio de un resorte, hizo caer todas las piezas, y se presentó como el sol que ha estado oculto por una nube. Sus rubios cabellos, tendidos sobre sus espaldas, le caian en abundantes trenzas hasta los piés; llevaba la cabeza coronada de flores, y un vestido de gasa blanca, forrado de tafetan de color de rosa. Levantose, hizo una profunda reverencia al rey, que en el colmo de su admiracion no pudo menos de esclamar:—¡Esta es la incomparable y la que merece mi corona! Entonces ella le dijo:

—Señor, no he venido á despojaros de un trono que tan dignamente ocupais. He nacido dueña de seis reinos; permitidme pues que os ofrezca uno, y otro á cada uno de vuestros hijos: en recompesa solo os pido vuestra amistad, y á este jóven príncipe por esposo. El rey y la corte lanzaron al oir esto gritos de sorpresa y admiracion. Celebrose el matrimonio inmediatamente, así como el de los otros dos príncipes, de modo que la corte pasó una porcion de meses en diversiones y placeres. Después cada cual se marchó á gobernar sus Estados. La Gata Blanca se inmortalizó tanto por sus bondades y larguezas, como por su raro mérito y su belleza.

MORALIDAD.

De caprichos huid. Quien se encapricha
suele perder su dicha,
y hacer su perdicion por un capricho.
Quien se encapricha pues... lo dicho dicho.

FIN.